

EL COJO ILUSTRADO

AÑO V

1º DE JULIO DE 1896

Nº 109

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA



AUREO TALABARTE QUE CISO MIRANDA EN LA REVOLUCION DEL 93, Y EN LAS COSTAS DE CORO EN 1806. — (Museo Nacional)

MIRANDA

L prestigio que rodea este nombre en Europa y en América, se impone á la imaginación como una deidad mitológica significando la fuerza, el valor, la constancia y la inteligencia. Apareció como estrella de primera magnitud en la guerra de independencia de los Estados Unidos, al lado

de Washington, y fulguró como el rayo en los comienzos de la Revolución francesa, donde por sus talentos militares y republicano entusiasmo, obtuvo el grado de General.

Sospechado como cómplice en la traición de Dumouriez fue citado ante la Convención para dar cuenta de su conducta. Semejante orden era una sentencia de muerte, que él podía evitar hallándose como se hallaba en país extranjero y amado del ejército; pero su dignidad personal, sus severos principios y el respeto á su propio nombre, le impelieron á justificarse con inminente peligro de su vida.

Ante la barra de la Convención probó con argumentos irrecusables su inocencia. Brilló en su frente el resplandor de la verdad, y el acusado, á pesar de las apariencias desfavorables que contra él divagaban en los ánimos de sus terribles jueces, fue declarado exento de toda culpa. La historia ha conservado el discurso de Miranda como una pieza oratoria de natural elocuencia. Su voz llena y sonora, la actitud entera y serena, la palabra fácil en la exposición de los hechos y la distinción de su persona, produjeron en el Jurado el convencimiento, y en el corazón del pueblo la simpatía. Miranda regresó á su morada entre vivas y congratulaciones.

Pocos fueron, dice un historiador, los que escaparon en semejantes casos al filo de la guillotina, y menos aún los que tuvieron el valor de someterse á tan terrible prueba sin haberse asegurado antes el apoyo de los miembros influyentes de la Convención y de los corifeos populares. Miranda se presentó como un sér olímpico, desdeñando súplicas y favores.

Es verdad que los reflejos de la gloria adquirida en los Estados Unidos, la amistad de Washington, insigne Libertador de su patria, y la de Lafayette, omnipotente entonces, prometían á Miranda el favor de la opinión, tanto más prestigiosa cuanto más espontánea.

Sinceramente adicto á la República y á las ideas que debían consolidarla, continuó nuestro héroe sirviendo á la Revolución francesa en diversos puéostos y bajo las distintas facies que sus aptitudes y honorables antecedentes le proporcionaban; pero llegó el día en que la sangre de la guillotina ahogó en sus olas á amigos y enemigos y sació la sed del pueblo y la de sus instigadores. Cayó la cabeza de Robespierre como había caído la de Danton, y la postración de los espíritus dejó que corriese como un aura de clemencia á las márgenes de aquel Sena enrojecido por el arroyo de sangre que manaba de la plaza de la Revolución como un afluente perpetuo.

En efecto el 9 terridor, paralizando la actividad de la muerte irradió esperanzas y pudo el espíritu de la Nación confiar en mejores destinos. Pero á la caída del Terror no podía suceder sino un orden de cosas transitorio, que si bien tenía la voluntad de garantir la seguridad individual, carecía de la fuerza necesaria para fundar lo estable; y de aquí las reacciones que á millares brotan con distintas formas y propósitos; pues no está en la virtud de los hombres pasar repentinamente y sin nuevos obstáculos de las tinieblas del Terror al campo azul de la libertad.

Como una de tantas naturales reacciones vino la conspiración de Pichegru en que to-

mó parte Miranda. Presos ambos con otros muchos, logró el ilustre caraqueño fugarse después de una larga prisión, y con el auxilio de adictos y valerosos amigos se refugió en Inglaterra.

Mas no era la personal ambición el móvil de los afanes de Miranda. Devorábase la ansiedad de libertar á su patria, y lo prueba que á su llegada á Londres se dedicó al profesorado y reunió á su alrededor á todos los

bre había nacido con todas las dotes que constituyen las almas predestinadas al heroísmo. Para él los obstáculos eran nubes que había de disolver el viento; la ingratitude misma le hallaba sereno y fuerte.

Al fin se levantó el sol del 19 de Abril é iluminó el magno hecho que celebra la historia, probando que la semilla regada por Miranda, no había sido infecunda.

Y el 5 de Julio de 1811, consecuencia inmediata de aquel movimiento, se halló sostenido por Miranda mismo, que con su palabra de fuego encendió los pechos pusilánimes é inspiró la energía necesaria para cumplir los votos de los principios y la conveniencia de romper todo vínculo con los dominadores.

No pasó mucho tiempo sin que la fortuna, que ya en graves circunstancias había dado señales de desdén á nuestro héroe, confirmase su definitiva hostilidad en los sucesos sobrevinientes al 5 de Julio.

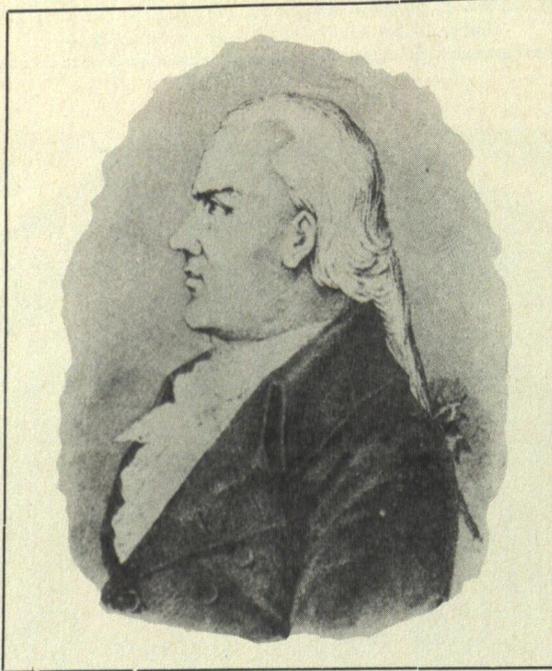
Asoma la insurrección su cabeza en Valencia y Miranda va sobre ella y vence; pero de esta tentativa nacen otros y otros disturbios. Alzase Monteverde en Occidente, nómbrase á Miranda Generalísimo y queda vinculada en él la suerte de la independencia. La veleidosa fortuna abandona el campo patriota y sigue las banderas de la reacción. Monteverde, hombre sin talentos militares y sin más auxilio que la necia confianza en el éxito, avanza hacia la capital y llega triunfante de combate en combate hasta La Victoria. Allí cerca á Miranda y éste conviene en una capitulación que produjo su propia ruina y la de la República. Herido el sentimiento público hasta lo más íntimo de sus esperanzas, y violada la capitulación, Miranda fue preso en La Guaira momentos antes de embarcarse, y remitido á la Península.

España conociendo al hombre lo ahorró en la Carraca. Hubiera podido perdonar al rebelde, pero no al girondino: el derrocador de tronos, el republicano demócrata, el favorito de toda insurrección generosa, el protector de toda aspiración á la libertad, estaba condenado necesariamente á la oscuridad eterna en el fondo de un calabozo. Cinco años privado de la luz, de la comunicación, de las consideraciones que había merecido siempre, es un martirio semejante al de Prometeo en la fábula, y que no podía soportar el que había consagrado su vida á la libertad de sus semejantes. ¡Destino cruel! Incomparable veleidad de la suerte! ¡Cuán cara cuesta la gloria y cuán dolorosos son los sacrificios impuestos por el amor á la humanidad!

Hoy reverdecen los laureles del apóstol de la libertad de cien pueblos y Precursor de la Independencia de su Patria. El Congreso Nacional, inspirado por la justicia, ha decretado la apoteosis de Miranda, y el Gobierno y el pueblo todo, con entusiasmo digno de la patriótica festividad, se prepara á cumplirla. El 5 de Julio de 1896 será para la Nación agradecida, no ya el aniversario del acto más glorioso de nuestros anales, sino el resplandeciente fulgor de una nueva estrella que se destaca en la constelación del 5 de Julio de 1811.

No es tarde, no. Puesto que la gloria de los verdaderos héroes es eterna y el pueblo es inmortal en su posteridad, el recuerdo tradicional es ya una glorificación y el trascurso del tiempo no determina distancia.

Aplaudimos, sí, con acentos de gratitud el patriotismo del Congreso y del Gobierno, y agregamos nuestro entusiasmo como un óbolo al entusiasmo público.



RETRATO DE MIRANDA.—(TOMADO DE LA OBRA DEL MARQUES DE ROJAN)

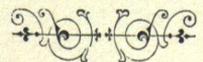
sur-americanos como el mejor medio de propagar la semilla de las nuevas ideas. Al mismo tiempo cultivaba sus valiosas relaciones con los hombres más eminentes de la política, de la diplomacia y de la alta banca.

Uno de sus discípulos fue O'Higgins, en quien Miranda adivinó al futuro héroe chileno, y de quien hizo un ardiente sectario y entusiasta demócrata. O'Higgins al fin, llena el alma de la enseñanza de Miranda, partió para Chile llevando escritos los consejos de su eminente Maestro. Es fama que en la altura que conquistó con sus hechos, solía decir: "Cuanto valgo lo debo á Miranda."

Por aquel tiempo habían firmado en París varios emisarios de la emancipación americana una especie de acta de Unión, que tenía por objeto solicitar auxilios de las naciones europeas, acta que pusieron en manos de Miranda para que la presentase al Ministro de la Corona, Duque de Portland. Eran aquellos emisarios los señores Caro, Nariño, Bejarano é Iznardi, que probaron después con su abnegación y servicios la pureza del fuego patrio en que ardían.

Por último Miranda, no pudiendo dominar por más tiempo su ansiedad, emprendió la primera expedición sobre Venezuela, que feneció en la costa de Ocumare por causas demasiado sabidas. En la segunda desembarcó en la Vela de Coro y tomó la capital; pero tuvo que abandonar la empresa, fálto de apoyo en la opinión popular: ni un solo eco correspondió á sus esfuerzos en todo el país. Acordábase de las horcas levantadas para don José María España en Caracas y para los simples simpatizadores suyos, pobres artesanos de La Guaira.

Se comprende cuánta debió ser la amargura de Miranda ante estas muestras de indiferencia y de marasmo con que la patria en que nació y amaba con pasión y constancia, pagaba sus esfuerzos; pero aquel hom-



Londres Julio 20 - 1808.

Señor Marqués

Permitame V.ª que con su nombre dirija esta al Cabildo y Ayuntamiento de esa Ilustre Ciudad y Plaza nuestra — en circunstancias las mas criticas y peligrosas para la America, que jamas han ocurrido desde el establecimiento de nuestros antepasados en ella.

La España ahora es soberana, y en manos de diversos parcialidades, que reunidas unas à los Piratas cruces, y otras à la Inglaterra, provocan por medio de una guerra civil sacar el partido que mas convenga à sus vistas particulares, es natural procure cada uno cada qual à su Partido; para que embuelto y tambien nosotros, en una diversion general, sus riesgos sean menores — y que en caso de ser obligada por la Francia que es el resultado mas probable, aun que menos deseable, transferir al continente Colombiano las mismas calamidades, que en falta de providencia ó sobre de mala conduct. han trabido sobre la desgraciada, opresora, y corrompida España

En esta suposicion, suplico à V.ª encarecidamente, que recomendar en un cuerpo municipal representativo, tomen à su cargo el Gobierno de esa Provincia — y que combiando con dilacion à esta Capital Personas autorizadas, y capaces de manejar asuntos de tanta entidad, usen con este Gobierno lo que combenga y haxerles para la seguridad y suerte futura del Nuevo-Mundo De ningun modo combiene de promover V.ª; por Consejo de Partes interesadas, en ocurrencias hostiles, ó alianzas ofensivas que puedan traer males tan funestos para nuestra Plaza, como los Señores Españoles han trabido sobre la suya; sino haxerlos si quieros consultados en ofrecido la menor ventaja en sus Proyectos vanos, e inventados con las demas potencias de Europa. Es cierto, que las vistas e intereses de las Juntas de Oviedo, Sevilla, Madrid &c. tienen muy poca compatibilidad en el dia con los intereses, y autoridad de nuestras Provincias

en.

ULTIMO SUEÑO DE MIRANDA

—
POR FELIPE TEJERA

Penetrad por esa puerta lúgubre, en cuyo dintel se lee, como en el dintel del Infierno, este espantoso verso del Dante :

Lasciate ogni speranza voy che'ntrate.

Atravesad ese oscuro pasillo abierto entre el mundo de la luz y de la dicha, y el mundo de las tinieblas y la desespera-

guardas de tinieblas; de carrillos hundidos como si los hubiesen apretado los dedos de la muerte; de cabellos hirsutos como las espinas del cardo, y de frente donde el horrible ceño resalta como un epitafio en la losa de una tumba.

Acercaos á esos abismos entreabiertos, á esos calabozos que circundan el patio al modo de otros tantos ataúdes, donde no reposan, sino que están enterrados sin morir, hombres que ya no se llaman hombres, sino criminales. Ved éste que se asoma como para arrojar por la reja el gemido ó

en America

servirnos V.ª igualmente / si le fueran combeniente enviar copia de este aviso à las demas Provincias limitroficas, afín de que trascurrido el debido caso, me chevan unanimemente, todos à un mismo punto; — para con la denunciacion solamente correria riesgo à mi fianco, nuestra salvacion, e Independencia.

De V.ª en mas afecto Payano, y humilde servidor
D. S. M. B

Fran de Miranda.

P. S

La Copia adjunta A. se ha dirigido con el mismo objeto à la Juntad de Buenos Ayres

Don Marqués del Toro — y Cabildo Ill.ª de la Ciudad de Caracas.

bustos

P. S

El Gov.ª de las Provincias — ó el Abogado de la Cid.ª Britanica de las Yslas del Archipiélago, Sir Alexander Cochran, daran pape y auxilio à la respectiva de esta Carta

Mi direccion aqui es — W. St. Griffin Street, King's Square

Londres.

CARTA DE MIRANDA (1808) — (El original está en poder del señor Carlos Zuloaga.)

ción; esos húmedos patios donde la misma yerba se asoma como con terror por entre las grietas del enmohecido pavimento; ved esas paredes que, chorreadas por las lluvias, parece que están llorando; esas ferradas verjas por donde al través de los macizos balaustres, se descubren rostros amarillentos como la cera, y de cuyos labios ha huido la risa del hombre para ser sustituida por una mueca de demonio; de ojos lóbregos como

la blasfemia que ya no cabe en su pecho ni en su celda, y cuyos ojos sin lágrimas, buscan en vano en alguna rendija del cielo, la estrella que alumbró acaso sus primeros amores, pero que ha desaparecido del cielo para él, como ha desaparecido para él de la tierra la esperanza; ése que se comprime con las manos la cabeza, cual si quisiese sujetar el mundo del pensamiento; aquél que mira como la traición; esotro que espumajea como el odio y á cuán pocos ah! á quienes el arrepentimiento, que es el pudor de la conciencia, haya levantado del lodazal en que fermenta el crimen.

Y ¿á qué lugar de expiación nos conduce la musa de la Historia? Hémos en la Carraca, en un presidio de España, donde según el poeta del *Diablo Mundo* :

“Siempre en eterna tempestad, impura
Mar donde el mundo su sobrante arroja,
Lucha náufrago el hombre á la ventura
Sin puerto amigo que en su mal le acoja:
Pechos que endureció la desventura
Y que el castigo de piedad despoja,
Cada cual de su propio pesar lleno,
Nadie se duele del dolor ajeno.”

Mas en la destemplada armonía de gritos y blasfemias, de quejas y de maldiciones, de cadenas y de grillos, de sollozos y rugidos, que no parece sino producida por una congregación de condenados, suena una voz solemne como la protesta, y rechinan

hierros cuyo tético chirrido semeja una imprecación á la justicia humana.

Venid á contemplad lo absurdo, lo eternamente implacable :

Con traje de presidiario, sobre miserable tabla yace un hombre; pesada argolla de hierro le sujeta por el cuello al grueso muro salpicado de manchas negras que, á la escasa luz que penetra como medrosa en la horripilante mazmorra, remedan estrambóticas semblanzas: manos que señalan, ojos que se salen de sus cuencas, bocas abiertas en carcajada, mechones de cabellos erizados, puños que amenazan, blandones que humean, cipreses que se inclinan, vírgenes que suplican y ángeles que huyen; como si en aquel muro, semejante al espejo del abismo, se reflejaran todas las iras y terrores que militan contra la virtud en la tierra.

Los grillos que le oprimen, son como los que oprimieron los pies de Colón, por haber descubierto el Nuevo Mundo; el pan negro que no osa llevar á los labios, es el pan de la ignominia, y el agua que bebe este sediento, no es el agua fresca de la montaña, sino el vinagre que pudo beber la esponja, pero que no pudieron beber los labios del Crucificado.

Sobre la aherrojada mano reclina la cabeza cargada todavía con los pensamientos más grandes que han iluminado nuestro siglo: surcan su frente pálida, hondas arrugas, como esas profundas grietas que abren los terremotos en las altas cordilleras; y sus largas cañas le caen sobre el pecho, al modo que caen sobre un cráter apagado los rutilantes copos de la nieve.

De su boca no han salido nunca quejas, pero sí ha sonado en ella la voz de la libertad, retumbante y solemne como la palabra de la nube, que es el trueno.

Y ¿quién es el glorioso presidiario? ¿Descubridor!..... Es un hijo inmortal de Venezuela, es el Generalísimo Miranda!

Cuando la tiranía ó la adversidad ponen grillos en los pies y esposas en las manos, Dios que está sobre todas las injusticias, pone alas al espíritu; y hay entre esos condenados algunos que tienen su cuerpo en el presidio y su alma en el paraíso.

Miranda duerme. El ángel del sueño se posa sobre su encanecida cabeza, bien así como la obscura corneja sobre la ruinosa cúpula de un templo; y al cerrarle con sus dedos de adormidera los pesados párpados, el alma del ilustre mártir se escapa del presidio y de improviso se encuentra en la tierra donde plugo á Dios que se meciera su cuna; mas donde no plugo á los hombres que reposaran sus cenizas.

Escucha allí, de nuevo, la regalada música con que las olas del Caribe adormecen las costas de la Patria; respira el éter oloroso que derraman las magnolias del Avila; se apacienta á las márgenes del Guaire, con cuyo dulce murmurio tuvo tautos coloquios en su infancia; y visita la tumba de sus mayores y los encantados sitios donde le enamoró con su divino amor la Libertad. Buscando luego coronas para la frente de su amada, torna á correr los mares, milita por élla en Cuba, y en la guerra de emancipación de los Confederados en la América del Norte, y se conxiona con Lafayette y con Washington. Y con su lábaro en la mano, visita las Cortes Europeas. Rusia le agasaja con el amor y la fortuna; Francia le ciñe la espada de la Revolución, y la Gran Bretaña le convida con el tridente de los mares. Seguid al héroe en su magnífica odisea. Al par de Dumouriez, combate á los enemigos de Francia; y después de triunfar de los enemigos de su dignidad ante el Tribunal Revolucionario, re-

vuelve, glorioso girondino, para desplegar en Venezuela la enseña tricolor que debía volar por los cielos de América como el ala luminosa de las tempestades.

Entonces la Madre Patria, nueva Herodías, pide que le ofrenden la cabeza de este Bautista de la Independencia Hispano-americana, y quema su retrato, en Caracas, por mano del verdugo. Y Caracas, que sentía palpitar sobre su frente la sangre generosa, derramada en el patíbulo de España; que mira discurrir por sus calles, para uncirla á nuevo yugo, á los comisionados de Murat; pronuncia el 19 DE ABRIL la magna voz de alerta, que va repercutiéndose luego, como por otros tantos apostados centinelas, por todos los pueblos del Continente, desde Buenos Aires hasta Quito, y desde Méjico hasta Santa Fe de Bogotá.

Miranda, como Ulises, tornaba á ver á Itaca; mas no sin haberse salvado como el astuto itacense de los fureros de Escila, de los hechizos de Circe y del Cíclope Polifemo.

Por cierto, ya no era Miranda el desgraciado aventurero de las playas de Coro y Ocumare, sino el Presidente de la Junta Patriótica, volcán que ardía con las iras revolucionarias y, á la vez, Presidente del primer Congreso de Venezuela; de aquella inmortal Asamblea que el 5 DE JULIO desciende del Capitolio, cual de otro Sinaí, con el sacrosanto Decálogo de la República: el acta de nuestra Independencia.

A poco, despójase de la toga del magistrado para empuñar de nuevo la espada del paladín; miradle: va sobre su carro de triunfo: torcidas trompas hincan los aires con el himno de sus alabanzas; sonantes atabales redoblan al unísono de patrióticos aplausos, y soplan ledos céfros, como caricias de la fortuna, sobre sus desplegados pabellones. El sol, que ahora se descubre para iluminar esta pompa, es el mismo sol que se cubrió de nieblas como para negar su calor á la tea con que el verdugo, pusilánime, pensó abrasar al genio, formando con su imagen una hoguera.

Y los pueblos siguen á Miranda, porque con él va la independencia de la Patria y la majestad de la República. Empero ¿qué puede el hombre contra lo imprevisto? ¿qué puede la virtud contra el crimen? ¿qué puede el genio contra las asechanzas de su hado? Hecho para lidiar con lo grande, no pudo vencer á Miranda el cataclismo (*) sino que debía ser vencido por lo pequeño, es decir, por Monteverde! No de otra manera por guijarro baladí fracasa en el abismo la triunfal locomotora que cual fulgente meteoro del progreso, desciende al hondo valle, tramonta la alta cumbre, para irradiar en toda parte la fecundante llama que palpita en su seno.....

Oh Miranda! Oh sublime mártir de la gloria! tú eres el Segismundo del siglo XIX!

Duerme tu lóbrega noche en la Carra-ca y despiértate en el día luminoso de la eternidad!.....

¡Aplaca tus ilustres manes, oh Miranda! Que así como tu cuerpo ha volado en cenizas por el viento, así también tu alma ha volado en claridades por el mundo!.....

(*) El terremoto de 1812.



Á LOS MANES DEL PATRIOTA MARTIR
DON FRANCISCO DE MIRANDA

“Un tercer motivo que puede contribuir á explicar y sostener este sistema es el que se deduce de la consideración del éxito en las cuestiones políticas..... ¿Qué diferencia podía haber moralmente entre Lacy, proclamando la constitución en Cataluña, y Riego proclamándola en las cabezas de San Juan?..... Lacy, empero, fue fusilado en Barcelona, y Riego vino á Madrid á ser el primer hombre de la Monarquía. Una reacción le llevó después al cadalso; y otra ha inscrito su nombre con letras de oro en el palacio de estas leyes.”

(JOAQUÍN FRANCISCO PACHECO.)

¡Prestárame la Musa severa de la Historia su duro cincel y una de sus páginas de bronce! ¡Caldeara la lumbre de la Virtud mi entendimiento con todo el fervor de sus saludables enseñanzas! Y al rememorar los dolores, sacrificios, desastres y victorias de la Patria, víerame yo amparado de los Númenes amigos de la Verdad y el Bien; y quizá no sería tan desapacible mi voz en el general concierto que proclama la gloria de MIRANDA, cumpliendo la obra reparadora de su Apoteosis.

Cuan vagos é injustos son los juicios del hombre! Las grandezas verdaderas, las que informa la virtud eminente, se tienen, á menudo, como delirios de imaginaciones enfermizas; ya sean movidas por el vértigo enloquecedor de la terrena gloria, ya por la misteriosa atracción de sobre-humanas excelencias. Bolívar parece demente en Casacoima, cuando desmedrado, desnudo y casi inerme, sueña la portentosa campaña del Sur, y habla de ir á plantar el Iris de Colombia en la soberbia cumbre del aterido Chimborazo. Cuando San Francisco Javier se va, camino de la India, con la imagen del Crucificado en sus benditas manos y el Verbo augusto del Altísimo en sus fervorosos labios, también parece enajenado, porque se propone amansar hombres salvajes, acaso más indómitos que las fieras, con palabras de benignidad y actos de amor. Y aquella rara magnitud de MIRANDA que le movió á ofrecer sus aptitudes á todas las causas justas, le han merecido de algunos el triste dictado de aventurero político. ¡Cuán difícil, para los que no nos relevamos del nivel común, es advertir los merecimientos de las almas superiores y cómo llega la doctrina del éxito á ofuscar y pervertir los conceptos del humano criterio!

A Bolívar vencido hubiérasele llamado loco; cuando más se habría dicho que su insania fue de índole generosa y heroica, pero no que él tuviese la fuerza creadora del Genio. Si la obra de San Francisco Javier hubiera sido del todo infucunda, sería él para muchos un sublime *alucinado*; nada más. MIRANDA fue infortunado; y como se iba en pos de los oprimidos, así para ampararlos en sus justificadas reacciones, como para atraerse amigos que más adelante le ayudasen á alcanzar su ideal, que era la emancipación de Venezuela, se le tildó de aventurero político. Peregrina manera de discurrir! Triste lógica esa del éxito, que no ve sino los resultados inmediatos y tangibles, sin detener la consideración en la trascendencia moral de las acciones! Mezquino criterio según el cual es infucundo el sacrificio cuando la idea que lo impone no triunfa y domina desde luego! ¡Como si no fuese menester que la semilla germine primero, si ha de dar luego yerbas, arbustos, flores y árboles copados, que regalen con ricas mieses y abundantes frutos, no ya al sembrador diligente, que acaso no los probará jamás, ni á los que junto con él laboraron, sino á una generación más venturosa! ¡Pobre discurso, según el cual, el mártir no es ya una excelsa manifestación de grandeza en el espíritu del hombre, sino algo como desequilibrio de las funciones anímicas!

MIRANDA es en realidad el iniciador del proceso de la emancipación política de Venezuela. Don Diego de León “hombre de virtudes pacíficas y generosas, y de sanas ideas” no pretendió otra cosa que emancipar á Venezuela de la indigna explotación á que la tenía sujeta aquella banda de logreros que se denominó Compañía Guipuzcoana; y cuando don José M^o España y don Manuel Gual comenzaron á propagar la doctrina republicana, ya Miranda había salido, camino del destierro, provocado por su ardimiento, no en busca de juveniles devaneos, ni aun de esparcimientos para su espíritu reflexivo y discreto, sino de campos en que se guerrease por afianzar el Derecho; y acaso movido desde

luégo del deseo de procurarse recursos para librar á Venezuela.

Llega á Europa, donde se peleaban las grandes batallas que fundaron el credo político moderno y consagraron el imperio de las libertades públicas en Francia, y á poco andar en casi todas las naciones del viejo continente; y es destinado á servir en el ejército que acaudillaba Dumouriez. Distinguióse Miranda en las empresas militares más que por su serena intrepidez de soldado, por su pericia de experimentado capitán.

Sospechado de complicidad en la traición de Dumouriez, vióse llamado á rendir cuenta de su conducta; y en aquellas circunstancias, de todos bien conocidas, en que el sometimiento á juicio era como fallo de condenación; cuando los principales jefes eran invigilados y aun removidos por los Delegados de la terrible *Convención*; cuando la cabeza de Custines, el expugnador de Spira, Worms, Maguncia y Franckfort, rodaba en el patíbulo, porque perdidas luégo estas dos últimas plazas, se juzgó que "no había hecho todo lo posible por defenderlas;" época de severidades crueles y muchas veces injustas, llamada con toda propiedad *época del terror*; siendo Miranda subalterno y amigo de Dumouriez, fue no obstante absuelto. ¡Cómo brillaría su lealtad!

**

De más parece decir que en aquella profunda escisión de los partidos: *La Montaña*, que en odioso frenesí y sacudiendo su roja bandera, iba precipitando á Francia en las violentas agitaciones de la anarquía: *la Llanura*, tímida, incolora, versátil; y *la Gironda*, generoso grupo de héroes togados, de patriotas eximios, que querían para la Libertad, no manto rojo ni incendiaria tea, ni furor de exterminio, sino clámide blanca, luz civilizadora y obra benéfica; huelga decir, repito, que Miranda fue girondino. Enemigo de los reyes, porque en la República veía el molde de sus ideas—¿cómo había de amar el sistema del terror, que es tiranía, bien se ejerza en nombre del llamado *derecho divino* de los reyes, bien se aplique en nombre de la supuesta *soberanía absoluta de los pueblos*, que es también la negación del Derecho? ¿Como si hubiese soberanía absoluta debajo del sol! ¿Como si á todos los pueblos de la tierra, no los señorease la Justicia, en la cual se vincula toda libertad, todo orden, todo progreso!

Cupo pues, á Miranda la suerte de los Girondinos y fue proscrito; pero la alteza de su espíritu y el ardimiento de su generosa índole no podían dejarle inactivo. Iba á continuar con el esfuerzo singular que aquellas dotes singulares de su alma le infundían, la gloriosa empresa de emancipar á Venezuela; y después de muchos y diligentísimos conatos logró poner el pie en playa de Coro, acompañado por un reducido grupo de valientes, en agosto de 1806.

Pero abramos aquí un paréntesis, que es de justicia. El ocho de Mayo de 1799 la ciudad de Caracas, consternada, vio perecer en afrentoso patíbulo á don José María España precursor de Miranda, quien á la vista del cadalso, exclamó: "En este lugar mismo, y en breve mis cenizas serán honradas." Aún no lo han sido!

**

Desde este aciago día discurrieron años de perseverante aunque infructuosa labor para MIRANDA, halagado por lisonjeras esperanzas que le hicieron concebir algunos Gobiernos, sobre todo, el de la Gran Bretaña, enemiga á la sazón de nuestra metrópoli, quien hubo de ofrecerle su cooperación para el logro de la ardua empresa, cuyo acabamiento solicitaba con patriótica porfía el caudillo. Esperanzas fallidas, que poniendo á dura prueba su constancia, no fueron parte á menoscabar su energía!

Desengañado ya en el viejo mundo, dirigióse MIRANDA á los Estados Unidos de la América del Norte, y ahincadamente, aunque también en vano solicitó la protección oficial de este país. Empero, ningún impedimento, ninguna contrariedad era bastante para extinguir el ardor patriótico del Héroe; y á pesar de todos los tropiezos, logró equipar con auxilios privados una pequeña expedición de tres bajeles, con la que se dirigió primero á la isla de Haití, siguiendo de allí rumbo á nuestras playas. Sólo doscientos hombres escoltaban la bandera que venía á tremolar Miranda en los campos de la oprimida Venezuela.

A poco andar sucedió el triste caso de que dos de sus débiles bajeles tripulados por cincuenta expedicionarios fuesen apresados por dos bergantines de guerra españoles; pero sin dejarse arredrar por el contratiempo de tan ominoso principio, siguió la expedición vía de Trinidad

en diligencia de obtener algún auxilio de las autoridades británicas; y no estando á la sazón en el apostadero de la isla el Jefe de las fuerzas navales de Inglaterra en las Antillas, siguieron las velas la derrota de Barbada, donde estaba establecido el cuartel general del almirante Cochrane, quien convino en apoyar el desembarco de Miranda en la playa venezolana, á trueque de ciertas condiciones provechosas para el comercio inglés. Fue también autorizado MIRANDA por los Gobernadores de Barbada y Trinidad para reclutar en dichas islas una tropa de voluntarios. Zarpó la expedición compuesta de quince velas

ter los últimos desdenes, las últimas injusticias, el desconocimiento de nuestros derechos de simples provincias de la monarquía española, para que América, despertando de su letargo, advirtiese, que era llegado ya el forzoso caso de dirigir ella misma sus destinos.

Prueba de aquel afecto y sumisión extremados es que, mientras Venezuela era sorda al férvido reclamo de MIRANDA, los Bonaerenses, allá en el extremo sur del continente repelían, no en provecho propio sino de España, la invasión de los ingleses, que pretendieron adueñarse del territorio argentino.

Hondísima raigambre tenía la dominación española en América; y no podía ser de otra manera. ¿No son lazos de íntimos y duraderos afectos la religión y el habla en que nos narraban las glorias de España y la entereza heroica de sus próceres, enorgullecidos de nuestra hidalga prosapia castellana?

La general ignorancia y la no bien entendida lealtad á la metrópoli fueron pues la causa de que se frustrase la patriótica empresa de MIRANDA; el cual hubo de retirarse, y disolviendo su pequeña expedición en Trinidad, tornóse luégo á Inglaterra.

No había de faltar en la represión de la malaventurada tentativa de MIRANDA el acompañamiento de crueles castigos, á que son tan aficionados los poderes absolutos, quienes sólo á la brutalidad fian el seguro de su conservación: diez de los expedicionarios, prisioneros, fueron ajusticiados bajo los muros de Puerto Cabello. Nuestro Gobierno honrando al país, y honrándose á sí mismo, ha ordenado erigir en el lugar del suplicio una columna conmemorativa en que se grabarán los nombres de aquellos mártires. No había de faltar tampoco el entremés tan socorrido entonces, en que se aunaba con lo sangriento y trágico lo vulgar y ridículo: ordenó el capitán general que en Caracas se ejecutase un auto de fe, quemándose en la plaza pública el retrato y los papeles de MIRANDA para ruín regocijo de la gente soez.

**

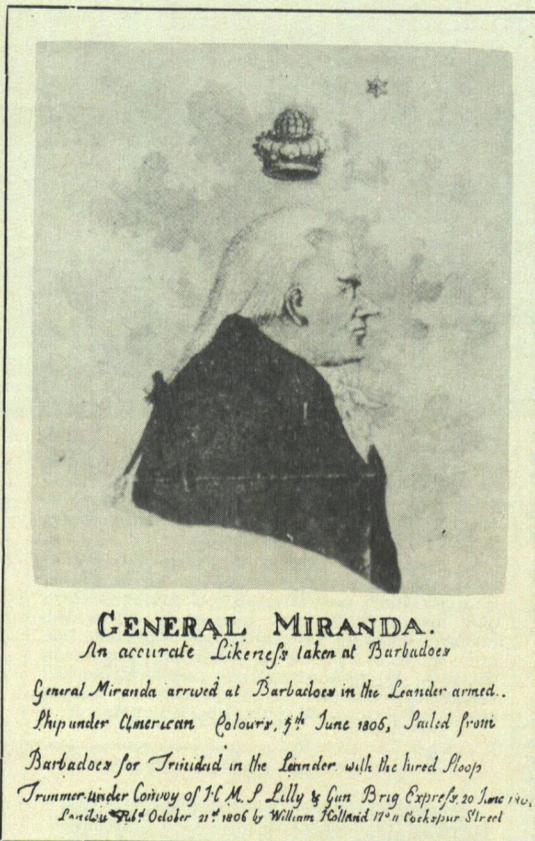
Después del movimiento de 19 de abril de 1810 nombrado Bolívar para instruir al Gobierno británico de las novedades ocurridas y solicitar su protección, pensó desde luégo en inducir á MIRANDA á poner otra vez su esfuerzo y sus talentos al servicio de la Revolución; y fue porque creyó haber encontrado en el insigne proscrito "al hombre cuyo feliz destino le guardaba la gloria de realizar el espléndido proyecto de emancipar la América del Sur." Bolívar admiraba la gran pericia militar de MIRANDA; veneraba en él no tan solamente la varonil entereza y la austera integridad de su carácter que era como vaciada en el molde de los Fociones y Fabricios, sino también "al veterano que había sido el primero en tratar de sustraer á Venezuela de la opresión." (O'Leary).

Si bien quebrantado ya MIRANDA, más que por su edad avanzada, por los trabajos de su afanosa vida, no vaciló en aceptar de buen grado y presuroso la proposición de Bolívar, que le ponía en camino de realizar el anhelo de toda su vida. Si los vaivenes y maltraeres de la existencia habían enflaquecido sus fuerzas, no habían podido debilitar su firmeza patriótica. Ni el recuerdo de sus infortunios, ni su mala ventura en la tierra de Coro, fueron parte á retraerle de los azares del arduo intento.

**

El cinco de diciembre de 1810 dio fondo en la rada de La Guaira la corbeta inglesa *Sapphire* que traía á su bordo al General Miranda. Muy luégo fue nombrado por la Junta Teniente general; y más tarde el distrito del Pao de Barcelona le eligió Diputado al Congreso que se instaló en Caracas el 2 de marzo de 1811.

Figuremos á grandes rasgos la situación política de Venezuela al arribo de MIRANDA. Es la energía una virtud de carácter que si necesaria al hombre en los menesteres privados, es indispensable en las relaciones de la política á los que tienen participación activa en el manejo de los asuntos públicos. Esta virtud faltó á los directores de la Revolución en las críticas circunstancias de aquella época agitada. Era en ellos hombres novicios en el arte de gobernar, que si de suyo es difícil en toda sazón, lo es mucho más en épocas de alteración y de mudanzas. El espíritu de tolerancia que en ellos rayó con la debilidad y la simpleza, informó todas sus acciones. Nada ó muy poco hicieron para contrastar las intrigas de los agentes españoles que cautelosamente preparaban la contrarrevolución. Creyeron que era un atentado reducir con el empleo de la fuerza á Miyares que se mantenía rehacio y hostil en Maracaibo; y no se cuidaron



GENERAL MIRANDA.

An accurate Likeness taken at Barbadoes

General Miranda arrived at Barbadoes in the *Leander* armed.
Ship under American Colours, 5th June 1806, sailed from
Barbadoes for Trinidad in the *Leander* with the hired Sloop
Trawler under Convoy of *M. S. Lilly* & Gun Brig *Expreso* 20 June 1810,
Sailed 2nd October 21st 1806 by *William Holland* 17th & Cockspur Street

RETRATO ALEGÓRICO DE MIRANDA

(Copia de un grabado hecho en Londres en 1806)

y menos de quinientos voluntarios, y con mar propicio, surgió en aguas de la Vela de Coro el dos de agosto de 1806. Al día siguiente fue ocupada la capital de la provincia sin resistencia de los milicianos que la guarnecían, quienes evacuaron la plaza á la inesperada noticia de la aproximación de aquella gente de guerra.

Habló desde allí MIRANDA á los pueblos de Venezuela con palabra elocuente: habló el lenguaje de la justicia que hace libres é iguales las naciones: habló el lenguaje de la democracia que no distingue de razas ni de alcurnias, sino que proporcióna los premios á los merecimientos; y llamó á todos sus compatriotas para que le ayudasen á rematar la alta empresa que, llevado de su ardimiento patriótico, había acometido, y en cuyo feliz acabamiento cifraba él su propia gloria y el bienestar y progreso de Venezuela.

**

Empero, la ocasión no era favorable: no había germinado aún la semilla que pusieron Gual y España en el inculto suelo de un país no hecho á pensar en los grandes problemas políticos y sociales de cuya solución depende la dignidad y grandeza de las naciones; ni podía ser de otra manera. No había un papel periódico en toda la extensión de la colonia: eran más que las escuelas, que enseñan y dignifican, los cuarteles que desmoralizan y embrutecen: en las aguas de nuestros puertos no blanqueaban las velas que propagan civilizadores elementos, ni ondeaban las banderas que amparan y mueven las industrias.

Además, los americanos todos, desde el seno mejicano hasta el cabo de Hornos amaban con cierta ceguedad á la madre patria; y esta afición inconsciente era causa de aquel sometimiento inflexible, que apellidaban lealtad. Fueron menes-

de incorporar las provincias disidentes en el movimiento nacional. Entre tanto, el enemigo alerta prevenía las cosas para restablecer su imperio en el país.

De lo que no fuese servil sometimiento al despotismo de España no había para qué hablar. A los términos de conciliación propuestos por el mediador inglés que en síntesis no consistían más que en otorgar á Venezuela los mismos derechos que tenían las provincias españolas de la Península, respondieron las Cortes, por unanimidad de votos con la más terminante repulsa. Se nos amenazaba con el bloqueo de nuestras costas; con artes malignas, y en secretos conciliábulos se intrigaba: se urdían conspiraciones; y se marcaba cada día más el presuntuoso desdén con que el español peninsular miraba á los americanos.

Un peligro de índole diversa, pero no menos grave asomaba en el horizonte; y era el progreso de ciertas ideas ultra-radicales que caldeaban la imaginación de algunos patriotas exaltados por las violencias de la democracia francesa en fines del pasado siglo; ideas que á poco andar iban á manifestarse con el más extremado ímpetu en el seno de la "Sociedad patriótica de Caracas," donde un famoso tribuno, representante de apasionado círculo, poseído de vehemente frenesí, aturdió á los circunstantes con estas atronadoras voces dignas del sanguinario Marat: "La anarquía! esa es la libertad, cuando para huir de la tiranía, desata el cinto y desanuda la cabellera onduosa.

"La anarquía! Cuando los dioses de los débiles, la desconfianza y el pavor la maldicen, yo caigo de rodillas á su presencia.

"Señores! que la anarquía con la antorcha de las furias en la mano nos guíe al Congreso para que su humo embriague á los facciosos del orden y sigan por calles y plazas gritando libertad!

"Para reanimar el mar muerto del Congreso estamos aquí, en la alta montaña de la santa demagogia.

"Cuando ésta haya destruído lo presente, y espectros sangrientos hayan venido por nosotros, sobre el campo que haya labrado la guerra se alzará la libertad. . . ." (Biografía de José Félix Ribas por Juan V. González.)

**

Brilló la aurora del 5 de julio de 1811, día de regocijada memoria para Venezuela, en que sus representantes declararon que las provincias que la constituían eran y debían ser desde entonces, de hecho y de derecho, Estados libres, soberanos é independientes, absueltos de toda sumisión y dependencia de la corona de España. ¡Cuántas vicisitudes iban á sucederse antes que se afianzara la altiva bandera descogida por aquel Senado de Próceres, en medio de un pueblo entusiasmado y muy ajeno de prever las terribles mudanzas que el porvenir guardaba, como en su seno guarda la nube tempestuosa el fuego del cielo!

Pocos días después, alzados en armas los realistas de Valencia, y vencido, en el sitio de "La Cabrera," el Marqués del Toro, fué sobre aquellos MIRANDA, que en rápida campaña los sometió.

Todo conspira luégo contra la naciente república. La temerosa catástrofe del año 12 sacude nuestras cordilleras, sepultando más de cien mil moradores bajo los escombros de florecientes poblaciones, desde el Avila hasta la Sierra Nevada.

Como ave de rapiña, agorera de males y tristezas, aparece el presuntuoso Monteverde, que después de fáciles triunfos, obtenidos á merced de algunas defecciones y de la consternación general causada por el terremoto, pudo adelantarse hasta el centro del país. De Barquisimeto, indefensa, marcha á San Carlos, y después de breve resistencia, ocupa la plaza el 25 de abril Sigue de allí á Valencia, donde entró el 3 de mayo.

Nombrado MIRANDA GENERALÍSIMO para contrastar el peligro, acometió sin éxito dos veces á Valencia, y tuvo que retirarse al sitio de La Cabrera, de donde rechazó tres ataques sucesivos de Monteverde: pero la traición vino en socorro de éste; y fue el caso que, guiado con celeridad y secreto, por un atajo casi intransitable y mal guardado, amenazó el flanco de la hueste patriota. Desconcertado con tal movimiento el plan de MIRANDA, tuvo que replegarse á La Victoria, de donde rechazó un recio acometimiento del enemigo que con gran quebranto suyo retrocedió.

Era entonces por todo extremo angustioso el estado del país. Instigados los esclavos por agentes españoles, destruían los sembrados de la comarca que demora al Este de Caracas, á cuyas puertas casi tocaban. Y para que se colmase la medida de nuestras desdichas y resaltase más la buena suerte del vanidoso Monteverde, nuestra fortaleza de Puerto Cabello cayó por obra de traición en poder del enemigo. Fue el caso que algunos españoles pudientes, prisioneros en el castillo, cohecharon á dos oficiales nombrados Francisco Vinoni y N. Carbonell, españoles al servicio de la República, particularmente encargados de custodiar aquellos presos, para que adueñándose del fuerte, les diesen libertad; y aprovechando los traidores un momento en que su Jefe había salido á recibir órdenes del Coronel Simón Bolívar, Comandante de la plaza, se alzaron con vivas al rey, y convirtieron contra la ciudad las baterías del castillo.

La desgraciada pérdida de Puerto Cabello decidió, por entonces, de la suerte de la Patria. Este gravísimo contratiempo, y el convencimiento que las circunstancias aciagas de aquel año funesto llevaron, al ánimo de Miranda, de que era incontestable la misérrima postración del país, le resolvieron con asentimiento del Gobierno á terminar la guerra con un tratado que fuese seguro de vida, libertad personal y

propiedades para todos los patriotas venezolanos.

Llegó á creer el noble anciano que la declaración de independencia había sido prematura. "Es fuerza confesar con toda imparcialidad, dice el General O'Leary, que Miranda obró por convicción y según los dictados de su conciencia."

Firmóse la malaventurada convención el 5 de julio de 1812; y dirigióse luégo el caudillo republicano á La Guaira, con ánimo de expatriarse. Empero ¡oh funesta ordenación del hado adverso! Fue acusado MIRANDA ¡quién lo creyera! de traición, por algunos de sus conmlitones y entregado al pérfido y feroz Monteverde.

Qué singular destino! Yo busco en los anales patrios un caso semejante, y no lo encuentro. Sucre es inmolado por fratricida mano; pero Colombia unánime proclamó su grandeza, y estigmatizó al alevé sicario. Bolívar murió proscrito por Venezuela ingrata, pero en suelo de Colombia pudo decir su última palabra de paz y patriotismo, y en el mismo suelo cavaron su huesa manos amigas. Ribas es descuartizado por "aque-llos buenos vasallos españoles" que proporcionaron su crueldad al terror que los había poseído en "Los Horcones," "Niquitao," "Vigirima" y "La Victoria;" pero en su breve y heroica vida fue tan admirado por sus conciudadanos como aborrecido por el enemigo. Tan sólo en la noble faz de MIRANDA ha osado imprimir la pasión exaltada el estigma de traidor! Sarcasmo del destino! Entregado por los suyos fue desapiadadamente maltratado por el enemigo, que no quiso suplicarle de una vez, para atormentarle en lóbrega mazmorra, donde arrastró cadenas durante cuatro largos años. La maldita selva de Berruecos fue menos cruel que el negro calabozo de la Carraca!

Empero, ningún martirio es infecundo. Cuando Miranda ahorrado exhalaba su postrimer suspiro, el viento de las pampas de Venezuela sacudía la misma bandera que el Héroe había tremolado, y el clarín de las huestes republicanas resonaba con victoriosas dianas en la vasta llanura.

No importa que el victimario español sacrifique á su furor patriotas eximios de quienes se ufanan la Virtud y la Ciencia. Tales inmolaciones no hacen más que dilatar el pensamiento único, intenso, que apaga todos los demás, y ha de guiar á los pueblos á la conquista del Derecho.

Miranda aparece en la Historia con la auréola tríplice de soldado, de patriota, de mártir. El nombre del soldado está inscrito en monumento glorioso que la Francia ha erigido á sus Héroe. De su eminente patriotismo dan fe los esfuerzos que empleó para dar á Venezuela vida de nación libre. De su martirio hablan el arsenal de la Carraca y las cadenas que, tomadas de herrumbre, acaso existan todavía; y más que estos signos de tormento físico, el profundo dolor que en su grande alma hubo de producir el ignominioso estigma con que quiso infamarle la ofuscación de ánimos agriados por la adversidad.

La generación actual ha impartido justicia á la memoria de MIRANDA.

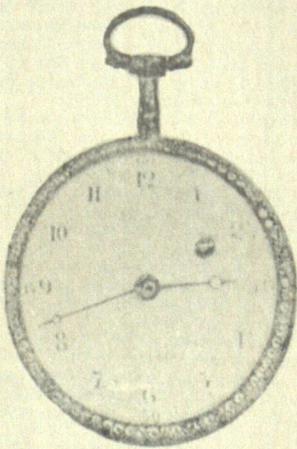
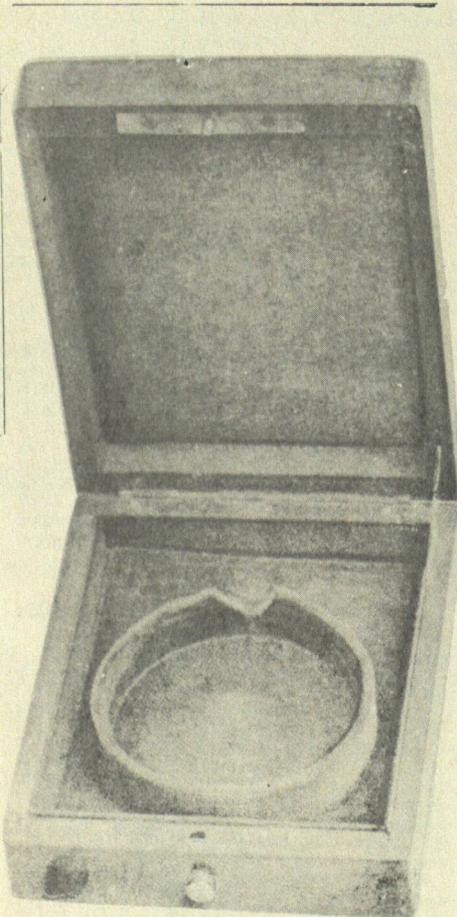
Su apoteosis es la consagración del culto que Venezuela rinde á la virtud desgraciada.

Para rememorar á los pósteros su constante y patriótico afán en lucha con todas las adversidades quedaría muy bien grabado en su cenotafio este concepto de Horacio:

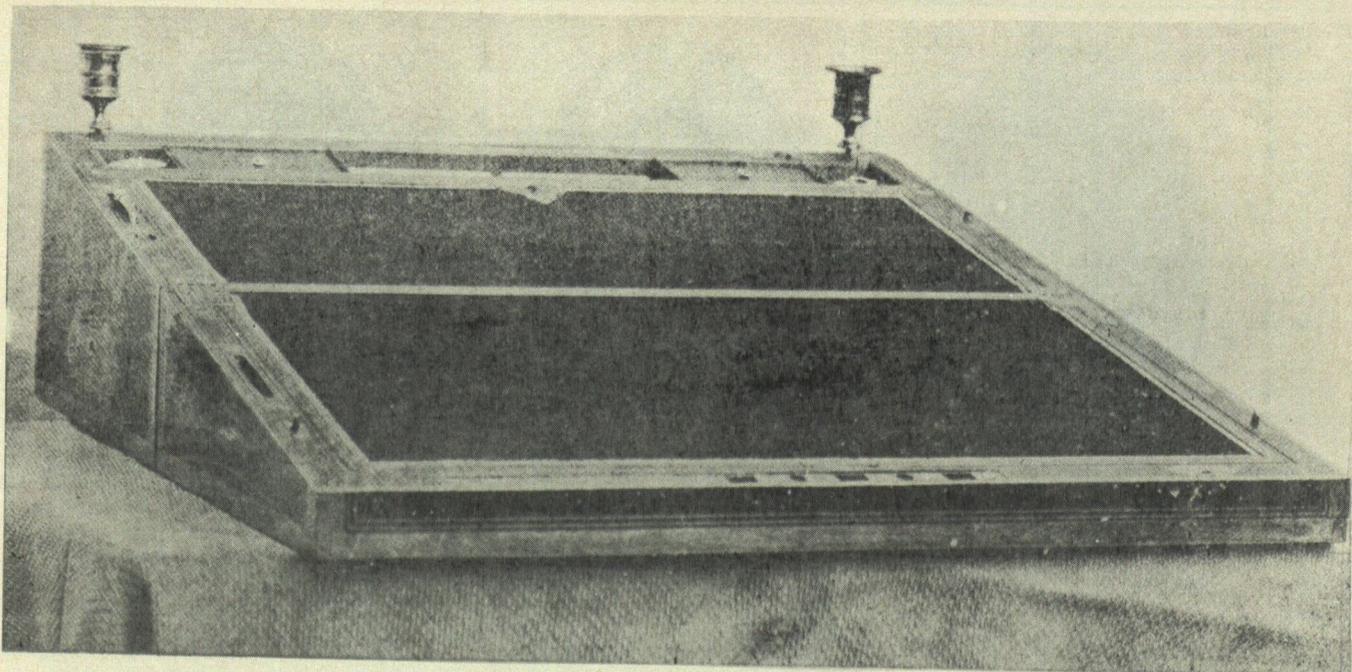
Rebus angustis animosus atque.

Fortis apparet

CRISTÓBAL L. MENDOZA.



EL RELOJ QUE USABA MIRANDA — (Hoy en poder del señor Antonio Blasco,



EL PUPITRE DE MIRANDA — (Museo Nacional)

Luna, Agosto 2 de 1887

Mi estimado Reyes,

Es reciente
nuestra amistad pero
es utimo el motivo
to que la unida

Quiero dar
una prueba de
mi deferencia por
un joven amigo, y
to ofrezco gustoso
la Obra que me

abuelo el Sr. Fran-
cisco de Miranda
cubo en su campaña
libertadora en las
costas de Coro, Vi-
nezuela, el año de
1806

En nuestras
conversaciones he
comprendido su des-
usada afición a las
estudios historicos,
y mas que toda ha

empuado y todas
sus simpatias con
su ferviente admi-
ración por Miranda
sus disertaciones
relativas a aquel
personaje las est-
imo altamente por
que me revelan
que la justicia
en V domina a
toda consideracion
humana La

espada que brilló
en la Revolución
francesa, y las otras
prendas que poseo,
espero que conser-
vables, pero tengo
mucho gusto en
manifestarle que
de durante no
vada o pa al ser-
vicio ella hubie-
ra dependido
de tan cara pre-
sencia

de su familia
estará y siempre
en un memoria
para ofrecerla.

Tuyo y todo el
aprecio de un con-
patriota y amigo.
F. J. de Miranda

J. W. de Reyes
R



GENERAL MARIANO MONTILLA



PBRO. JOSÉ FÉLIX BLANCO



FERNANDO DE PEÑALVER

MONTILLA--BLANCO--PEÑALVER



PROVECHANDO la oportunidad que nos ofrece el decreto del Presidente de la República sobre la traslación de los restos de los próceres Generales Mariano Montilla y José Félix Blanco y Dr. Fernando de Peñalver al Panteón Nacional, colocamos sus retratos al frente de estas líneas.

Al primero de estos próceres debe la causa de la Independencia los más hermosos triunfos en el campo de la guerra y las bellas dotes de constancia, lealtad y consejo como hombre bien educado y convencido. El vencedor de Cartagena y defensor de aquella importante plaza, llave maestra para las operaciones militares de la antigua Colombia, merece por este solo título, prescindiendo de otros muchos que menciona la historia, los honores que ahora se le acuerdan y la gratitud de la posteridad. Ni una mancha en su vida; antes bien la luz del heroísmo en su frente y los atractivos de la sociabilidad á su alrededor.

En Montilla se veían refundidos al héroe y al caballero. Fundó escuela de democracia y de cortesanía, quitando á aquella la aspereza de las formas familiares y revistiéndola con los matices de la amabilidad. El Estado Mayor de Montilla, ó su tienda de campaña, eran focos de orden y de buenos modales.

Fue el primero de cuyos labios salieron los acentos doloridos de la Patria sobre el féretro todavía insepulto de Bolívar.

Representó á la República en Europa, como Ministro Diplomático; y conservó el afecto de

sus conmitones y el respeto del pueblo hasta su último día.

El segundo, sacerdote ilustradísimo, llevó la moral á los campamentos, asistió á los combates con ánimo sereno, prestando á amigos y enemigos los consuelos de la religión y á los directores de la guerra los consejos de la prudencia. Como Administrador de las misiones de Guayana proveyó de recursos monetarios y de elementos militares á los defensores de aquella inmensa región, vasto teatro de admirables escenas, digno lecho del Orinoco y magnífico vestíbulo del Amazonas y de los majestuosos Andes. Bolívar, Salom el virtuoso y Piar mismo con su irritabilidad característica, reconocieron en Blanco un Administrador irremplazable por aquella integridad que se funda en la pureza del corazón y se corona con la abnegación del patriotismo. Luégo en la paz, como miembro del Consejo de Gobierno y como Ministro de Hacienda, descuella entre los hombres de que puede vanagloriarse la Patria en sus mejores días, y la sirvió hasta que postrado por la ancianidad se refugió en el santuario.

Como historiador, por la concisión, austeridad y espíritu de investigación, Blanco puede compararse entre los antiguos á Tácito, entre los modernos á Guizot.

El tercero, Peñalver, tipo del patriota entusiasta y abnegado, adoptó la Revolución desde 1810 y dio principio á su misión persuadiendo al Ayuntamiento de Valencia á que reconociese la Junta gubernativa organizada en Caracas. Con entusiasmo indecible encendió el fuego republicano desde el punto de su residencia hasta donde alcanzó su palabra. Como miembro del Congreso de 1811 no titubeó un momento en declarar la Independencia de Venezuela, y contribuyó poderosamente al éxito completo de aquella gloriosa efeméride.

Triunfante Monteverde fue preso y ahorrado en las bóvedas de La Guaira y trasladado después á las de Puerto Cabello. Aquella serie de victorias obtenidas por Bolívar desde Cúcuta hasta Caracas, abrieron las puertas de la prisión á Peñalver y á otros patriotas. Con más ardor, si cabe, continuó Peñalver la escabrosa senda á que le impelía el patriotismo. Llamado siempre á los más elevados puestos, por su inteligencia y decisión, no excusó ninguno. Fue miembro del Gobierno provisorio, acompañó á Bolívar á Guayana y asistió al Congreso reunido en la capital que hoy se llama Ciudad Bolívar. Fué á Inglaterra en solicitud de recursos para la libertad, y de Londres trajo la imprenta en que se imprimió *El Correo del Orinoco*.

Una de las más grandes prendas de Bolívar, ó si se quiere la más simpática, era aquella espontánea estimación que sabía profesar á los hombres de mérito. Bolívar amaba al Dr. Peñalver con aquella hermosa amistad que hizo exclamar á un célebre dramaturgo francés: «La amistad de los grandes hombres es un beneficio de los Dioses.»

Consolidada la independencia después de catorce años de vicisitudes que todas alcanzaron á Peñalver, todavía pudo este admirable patriota disponer de la confianza del pueblo, pues en 1831 fue nombrado Consejero de Estado de Venezuela y Senador por la provincia de Carabobo: su postrada salud no le permitió aceptar estos cargos, y gracias que á duras penas se ocupase en cultivar de nuevo los talados campos que antes fueron el patrimonio de su familia.

Estos son los tres próceres, á quienes tributará el Gobierno los honores de la apoteosis en los días tres y cuatro del presente mes. Por este acto, el General Crespo y los ciudadanos que componen el Ministerio se recomendarán á la gratitud pública.



VENUS Y EL AMOR

FLOR NUEVA

Ya los dedos de rosa de la Aurora
El fresco broche de la flor desatan,
Y el polen del Amor la primavera
Viene á dejar entre sus hojas blancas.

Sobre el tallo gentil yergue la hermosa
La núbil sien que aljófares esmaltan;
Y del níveo corpiño se desprende,
Hasta los pies, el manto de esmeralda.

Hay músicas y fiestas en el Prado:
"Flor nueva," el Silfo, en las esferas canta,
Y en la alfombra del césped, escondido,
El Sátiro sensual: "Flor nueva," exclama.

Amor el prisma de los cielos junta,
Amor enciende del volcán la fragua,
Amor, en el espacio y en el nido,
Murmura la canción, y tiene alas;

Y al calor de esa vida que despierta
Inician en el cáliz su batalla,
La savia de los pétalos: la carne—
La esencia de los pétalos: el alma—

¿Fruto de nuestras propias emociones
Y resultante al par de las extrañas,
Serán, en lo invisible y lo tangible,
Ensueño casto y voluptuosas ansias?

No interroga el arcano de sí misma
La flor que luce sus primeras galas;
Pero la esencia con el Silfo sube
Y al Sátiro voraz tiende la savia;

Y á este punto inicial de la cadena
Otro eslabón se ligará mañana,
Como al átomo el átomo, la mole
Inmensa á prolongar de la montaña.

Quién al cabo, señor de la hermosura,
Victorioso y riente dirá "Hosanna"?
El Sátiro? Paolo? El de aquel beso
Que en la hoguera infernal cruje y se abrasa?

El Sátiro? Don Juan? A quién recoge
La Ondina voluptuosa y solitaria
Náufrago, en las arenas del deseo,
Cuando la Musa lo aventó á la playa?

Será el Silfo, tal vez? Dante Alighieri,
El soñador de formas más extrañas?
Será el Silfo? Abelardo? El que estremece
Un corazón y el mundo con su fabla?

Escucha, oh Flor:—Precario es tu destino
Si el viento, que á Francesca, te arrebató,
Si Haydée por las redes de tus venas
Trasfusión su sangre, que es de llamas;

Inmortal y divino, si Beatrice
Con su manto de estrellas te amortaja;
Inmortal, aunque humano, si Eloísa
Se abreva en la corriente de sus lágrimas.

SANTIAGO GONZÁLEZ GUINAN.

Valencia: junio de 1896.



EL PUENTE DE MORILLO EN VALENCIA

(REMINISCENCIAS HISTÓRICAS)



En la personalidad del General don Pablo Morillo había un verdadero dualismo, porque poseía excelentes cualidades como administrador y progresista, y al mismo tiempo tenía condiciones negativas como militar y como político.

En España había peleado contra los franceses: se había distinguido en Galicia, Extremadura y Portugal; contribuyó eficazmente á la victoria de Arroyo-Molinos; y como fuera uno de los generales que primero se apresuraron á reconocer la legitimidad del monarca Fernando VII, todo esto le valió para que á principios del año de 1815 fuese designado para mandar la expedición más importante y numerosa que dirigiera el gobierno español contra los titulados insurgentes de la América del Sur.

El ejército expedicionario se componía de seis regimientos de infantería, dos columnas de cazadores, una columna de obreros, dos regimientos de caballería y un escuadrón de artilleros. En fin, era aquel un ejército de diez ó doce mil hombres, que habían luchado con éxito brillante para libertar á España de la tiránica conquista de Napoleón, y venía naturalmente orgulloso por haber castigado la insolencia del extraordinario dominador de Europa.

A principios del mes de abril del citado año de 1815 llegó el general Morillo con su formidable expedición á las costas de Venezuela; y como si lo hubiera hecho de intento, su planta se posó en aquella tierra, Cumaná, llena de luz y de armonía, donde los primeros españoles dieron comienzo á sus labores artísticas y fabricaron la ciudad primogénita del Continente.

En aquellos momentos la causa de la libertad en Venezuela estaba agonizante, casi muerta. Puede decirse que Boves la había ahogado en un inmenso océano de sangre.

Muy pocos de los grandes lidiadores quedaban en escena. Arismendi bregando en Margarita; Zaraza en las montañas de Chagaramas reproduciendo los heroísmos de Pelayo; Páez, iniciando aquella brillante carrera en la que había de fundar la mitología del valor; y BOLÍVAR, perseguido por todas las desgracias de la naturaleza y por todas las injusticias de los hombres, Libertador errante, naufrago sublime, llevando en sus manos las tablas de la República y en su ardiente cerebro la idea de la libertad americana.

Muy bien pudo el General Morillo alcanzar verdaderamente el título de *pacificador*; pero apenas llegó á Cumaná, comenzaron sus desastrosos militares y políticos desdeñando aquellas tropas criollas que habían vencido en Santa Catalina, en San Marcos, en Valencia, en Aragua, en Urica, en Irapa y en otros campos donde derramaron su sangre por la existencia del gobierno del rey Fernando.

Morillo y sus compañeros no se dieron cuenta de que la América y los americanos eran cosas muy diferentes á Europa y los españoles; y al ver aquellos soldados mal vestidos, ó vestidos á la usanza de nuestro pueblo; al ver aquellos rostros ennegrecidos, amarillentos ó pálidos; al ver aquellos desmedrados uniformes, no observaron que tenían delante á los insignes luchadores que habían echado abajo todas las conquistas alcanzadas por la República en el año memorable de 1813.

Los zambos, los mulatos, los negros y los indios—como el General Morillo y sus compañeros europeos los llamaban—fueron retirados del servicio militar y tratados con una indiferencia que se avecinaba con el desprecio; y así se vio que cuando de Cumaná pasó á Caracas el General Morillo, el regimiento de la *Corona*, compuesto en su totalidad de aquellos luchadores que se hicieron célebres bajo el mando de Bóves, le pareció una horda de descamisados, y muy en gracia le cayó la frase, por demás hiriente, que contra ellos lanzara el español don Francisco Mendíbil: "Si estos son los vencedores, ¿cómo serán los vencidos?"

Nada lastima tanto las fibras del sentimiento humano como el desprecio. El desdén es herida que va directamente al alma; y hé aquí que aquellos criollos desdeñados por la impolítica de Morillo y el orgullo vano de sus compañeros europeos, vinieron á poco á ser de los más ardientes defensores de la República, porque hubieron de comprender que en el seno augusto de la democracia no caben las clases privilegiadas, sino la igualdad humana.

A estos desaciertos unió Morillo otros no menos notables, como los empréstitos y secuestros en Cumaná y Caracas; y más luego cuando fué al Virreinato de Santa Fe á iniciar la parte más importante de sus desgraciadas campañas, agregó á esos desaciertos el crimen, porque al desaprobar los proceder humanos y la palabra empeñada de La Torre, empapó aquel suelo con la sangre de Caldas, de Villavicencio, de Montúfar, de Leiva, de Carbonel, de los Torrices, de Arrubla, de Ulloa, de García-Rovira, de Valenzuela, de Pombo, de Benítez, de Hoyos, y de muchos más, víctimas propiciatorias de la libertad americana.

Visto, pues, Morillo bajo el prisma militar y político, es monstruoso; pero observado como administrador y como magistrado progresista, hay que admirar en él esa disposición de ánimo que lo llevó á ordenar en todas partes la administración pública y á levantar obras de progreso, que han perpetuado su nombre.

No diremos aquí sino lo que hiciera en esta ciudad de Valencia, para llenar el objeto que nos hemos propuesto al trazar esta reminiscencia histórica.

Más de dos años habían transcurrido de la llegada de Morillo á Venezuela, y fue á principios de 1818 que llegó por primera vez á Valencia, donde encontró que sus moradores, casi en su totalidad, eran partidarios de la causa realista; y probablemente por esta circunstancia resolvió dejar aquí recuerdos de sus ideas progresistas.

A la Santa Iglesia Matriz, que encontró en fábrica, la impulsó de un modo extraordinario y le cambió la fachada; construyó un cementerio en las afueras de la ciudad y clausuró el que existía al lado Norte de la Iglesia Matriz.

Pero su obra de más importancia fue el puente que resolvió echar sobre el río *Cabriales*.

El plano y dirección de esa obra estuvo á cargo de dos ingenieros españoles, y la parte de albañilería fue hábilmente dirigida por el entendido alarife venezolano Francisco Artega.

El *Cabriales* tenía para 1818 el triple del caudal de aguas que hoy presenta: el sitio escogido para el puente, que era la prolongación de la recta de la calle llamada antes *Real* y hoy *Colombia*, era en extremo fangoso: las aguas se desecharon venciendo algunas dificultades; y tanto en estos desechos, como en la preparación de la mezcla y construcción de los cimientos, el alarife Artega demostró conocimientos muy profundos, que llamaron poderosamente la atención de los ingenieros españoles.

Materialmente hablando, la construcción del

puente costó poco, pues que los ingenieros percibían sus sueldos como empleados del ejército, y el gasto de los alarifes se sufragaba con la contribución de seis pesetas sobre cada res vacuna que se beneficiaba en la ciudad y sus alrededores.

Pero moralmente hablando, ese puente tiene un costo que no se puede apreciar ni medir, como no se pueden medir ni contar los suspiros de la desgracia y las lágrimas del infortunio.

Hasta en sus obras de progreso Morillo era cruel é impolítico.

Además de los ingenieros y alarifes trabajaban diariamente en el puente de 150 á 200 obreros. Estos no eran hombres libres á quienes se les proporcionaba trabajo para ganar la vida. Erán prisioneros de guerra, ó cautivos políticos, á quienes la arbitrariedad del jefe español había condenado á trabajos forzados, por discrepancias de opinión. Entre seis y siete de la mañana se sacaban de las cárceles aquellos infelices, atado el pie con el grillete infame, conducidos por grosero capataz, custodiados por gendarmes; y al fúnebre sdn de sus cadenas eran conducidos al trabajo de aquel puente.



Allí se vio por algún tiempo, encadenado y unido á un hombre de color, un extranjero blanco, esbelto, cabellos rubios, bigotes marciales, caminando la dolorosa vía. Había venido á Venezuela, después de haber acompañado á Wellington en la gloriosa jornada de Waterloo, á servir á la causa de la independencia americana y á sellar al lado de Bolívar su amor por la libertad. Desgraciado al pisar nuestras playas, lo aprisionó el mano del realismo español, y vino á aumentar el número de los republicanos que gemían en las prisiones de Valencia. Su rostro severo denunciaba la austeridad de sus costumbres. En su mirada se trasparentaba el heroísmo; y como era duro de cuerpo y fuerte de alma, escondía las lágrimas en las profundidades del sentimiento, pero derramaba abundante sudor en el trabajo forzado.

Aquel hombre era el hannoveriano Juan Uslar, distinguido oficial de caballería en las luchas contra Napoleón, más luego coronel del ejército de Colombia, jefe del batallón Granaderos, ardiente admirador de Bolívar y uno de sus más leales amigos.

El trabajo del puente se hacía con toda regularidad, pero el trato que se daba á los prisioneros, obreros de la obra, era en extremo cruel.

Dos años se emplearon en la construcción del puente, impulsando Morillo la actividad de los trabajos, muy particularmente durante los cuatro meses que pasara en Valencia, curándose de la grave herida que recibiera en la batalla de la Puerta, sitio tres veces funesto para la causa de la República.

Comenzaba el año de 1820 cuando fue inaugurado el puente. Después de la inauguración casi todas las tardes se tocaban allí retretas por las bandas de música de los batallones españoles. Allí concurrían las damas valencianas, que también eran en su mayoría realistas, y ya al caer de la noche se volvían á la ciudad con algún sarao concertado entre

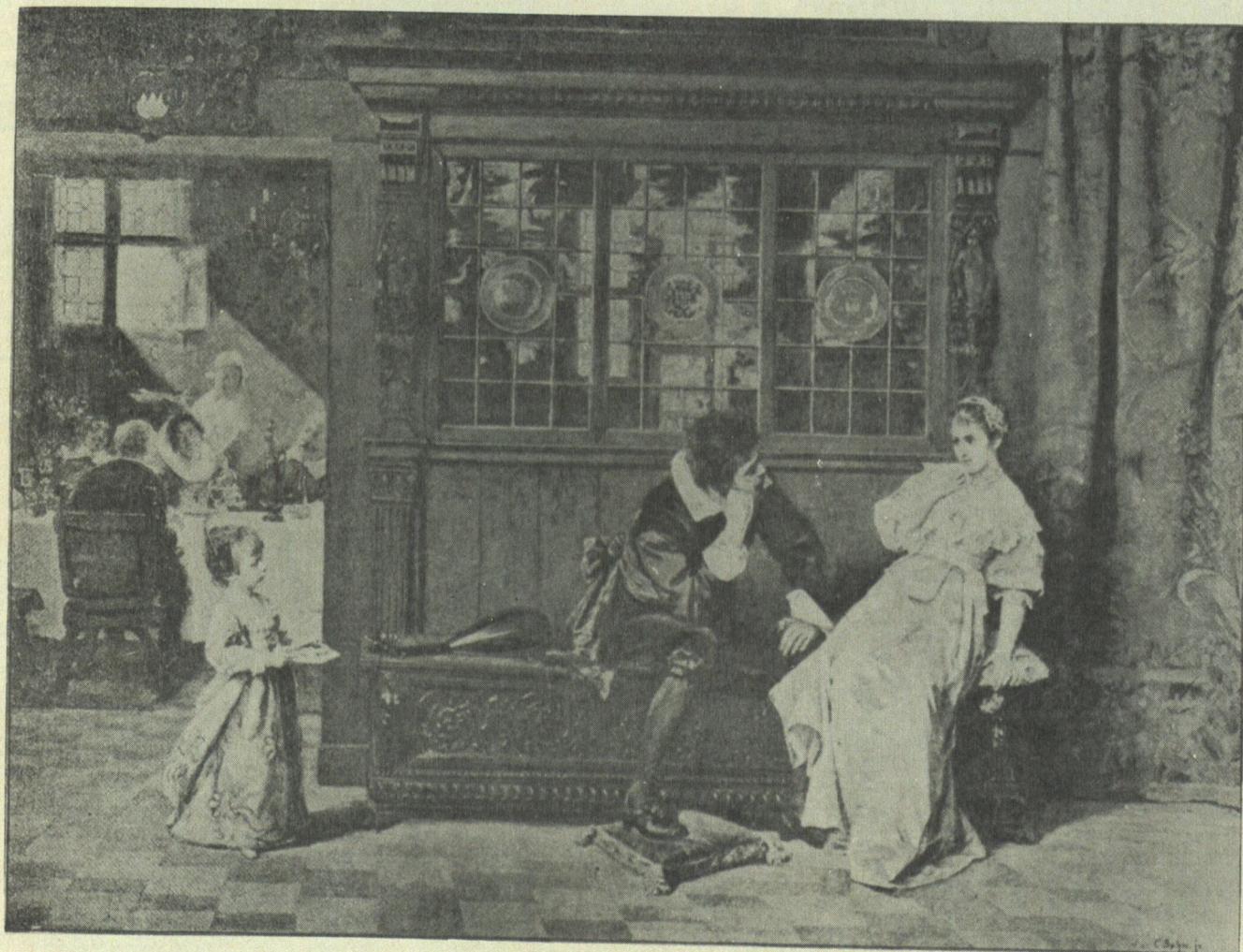
la oficialidad de Morillo, que era distinguida por su cultura social

Han pasado los tiempos y parece que todo se ha olvidado ya, así los infortunios de los republicanos que construyeron esa obra, como las crueldades de los capataces. Sólo queda en pie la obra, admirando á propios y á extraños, por su construcción magnífica ;

y el vulgo, que no se encariña jamás con anónimos y que busca siempre la paternidad de las cosas, lo llama, con su ignorante candidez, EL PUENTE MORILLO, sin parar mientes en que aquella obra está amasada con el sudor y las lágrimas del patriotismo.

F. GONZÁLEZ GUINÁN.

Valencia, Venezuela.

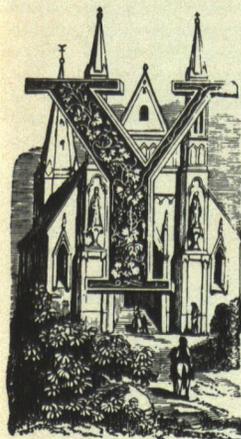


DIÁLOGO INTERRUMPIDO

FELIPE II Y SU SECRETARIO ANTONIO PEREZ

(ESTUDIO HISTÓRICO)

VI



mismo. *Manifestarse* equivalía á presentarse: era un recurso de amparo único en su género, desconocido en las legislaciones ulteriores, y de tanta fuerza jurisdiccional que al Rey

A hemos dicho que entre los derechos de que gozaban los nobles aragoneses se hallaba el que decían *Privilegio de la Manifestación*. El hidalgo perseguido ó encausado que se *manifestaba* personalmente ó por mandatario al JUSTICIA MAYOR adquiría el derecho de ser juzgado por este magistrado infalible é inviolable, que se advocaba el conocimiento de la causa, aunque se hallase en manos del Rey

sólo le quedaba el medio de constituirse parte acusadora, si tenía interés en que fuese castigado el delito.

Cuando Antonio Pérez fue recibido en la cárcel de los Fueros mostró á los que le visitaron las sangrientas equimosis que había dejado en su cuerpo el tormento que le infligieron los jueces de Felipe II, refirió la injusticia con que era perseguido, reclamó el socorro de las leyes aragonesas, é imploró la salvaguardia de los próceres del reino, que nunca habían dejado de proteger á los desgraciados contra la violencia y la iniquidad. Todo el mundo se declaró en favor de la víctima, ya porque había venido á implorarlo contra el Monarca, ya porque eran naturales los sentimientos de piedad en el pueblo aragónés.

No se entibió por eso el enojo de Felipe, antes bien se acrecentó con la inesperada fuga de Pérez hasta el punto de formalizar querrela en el tribunal del Justicia Mayor contra el antiguo procesado, á quien acusó por la muerte de Escobedo y por falsificación de documentos y revelación de secretos de Estado. Dispuso que Don Iñigo de Mendoza se apersonase en la causa y requiriese la condena del reo. Pero, seguía al mismo tiempo otro juicio en Madrid, en el cual se comprobó que Pérez había envenenado á Pedro de

la Hera y á Rodrigo Mógardo, y, lo que seguramente fue el motivo de la cruel persecución, se acreditó á no dejar duda el trato amoroso del Ministro con la princesa de Eboli, trato que para el Rey equivalía al delito de lesa majestad.

El tribunal constituido en Madrid especialmente para este juicio, y compuesto de los dos Jueces enemigos del encausado, que conocemos, sentencia el 10 de junio de 1590, condenando á Antonio Pérez á *pena de muerte natural de horca*; y como eso no es bastante para satisfacer el odio del Rey los sañudos instrumentos de la voluntad real ordenan que el sentenciado *sea primero arrastrado en las calles públicas en la forma acostumbrada, y después de muerto sea cortada la cabeza con un cuchillo de hierro y acero, y sea puesta en lugar público y alto, y de allí nadie sea osado á quitarla, pena de muerte; condenándole además en pérdida de todos sus bienes que aplicarán para la cámara y fisco de Su Majestad. . . Muerte natural!* llaman Vázquez de Arce y Juan Gómez el suplicio de la horca, y, cuando descienden hasta especificar la calidad del cuchillo con que debía ser decapitado el cadáver, guardan absoluto silencio sobre las razones que motivan el sangriento fallo!

Escribió Pérez entonces al Rey para rogar-

le que no le pusiera en la dura necesidad de presentar para defenderse los billetes originales de la real mano que conservaba, y en los que constaban las órdenes que S. M. le había dado de hacer matar á Escobedo. Cuánto no sería el terror que Felipe II infundía á su anterior Secretario, cuando tenía hasta usar los medios legítimos de defensa que poseía, después que el Rey mismo lo había obligado á confesar en el tormento secretos gravísimos, y se encontraba ya condenado á muerte! . . . No hizo aquél caso de la súplica de Pérez: ó no creyó que poseyese papeles ningunos, ó pensó que el Ministro caído no llevaría su audacia hasta mostrarlos. Pero, al desventurado no le quedaba otro remedio en su desesperante situación: sentenciado en Madrid á la pena capital, los agentes de la Corona exigían un fallo igual al Justicia Mayor de Aragón, y era llegado el momento en que el vasallo debía jugar su última carta en la partida de vida ó muerte que sostenía contra su Rey.

Produjo, pues, el famoso Memorial, que existe en la colección de documentos históricos de esa época, en el que justificó plenamente con los billetes originales predichos y varias misivas del confesor del Rey que había obedecido á órdenes expresas de Felipe II en los hechos de que injustamente se le acusaba.

Volvemos á encontrarnos aquí con lo inconcebible respecto al carácter de ese monarca y á las peripecias de esta causa. Podrían suponer que en presencia de cargo tan abrumador formulado por el súbdito contra el Soberano, y del cual estaba ya avisado en la ocasión que arriba decimos, Felipe haría desmentir al enjuiciado, tacharía de falsos los billetes y cartas presentados, y levantarla imponente é incontrastable su regia palabra sobre la afirmación del desvalido preso, y con éso el mundo que sojuzgaba el poder español habría dudado quizá, y la posteridad se hallaría perpleja para decidir si el Rey mentía ó era el reo quien para salvar la vida apelaba á una calumnia contra su señor. Mas, no fue así. Felipe II retrocedió como aterrado ante la defensa de Antonio Pérez, y se apresuró á desistir de la acusación! . . . Qué hombre era éste? tiene uno que preguntarse á cada instante cuando estudia este asunto. Estaba loco, ó quería burlarse de los hombres, de las leyes y de las instituciones de su tiempo, tanto como de las edades futuras?

“ . . . Se dio demanda y acusación criminal contra Antonio Pérez en la corte del Justicia de Aragón, dice la real cédula que para el desistimiento expidió, sobre la muerte del Secretario Escobedo, descubrir falsamente y descubrir secretos del Consejo de Estado, y otros cabos que se contienen en el proceso que sobrestado está pendiente . . . y habiendo sido preso, por mi parte se hizo la probanza necesaria, y después por la del dicho Antonio Pérez se dio su cédula de defensiones, y se procuró probarlas, y así como son públicas las defensiones que Antonio Pérez ha dado, lo pudiera ser la réplica dellas, y fuera bien cierto que no hubiera duda en la grandeza de sus delitos, ni dificultad en la condenación por ellos. . . pero que abusando Antonio Pérez se defiende de manera que para responder sería necesario tratar de negocios más graves de lo que se sufre en procesos públicos, de secretos que no conviene anden en ellos, y de personas cuya reparación y decoro se debe estimar en más que la condenación del dicho Antonio Pérez, he tenido por menos inconveniente dejar de proseguir en la corte del Justicia de Aragón su causa que tratar de las que aquí apuntó. . . Por tanto en aquellas mejores vías, modos, formas y maneras . . . mando que se separen y aparten de la instancia y acusación criminal y plicito que en mi nombre en la corte del Justicia de Aragón pusieron . . . y es mi voluntad que los dichos mis procuradores hayan de hacer y hagan con cláusula de prolestación y salvedad de que queden á mí y á mis procu-

radores en cualquier tribunal del reino salvos é ileso todos y cualesquier derechos que contra Antonio Pérez me pertenezcan ó me puedan pertenecer civil ó criminalmente, como contra criado y ministro mío, ó como Rey contra su vasallo, así en nombré de Rey de Castilla como de Aragón . . . ”

Desistimiento insólito por el cual aparece el acusador, reservándose el derecho de perseguir más tarde al acusado, cuando no pueda hacer éste valer sus medios de defensa! . . . A la vez que se paralizaba el juicio por efecto de la real cédula mencionada, promovía Felipe II dos nuevas acusaciones contra Antonio Pérez en el mismo tribunal del Justicia: una por envenenamiento del clérigo Don Pedro de la Hera y de Rodrigo Morgado, y otra por *enquesta* ó residencia, como funcionario de la Corona, asuntos por los cuales había sido ya sentenciado en Madrid. De la primera se descargó hábilmente Pérez, y tocante á la segunda declinó la jurisdicción del Justicia, porque no habiendo sido oficial real en Aragón, no se le podía abrir juicio allí por ese motivo.

Derrotado tantas veces en su tenaz campaña contra Antonio Pérez, el Rey no se daba, empero, por vencido. Formó una Junta de funcionarios, prelados y juristas para que lo ilustrase. El dictamen de esos hombres hace estremecer. “*Que viera el Rey, decía la consulta, de despachar á Antonio Pérez por cualquier medio, pues no se debe reparar en la ejecución de su condenación en caso que no se pueda efectuar por la vía ordinaria. Porque, si á cualquier particular conforme á derecho le es permitido matar á cualquier foragido ó bandido á quien la justicia ha condenado, y no puede haber á las manos, mucho más lícito le será á V. M. mandar ejecutar por cualquier vía su sentencia contra quien ha huído. . . Para el buen gobierno y estado de las cosas suelen usar los príncipes remedios fuertes, en caso de que por las vías ordinarias no se puede conseguir el castigo que conviene que se haga. . .*” Y terminaba con estas palabras: “*que no faltan medios para la dicha ejecución. . . y cuando el caso sucediere se podrá tratar de los expedientes. . .*”

Aconsejaban el asesinato! Era esa la doctrina que convertía la autoridad de los Reyes en un poder omnímodo, ilimitado, incoercible: á ella se debía la muerte aleveza de Escobedo y mil crímenes más ordenados por los monarcas de aquellos tiempos. Existe la nota marginal, que de su puño y letra, como acostumbra, puso Felipe II en el perverso informe: “*Será bien que se mire todo lo que se debe hacer conforme á lo que aquí se dice y parece. Y lo que se dice que cuando el caso sucediere se podrá tratar de los expedientes, me parece que sería mejor tratarlo luego, y estar resueltos en lo que se debiere hacer en cualquier cosa que suceda, y si conviniere tener prevenido lo que para ello fuere menester, pues después podría ser que no fuese á tiempo, aunque se quisiese.*”

Así mandaba implícitamente que se alistase todo, hasta los asesinos que habían de dar muerte al reo. Pero, nada valían los consejos de la Junta ni la decisión del Rey, mientras Pérez estuviera bajo el amparo del Justicia de Aragón. Necesario era extraerlo de allí para ponerlo al alcance de los esbirros de Felipe. Pidióse mañosamente al supremo magistrado aragonés que condenara al preso si quiera fuese á destierro ó confinamiento temporal, sólo para satisfacer la dignidad del Monarca. En camino para el extranjero ó el interior del reino, en cualquier lugar donde se encontrase, después que saliera de la potestad del Justicia, podía el Rey hacerlo matar ó traer á Castilla para cumplir la sentencia que lo condenaba á morir en la horca. Nada se logró, porque el Justicia Mayor de Aragón era inaccesible á toda consideración que no viniera del cumplimiento de la ley.

Preciso habría sido arrebatar por la fuerza á Pérez del asilo en que se hallaba y violar

sin miramiento alguno los fueros de Aragón, y éso produciría necesariamente la sublevación y la guerra, que Felipe comprometido en asuntos graves fuera de España no osaba arrostrar. Cabizbajo andaba el Rey y apesadados los de la Junta, viendo la inutilidad de todo lo que se inventaba para aprehender á Antonio Pérez, cuando á uno de los consejeros se le ocurrió el único recurso, que para el caso debía considerarse eficaz é incontrastable: hacer intervenir la Inquisición en el perseguimiento contra Pérez!

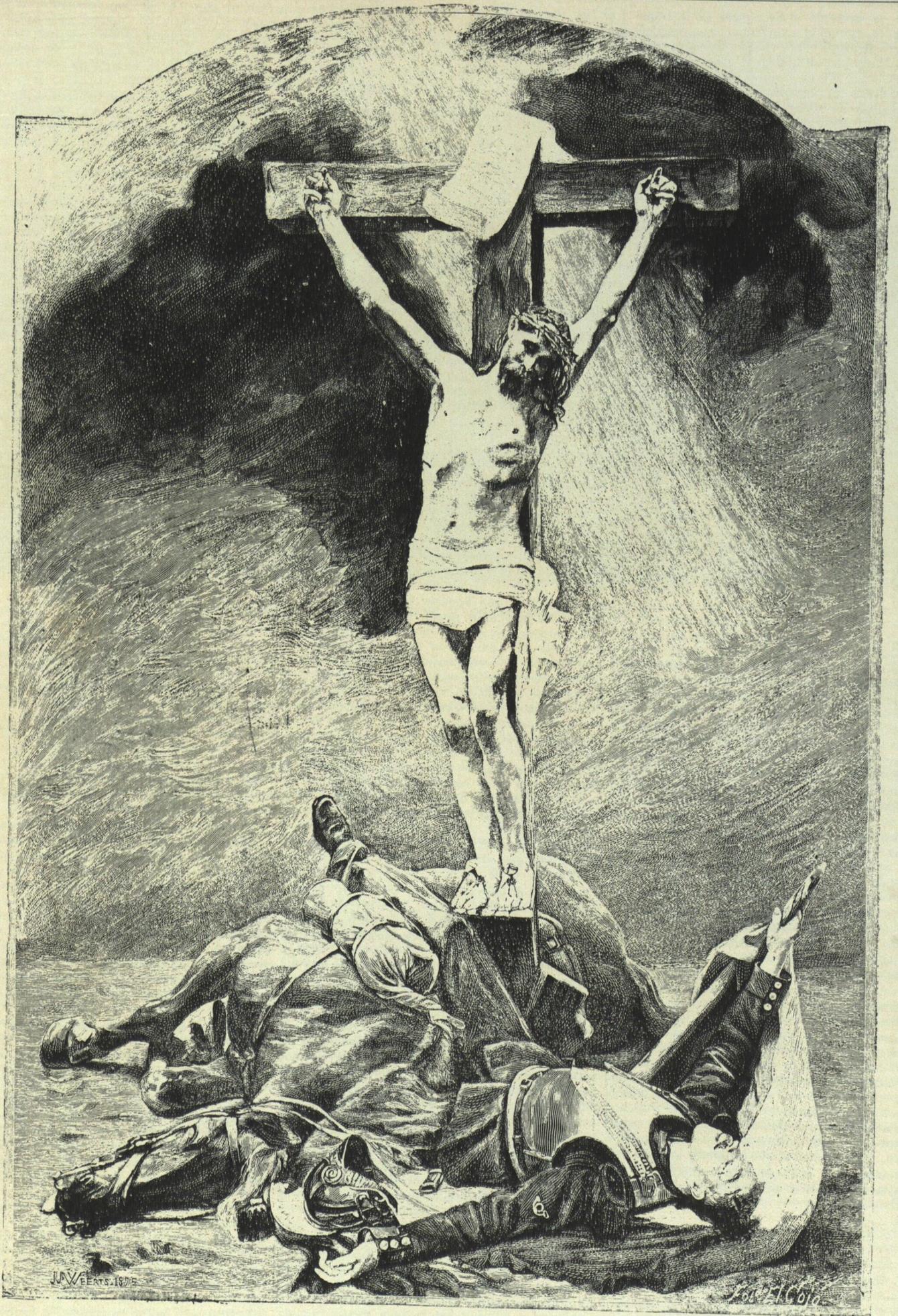
Pero, cómo realizar ese plan cuando este hombre había vivido siempre en buena armonía con el Clero, respetuoso y sumiso á la Iglesia, observando estrictamente todas las prácticas católicas? Los Inquisidores lo encontrarían! . . . Desde el Papa hasta el más humilde y piadoso de los cristianos, nadie podía reputarse libre de un enjuiciamiento por *delito contra la fe*. Cualquiera de sus costumbres, sus palabras, sus actos, sus obras, por sencillas, honradas y justas que parecieran, podía dar motivo á una averiguación secreta, y malhadado el que caía bajo la suspicacia inquisitorial, que exhumaba lo pasado, analizaba la raza, desentrañaba el origen genealógico, estudiaba hora por hora la conducta del sospechado, penetraba en su conciencia, interpretaba su pensamiento, y concluía declarándolo reo, para el cual ni la defensa ni la remisión eran posibles porque esos jueces eran virtualmente impecables.

El Rey consultó al Santo Oficio, y en breves días se comenzó este otro más que extraordinario proceso. Hubo testigos que declararon cómo Antonio Pérez antes de decidirse á huir para Aragón había proyectado ir á refugiarse en la Navarra francesa, dominada por los hugonotes. Pensar en aislarse entre herejes, era prueba evidente de herejía! Pérez debía tener tratos y vínculos con los enemigos del Catolicismo, debía participar de sus errores, sentir simpatías por ellos, cuando había formado la idea de buscar su amparo. Nada acreditaba la verdad de tales suposiciones, ni revelaba que hubiese comenzado á poner en ejecución el imputado designio de partir hacia Bearne, pero los Inquisidores hallaban todo eso tan claro como la luz meridiana, y por tanto Antonio Pérez estaba contaminado de herejía, había incurrido en excomunión mayor y era justiciable ante el Santo Oficio.

A Felipe II debió de alegrarle más este ingenioso razonamiento de la Inquisición que la victoria de Lepanto. Donde no llegaba la potestad del Soberano allí alcanzaba el poder de los Inquisidores: los fueros mismos de Aragón habían de ceder ante la formidable autoridad de los que defendían la pureza y la integridad de la Fe.

El expediente fue elevado al Inquisidor General, que lo era el Cardenal de Quiroga: de allí fue en consulta al confesor del Rey, en su carácter de *Comisario Calificador*, aquel fraile Chávez, que hemos visto persiguiendo desde el principio implacablemente al pobre Secretario caído; luego pasó al llamado Consejo de la Suprema que expidió la orden al Tribunal de la Inquisición de Zaragoza, para que requiriese la entrega de Antonio Pérez y lo aprisionase para ser juzgado en las cárceles secretas del Santo Oficio. No tardaron los Inquisidores dichos en librar un mandamiento imperativo al Justicia Mayor, á quien sólo pena de excomunión y demás censuras espirituales conminaron á que obedeciese sin excusa ni retardo la orden del Inquisidor General, y declaraban al mismo tiempo que ningún privilegio nacional ni municipal podía valer en cuanto impidiera el ejercicio de las facultades que correspondían al Sagrado Tribunal de la Fe.

Don Juan de La Nuza era el Justicia Mayor, anciano respetable por sus virtudes, su carácter y sus grandes merecimientos. Hallábase reunido con los cinco magistrados tenientes suyos que con él componían la Corte,



POR LA HUMANIDAD Y POR LA PATRIA. — Cuadro de J. J. Weerts

cuando se presentó el Secretario de la Inquisición y le entregó el mandamiento sobredicho. La Nuza se amedrentó: el que no había temido el desagrado de Felipe II cuando se negó á condenar á Pérez, tembló ante las iras de los sucesores de Torquemada, y cedió. . . Una sombra de dolor y vergüenza nubló sin duda en ese instante el rostro de los grandes y heroicos próceres del Reino, cuyos retratos exornaban la histórica Cámara de las altas decisiones judiciales, al presenciar la primera flaqueza de un magistrado de Aragón!

Pérez y su criado Mayorini fueron extraídos de la cárcel de la Manifestación, y llevados en un carruaje cerrado á la de la Inquisición, en donde fueron sepultados en calabozos subterráneos. La traslación se efectuó en silencio, á hurtadillas, con las mayores precauciones, á la caída de la tarde, aprovechando la soledad de las calles por las que había de circular el coche, y evitando todo aparato externo que pudiese excitar la curiosidad del público. Hubo, sin embargo, alguien que vio, (para el crimen hay siempre un testigo invisible, con el que no cuenta nunca el culpado) alguien que vio y descubrió, ó quizá adivinó ó sospechó solamente la operación ejecutada con tanto misterio, y corrió á difundir la noticia en los barrios populares. En pocas horas se conmovió toda la ciudad, y el pueblo de Zaragoza se alzó en masa. Hombres, mujeres y niños, viejos y jóvenes, sanos y enfermos, todo el mundo se echó á la calle, así nobles como plebeyos. CONTRAFUERO! CONTRAFUERO! gritaba la multitud, voces que alternaban con las de VIVAN LOS FUEROS! VIVAN LAS LIBERTADES DE ARAGÓN! . . .

A trescientos años de distancia, contemplando esos sucesos por entre las claridades moribundas que llegan hasta la posteridad, nos sentimos al escribir estas líneas conmovidos de admiración hacia la insigne Zaragoza, que defendió con tanto ardor sus derechos soberanos contra la insidia del tirano, con sacrificio de su vida y de sus intereses materiales, como cuando leemos la incomparable valentía con que batalló hasta sucumbir envuelta en las llamas incandescentes de la gloria, resistiendo á las huestes victoriosas del primer Capitán del siglo! . . . Si el Justicia Mayor y los magistrados del Reino se habían mostrado débiles ante la Inquisición, el pueblo quiso probar con su indomable actitud que no lo arredraba poder alguno cuando de las instituciones se trataba. El Santo Oficio estaba en Aragón muy mal visto. Recordemos que los aragoneses rechazaron enérgicos el establecimiento de la Inquisición, que Arbúes, el primer Inquisidor fue asesinado en un templo de Zaragoza, y que Fernando el Católico necesitó emplear todas las fuerzas militares de que disponía para sustentar allí el Tribunal de la Fe, que comenzó quemando innumerables víctimas con el apoyo del Rey.

Extraer á Antonio Pérez de la cárcel de los Fueros significaba la violación de las garantías públicas, y el crimen era más grave aún desde que el quebrantamiento de la ley se efectuaba para sobreponer á la soberanía nacional la odiosa y siempre protestada jurisdicción de los Inquisidores. La persona de Pérez nada valía en aquel caso, ni es imaginable que pudiese influir en las determinaciones populares el Ministro proscrito y condenado en Madrid. Mas, era un hidalgo aragonés, que se encontraba bajo el amparo de la magistratura y de la ley, y era herir á la Nación toda menoscabar en él los preceptos seculares sancionados para la seguridad común.

Los amotinados se dirigieron iracundos y terribles al palacio del marqués de Almenara, agente de Felipe II, á quien juzgaban por eso instigador del atentado. Don Juan de La Nuza, acompañado de sus hijos, corrió á salvar á Almenara: para aplacar al pueblo prometió que el marqués sería reducido á prisión. Los tumultuosos derribaron, no obstan-

te, las puertas de su morada, y sólo á esfuerzos del Justicia quedó con vida el consejero de Felipe II, pero tan maltrecho, que dos ó tres días después falleció en la cárcel. La autoridad del Magistrado supremo fue vilipendiada en la lucha, que no faltó quien gritara en la asonada: *mueran los traidores!* cuando lo vieron protegiendo con tanto empeño á Almenara.

Donde el furor de la multitud alcanzó mayor y más incontrastable grado fue en los alrededores del palacio de la Aljafería, asiento del tribunal y de las cárceles del Santo Oficio. Allí acudió apresuradamente el Virrey de Aragón para ver de apaciguar al pueblo é impedir sangrientos desastres. Ni él, ni otros muchos funcionarios y grandes del Reino que interpusieron su valimiento político ó personal lograron desviar á los sublevados un ápice de su propósito. Insultos y amenazas á los Inquisidores, asaltos á las puertas y muros del edificio, arcabuzos y gritos de muerte, todo indicaba que la muchedumbre ejecutaría al fin el designio que la animaba de allanar por la fuerza el odiado palacio, destruir todo lo que en él se encontraba y quemar á los Jueces de la Fe donde ellos habían quemado á tantos infelices.

A instancia del Virrey, del Arzobispo, de los Condes de Aranda y de Morata, los Inquisidores convinieron en entregar á Antonio Pérez; mas, levantaron un acta, en la cual hicieron constar que aunque estuviere el preso en la cárcel de la Manifestación, se hallaría bajo la jurisdicción del Santo Oficio, que se reservaba en consecuencia el derecho de proseguir la causa iniciada. Entre gritos estruendosos á la Libertad y á los Fueros fue llevado Pérez á la prisión antedicha, todos se retiraron á sus hogares y después de media noche la ciudad quedó tranquila.

Temerosos los zaragozanos de la venganza de Felipe II, convocaron luego los hombres de armas de las provincias, y se pusieron en pie de guerra para resistir á quienquiera pretendiese invadir el reino. Al llamamiento de la metrópoli correspondieron las ciudades y villas; los montañeses bajaron de sus moradas con sus viejos arcabuces y sus largas picas; veíanse los caminos llenos de guerreros montados en vigorosos caballos, preparados para repeler la invasión, como si los amenazara el extranjero; los castillos y fortalezas fueron prontamente artillados, y Aragón se dispuso á vencer ó morir. No se hallaba Felipe II en aptitud de castigar á los rebeldes. Arrastrado por el delirante afán de imponer en Europa la fe católica para erigir su personal despotismo, se alió en Francia con el partido de la Liga contra la mayoría de la Nación que proclamaba á Enrique IV, y movió de los Países Bajos los mejores tercios españoles al mando de Alejandro Farnesio, con la esperanza de sentar á la infanta Isabel Eugenia en el trono de los Valois. Las otras fuerzas militares estaban ocupadas en Italia y Alemania.

En esas circunstancias la guerra con Aragón era imposible. Trastornaría todos los planes del momento, y á nadie se ocultaba cuáles eran el heroísmo y la tenacidad de los pueblos insurreccionados. Al Rey no le quedaba más recurso que fingir, y disimuló su enojo. El tigre se convirtió en zorro. Protestó en cartas llenas de astutas y almidaradas frases que no había pretendido por manera alguna quebrantar los fueros de Aragón sino acatar las atribuciones que en materias de fe correspondían al Santo Oficio, y aconsejaba á todos que recobrasen la confianza en el cumplimiento de las leyes.

Hacia, á la vez, que el Supremo Consejo de la Inquisición conminara á los Inquisidores de Zaragoza que exigiesen la restitución de Antonio Pérez á los calabozos de donde lo sacó el tumulto popular, ordenaba que se publicase en aquel reino la bula pontificia que castigaba con rigorosas penas á los que im-

pedían el ejercicio de los tribunales inquisitoriales, é instituía en Madrid otra Junta encargada de averiguar minuciosamente todo lo relativo al motín de Zaragoza, y de consultar al Rey acerca de lo que debía resolverse sobre el proceso de Pérez.

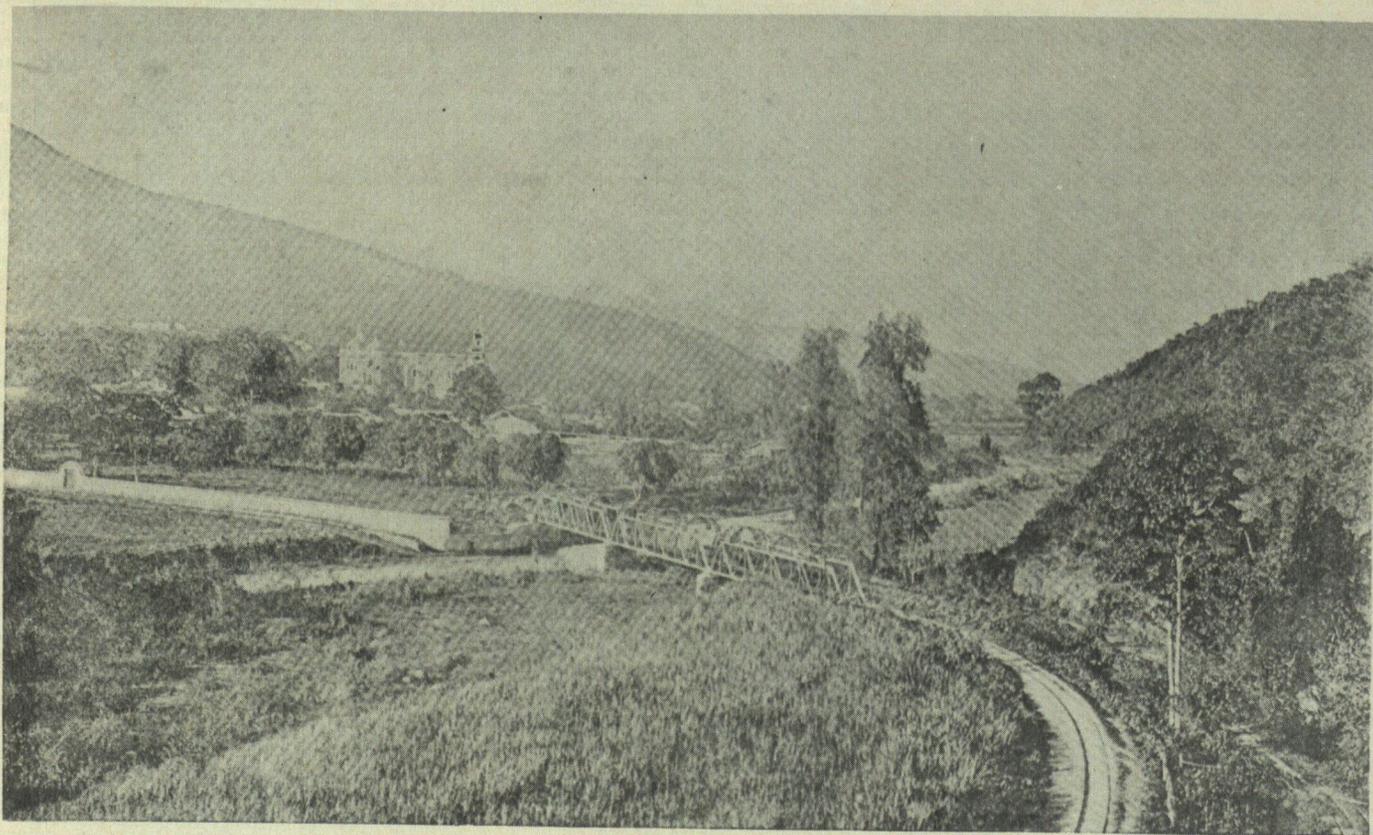
De estos contradictorios procederes de Felipe resultó que los aragoneses, en cuyos ánimos comenzaba á restablecerse la calma con las primeras comunicaciones de Madrid, volvieron á enardecerse contra los violadores de sus fueros. No querían los Inquisidores hacer caso de la excitación del pueblo, y empezaron á reclamar la entrega del preso, atribuyendo á debilidad de los magistrados el temor que éstos expresaban de provocar nuevas conmociones en las masas, si se cumplían las órdenes del Inquisidor General. Tanto pudo al cabo en las autoridades locales el miedo infundido por el Santo Oficio, que se prestaron á trasladar al encausado de la cárcel de la Manifestación á la Aljafería. Demencia fue pensarlo siquiera; porque á la nueva de que intentaban llevar á Pérez para las prisiones de los Inquisidores, estalló la insurrección con mayor fuerza que la primera vez. Hubo incendios y muertes: los representantes de la autoridad fueron depuestos; los frailes de la Aljafería fueron abandonados sus celdas para salvar la vida y el motín quedó nuevamente victorioso.

Antonio Pérez aprovechó la confusión reinante para salir de la cárcel de los Fueros, tomar el camino de los Pirineos y al través de mil dificultades y peligros, pérdida toda esperanza de seguridad, refugiarse en Francia.

Dio entonces orden Felipe II á las tropas que se organizaban en Castilla con destino á la guerra empeñada contra Enrique de Borbón, para que invadiesen las provincias aragonesas. Continuaba engañando, á pesar de todo, con públicas y solemnes protestas de que no era su propósito desconocer los fueros de Aragón al ordenar aquella medida, y aseguraba que antes bien quería guardarlos con los reales ejércitos, é impedir que fuesen por alguno violados con falaces pretextos. Pero, el simple hecho de mandar que entrasen al Reino fuerzas extrañas era una infracción flagrante de las libertades públicas, porque según las leyes no podían pisar el territorio sino soldados aragoneses cuando por las Cortes fueran llamados; precepto dos veces secular, siempre respetado por los reyes.

Dispusiéronse los naturales á la defensa del territorio, que hubieran hecho heroica y sangrienta: por desgracia, las falsas manifestaciones del Rey produjeron el efecto que éste deseaba. Casi todos los nobles se negaron á rechazar con las armas la invasión, en la creencia de que las libertades del reino estaban suficientemente garantizadas por la palabra del Soberano, y convenía esperar. El ejército real entró, pues, sin resistencia en Zaragoza. Su jefe Don Alfonso de Vargas respetó las villas y campos por donde pasó, confirmó al llegar las seguridades ofrecidas por el Monarca, y se dedicó á pacificar los ánimos con actos de conciliación é indulgencia, como quien aspiraba únicamente á que desapareciera el recuerdo de los disturbios anteriores y renaciera la tranquilidad general. Logró así que se retirasen á sus hogares los que andaban armados, que se presentaran los que huían, que regresasen los expatriados por temor, y hasta entabló negociaciones con Antonio Pérez para que viniera de Francia, con plena garantía de indulto, á lo que prudente supo aquel hacerse sordo.

Como tres meses duró esta política ordenada páfídamente por Felipe II. Un día al salir del Consejo fue inopinadamente preso el Justicia Mayor por un Capitán de arcabuceros, y al mismo tiempo se ejecutó igual providencia con varios magnates, diversos eclesiásticos y numerosos ciudadanos, indiciados del crimen de rebelión, que todos habían creído perdonado por Su Majestad. Y desde ese-



ENTRADA AL PUEBLO DE ANTÍMANO. — (De fotografía del señor Schael)

momento se desató sobre el Reino una serie interminable de violencias, persecuciones y castigos, sin acepción de clases ni personas, como descarga una tormenta sus rayos en medio del mar, oscureciendo el sol entre las explosiones del trueno y los silbidos del huracán! . . .

El Justicia fue notificado la misma noche del día de su arresto que moriría al amanecer. "¿Quién me condena?" preguntó asombrado. — "El Rey," contestó el escribano, que fue á instruirle de la orden de muerte. — "El Rey no puede ser mi juez, si el Reino no lo autoriza para fallar," replicó el Magistrado. Mostráronle entonces una carta de Felipe II, que sólo contenía estas palabras: "Prenderéis á Don Juan de La Nuza, y haréisle luego cortar la cabeza." Así suprimió el Monarca homicida la acusación, el tribunal, el juicio y la sentencia, tratándose nada menos que del JUSTICIA MAYOR de Aragón, semejante al Soberano en prerrogativas é inmunidades. No hubo más. ¿Acaso el poder del Rey no venía de Dios? . . .

A la hora señalada extrajeron de la prisión á La Nuza. Iba vestido con una túnica negra, descalzo, la cabeza descubierta, cargado de grillos y esposas. Lo llevaron á la plaza del mercado. Los aragoneses no se atrevieron á salir de sus casas; las tropas reales ocupaban las calles, y tenían orden de arcabucear á todo el que apareciera en ellas. Sus últimos días los había empleado el venerable anciano en pacificar á Aragón; la muerte era el premio de su lealtad: murió con valor protestando contra la injusticia y perfidia de Felipe II. La cabeza del suplicado fue clavada en un poste de hierro, levantado en el sitio de la ejecución con un papel que pregonaba la voluntad del déspota. El palacio secular, de los La Nuzas, en quienes el cargo de Justicia Mayor se había perpetuado como una dignidad hereditaria cerca de doscientos años, fue demolido y sembrado de sal, en señal de eterno baldón é ignominia.

Otros muchos hidalgos fueron ajusticiados sin forma de juicio, unos en lugares públicos, otros en el fondo de las mazmorras donde se hallaban, y sus viviendas solariegas destruídas también con los mismos procedimientos de infamia. Caballeros, soldados, labradores, artesanos, todos los que pudieron aprehender corrieron igual suerte, así en Zaragoza como en otras ciudades del reino. Ni el verdugo Juan de Miguel escapó de la saña de Felipe II, que lo mandó ahorcar con el que lo ayudaba á matar por orden del Rey. Eran tantos los edificios demolidos y arrasados que Zaragoza parecía haber pasado por una inmensa catástrofe.

Días pavorosos de venganzas y de odio fueron los del año 1592 para Aragón, el más digno de los reinos cristianos de la Edad Media, el más poderoso baluarte de las libertades populares, el más independiente de los Estados constituidos! . . . Cuando se creía que la regía guadaña comenzaba á cansarse de segar cabezas ilustres ú oscuras, vino su turno á las hogueras de la Inquisición. El Santo Oficio de Zaragoza formó un proceso de incalculable extensión á todos los que por actos ó por palabras habían favorecido ó aprobado la fuga de Antonio Pérez enjuiciado como hereje, y en esa vía fueron sentenciados á pena capital ó de destierro, con perdimiento de bienes, centenares y centenares de personas.

El primero de todos los condenados fue desde luego Antonio Pérez, convicto de herejía é incurso en excomunión mayor. En la sentencia se declaró á sus descendientes en la línea masculina hasta lo infinito, inhábiles para poseer dignidades, beneficios y oficios eclesiásticos y seculares; para ser propietarios ó usufructuarios de bienes y valores de toda especie; para usar en sus vestidos oro, plata, piedras preciosas, perlas y corales, seda y paño fino; para andar en coche, montar á caballo, portar armas, y para otra multitud de cosas de prolija y trivial mención. Era la

perpetuidad de la excomunión que los furibundos jueces del Tribunal de la Fe pretendían llevar á las generaciones futuras, culpables antes de existir, para ejemplo y vindicación del pecado cometido por el relapso Pérez. Y, como si eso no fuera bastante, condenaron también la memoria de los antepasados del reo, á quienes supusieron inficionados de judaísmo y herejía, con el fin de comprobar que en aquella familia era antiguo é inveterado el virus de la culpa.

El prófugo fue quemado en efigie, que exhibieron con corona y sambenito de llamas pintadas, en un solemnísimó auto de fe, el cual aprovecharon para abrasar vivos á muchos infelices por aquel imaginario crimen.

Después de todas esas ejecuciones y castigos, Felipe II mandó publicar un *perdón general*, que á vueltas de un elogio enfático de la benignidad y clemencia que animaban siempre al soberano hacia sus súbditos, cualesquiera que fuesen las faltas y errores de éstos, contenía aún tantas excepciones y reservas que resultaba de todo en todo inaplicable, porque á nadie indultaba, á no ser que se refiriese á las muchedumbres que son impersonales, á los edificios que habían quedado sin abatir, á los seres inanimados á quienes no alcanza la ley penal. Así procedió Carlos V, cuando después de la guerra de las Comunidades de Castilla, vencidas con Padilla en Villalar, perdonó á las ciudades que se sublevaron en demanda de sus fueros!

Farsa satánica que aplaudían los matadores y los cortesanos, salpicados todos con la sangre de las víctimas! . . .

ANÍBAL DOMINICI.



ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA



N una de mis anteriores Revistas, dije que la representación del drama de Ibsen *El enemigo del pueblo*, arreglado á la escena española, no tuvo buen éxito en Madrid. El

fracaso debió doler al numeroso grupo de la juventud literaria de Barcelona—llamado *nordista*, por ser apasionado de cuanto laboral mental nos viene del norte de Europa y muy especialmente de cuanto ha escrito para el teatro aquel poeta escandinavo—y, con este motivo, se ha realizado ha pocos días en aquella capital una especie de función de desagavios, y surgido una iniciativa que puede influir en el desarrollo de la literatura dramática en España.

Como París ya tiene Barcelona su *Teatro independiente*. Hánlo creado los llamados *modernistas* en las manifestaciones del arte; la falange pronta á todas las osadías innovadoras animada por la fe, sin la cual es infructífera toda labor propagandista. Lo más original de esta revolución es el espíritu práctico que ella revela. Al crear el Teatro, ha creado también actores para el mismo. Parodiando la máxima evangélica, los *independientes* catalanes dicen que no debe confiarse la ejecución de un género nuevo á cómicos viejos; y, de una vez, háuse propuesto y van en camino de conseguirlo, tener una compañía de actores especiales, desprovistos de los amañamientos y de las preocupaciones de escuela inherentes á los cómicos de profesión. ¿De dónde sacar esos actores? Pues de los mismos literatos que forman la cohorte revolucionaria. Así lo han hecho, y la *Compañía independiente* ha empezado á actuar, representando el drama de Ibsen: *Gengangere*, traducido por los mismos adeptos, con el título: *Los Espectros*. Los traductores han llevado tan lejos el deseo de que se conozca á Ibsen tal cual es, que, no sólo han transcrito fielmente los pensamientos, sino que también las palabras del original sacrificando la belleza á la verdad, y por si no fuese bastante, han hecho la traducción en idioma catalán, alegando que sólo así se puede, en Barcelona, formar exacto concepto del género ibsniiano, puesto que aun comprendiendo y dominando perfectamente una lengua, si esta no es la aprendida en la cuna y que habitualmente se habla, tratándose de penetrar el sentido de un drama simbolista, ni el observador más atento y perspicaz, podrá evitar que se le escapen algunas ideas en los pasajes oscuros de la obra.

La de Ibsen, así traducida, huyendo de todo lo que puede parecer arreglo y acomodamiento á la escena española, no hay que decir si resultará monótona y hasta pesada; pero resulta también real, y ayuda á trasladar la imaginación al medio ambiente en que la ficción se desarrolla. En los *Espectros* es donde Ibsen aparece más atrevido tratándose de batallar contra los convencionalismos sociales; y para entenderlo y apreciarlo, hay que tener presente que los *meridionales*, educados en otros convencionalismos, no somos los más apropiados para identificarnos con las ideas del poeta escandinavo.

Unas quinientas personas, en su mayor parte jóvenes literatos y artistas, soldados de la legión innovadora constituyeron el público que asistió á la originalísima representación. En Madrid no se habrían reunido

ni dos docenas. Ha sido una tentativa que, en España, sólo puede realizar, con buen resultado, una ciudad como Barcelona, donde es tradicional la afición á todas las novedades científicas, artísticas y literarias. Como puede suponerse, los improvisados actores aparecieron faltos del dominio de la escena, pero como todos ellos son entusiastas del maestro y le han estudiado con amor hasta en los detalles más insignificantes, suplieron



LA CIENCIA



EL ARTE

la falta de facultades artísticas con el entusiasmo que, en casos tales, opera milagros.

Tanto ó más que el drama, gustó al escogido auditorio el estudio que, sobre Ibsen y el modernismo contemporáneo, leyó antes de empezar la representación, el joven don Pedro Corominas. Realmente es lo mejor de cuanto se ha publicado acerca de este tema en España. Puntos de vista nuevos, reflexiones atinadas, datos curiosos, facilidad asombrosa de dición, imágenes tan exactas como brillantes, entusiasmo y fe, todo esto y mucho más hay en aquel breve pero substancioso discurso.

Analiza su autor las direcciones intelectuales de nuestro siglo, y dice que la laboral ha llevado á los pueblos europeos á la realidad de una vida intensa y heroica que si aguza y temple la fibra nerviosa en las naturalezas robustas, deja tras de ellas una larga fila de caracteres débiles que han sucumbido en la lucha. "Pobres vencidos—dice—ahí están, mostrando á la luz del día sus miserias. Ahí están las mujeres histéricas y los holgazanes patológicos; los criminales inconscientes y los aturdidos por la neurastenia; las víctimas de la morfina, del alcohol y de la crápula. Y ved cómo en este campo del dolor, hay también sus poetas que cantan, desperzándose lánguidamente, la distensión de sus aristocráticos males.

Tocados ya de la debilidad del espíritu, la orgía sensualista del naturalismo francés, les acabó de empujar hacia el abismo, y, como herencia de los excesos sexuales y de la borrachera, les ha quedado un estado irritable y enfermizo que los lleva á laborar un arte refinado y decadente, un arte que, llorando sobre las muertas ideas, forja para consolarse delirios medio evales y llega hasta un misticismo estrafalario que confunde el altar con la taberna.

Pero al lado de estos falsos adeptos, artistas afeminados que trabajan *contra natura*, ve el joven modernista levantarse una generación de pensadores varoniles que, dando con el pie contra las impresiones pueriles de los románticos y las groseras de los naturalistas, avanzan en busca de nuevas fuentes emocionales; prefieren al fenómeno material, al caso clínico, la lucha psicológica, levantan con formas y con ideas nuevas, tormentas de impresiones delicadas, dejando no obstante, lugar para el sentimiento de aquella plenitud de vida que respiran las obras inmortales. Volved—dice más abajo—la vista hacia donde queráis; por todas partes veréis á esos hombres trabajando con la fe y el entusiasmo del apóstol en la obra colosal de la integración del arte. Si es en música, veréis la armonía complicada que nos hace sentir emociones complejas, hasta hoy escapadas á la inocencia de la melodía: Si es en la pintura, os encontraréis en medio de una gran abundancia de cuadros, donde el aire y la luz son las principales figuras; y, si dejando otras artes todavía atrasadas, nos fijamos en la obra literaria la veremos emprender, audaz, el camino del drama interior y vestirse con el espléndido ropaje del simbolismo. Y si á la integración de tan notables elementos, añadimos los progresos técnicos del arte moderno, la explicación filosófica de la línea, el uso del puntillito que tanto se presta para las imágenes vaporosas, el aumento en los medios de instrumentación y la revolución que se está operando en la forma poética, comprenderéis la grandeza del movimiento artístico contemporáneo y no desesperaremos del porvenir de una sociedad, no decadente, como suponen algunos, sino bastante vigorosa y sana para producir artistas geniales que nos ahorran el trabajo de volver hacia atrás la vista para encontrar el arquetipo de lo bello y de lo bueno. Y, observad—termina diciendo—observad: entre los vencidos, abundan los hijos de las grandes ciudades ó de las razas decrepitas; en cambio, los genios casi todos, descendiendo de las montañas ó vienen de los pueblos nuevos. El Norte avanza sobre el Mediodía y el mundo latino se defiende ya sólo con los hombres tostados por el sol de sus montañas."—Ensalza luego las condiciones étnicas de la región catalana, suponiendo que ésta región da á España una raza nueva que salva, audaz, los límites de lo trillado y eleva al cielo el canto de su lozana y eterna juventud. "Adelante, dice—y siempre adelante: glorifiquemos el progreso, la vida nueva: cuando querramos dignificar el arte, hagamos lo que hacemos hoy,



FERROCARRIL DEL ZULIA Á EL VIGÍA — (Estación primitiva de Los Cañitos)

representando las obras tal como salieron de la mente del hombre que las creó, y dejando los arreglos y las cobardías para los pueblos atrasados; formemos en la cohorte de la santa indisciplina, contra los que ponen su mano miserable sobre las obras de los genios inmortales.”

He considerado conveniente traducir casi literalmente los precedentes párrafos, por si de ellos pueden deducir mis lectores algo de lo que es entre nosotros, en el fondo y en la forma, el *modernismo* en literatura. Dudo haberlo conseguido. De un lado, decididas tendencias perfectamente caracterizadas á lo intenso y á lo reflexivo en todos los movimientos del alma, y de otro, ideas y forma vagas é indecisas que oscurecen el fondo y á menudo la forma de los conceptos. El *modernismo* es todavía un problema, una evolución no terminada; puede ser un avance pero también un retroceso para los fines racionales del arte, y es quizás tan sólo una moda pueril ó, cuando más, una pasajera perturbación de algunos espíritus clarividentes, empeñados en huir así de los puros idealismos como del naturalismo desbordado que tantas locuras han engendrado. Resueltos y entusiastas van quizás á la conquista de un realismo espiritual que, hoy como siempre, escapa á las facultades de escritores, poetas y artistas que no las poseen muy excepcionales. Ni aun la mirada del genio ha podido, hasta ahora, abarcar en toda su extensión, en el campo de las ideas, la realidad de la vida.

*

Tenemos desde hace algunos días en Madrid, actuando en el teatro de la Comedia, al gran actor italiano Ermeti Novelli, que es quizás el mejor de nuestros tiempos, por más que su nombre no aparezca á la debida altura por faltarle lo que no es fácil obtenga por ahora, la consagración de la prensa parisien, nada propicia á ensalzar hombres y cosas procedentes de Italia. Novelli es entusiasta por la dramática española,

y como es además persona ilustrada, ha vertido, él mismo, al italiano algunas obras de nuestros escritores modernos, las cuales representa con verdadero cariño de artista. Actualmente está traduciendo, si no ensayando ya, un drama titulado: *Amor salvaje*, escrito expresamente para el gran actor por nuestro insigne Echegaray; obra que, al decir de algunos entusiastas de nuestro gran dramaturgo, está destinada á ser un acontecimiento literario. De Echegaray hay que hacer constar además que, recientemente, su drama *El gran galeoto*, ha sido traducido al idioma francés, y representado con buen éxito en el teatro de la *Comedia Parisien*. *El gran galeoto*, así como también *O locura ó santidad* y *Mariana*, del mismo autor, fueron hace un año traducidas al idioma sueco y representadas en el Teatro Real de Stokolmo. Plausible es el desarrollo que el conocimiento de los libros españoles va adquiriendo en aquellos países del Norte de Europa. El escritor Adolfo Hillman, trata de este asunto en un artículo que publicó, hace algún tiempo, en la *Revista crítica de Historia y literatura*, artículo que ha sido para muchos una revelación, pues la errónea creencia de que las obras clásicas españolas no son conocidas en el extranjero más que por los sabios es general entre nosotros. De dicho artículo se desprende que del *Poema del Cid*, se han hecho en Suecia varias traducciones, unas tomadas de las publicadas en alemán, otras, directamente de las ediciones españolas. El *Quijote* existe traducido en lengua sueca desde el año 1818, y hay tres traducciones distintas, siendo la mejor la de Eduardo Lidfors profesor de la Universidad de Land. De Calderón de la Barca, hay allí traducidas y representadas las obras: *La Vida es sueño*. *El escondido y la tapada* y *La devoción de la Cruz*: de Moreto, *El desdén con el desdén* y otras.

En cuanto á la literatura moderna, además de los dramas de Echegaray á que antes héme referido, hay traducidas al sueco las

novelas *Gloria*, *Doña Perfecta* y *Marianela* de Pérez Galdos; la *Pepita Jiménez*, de Valera; *Pequeñeces*, del P. Coloma; *Marta y María*, de Palacio Valdés. De la señora Pardo Bazán, se ha traducido: *Cuestión palpitante*, *Morrina* y *la mujer española*. En poesía, el doctor Bjorkman ha traducido en verso sueco y con admirable fidelidad, trozos de Campoamor, Núñez de Arce, Jacinto Verdaguer, Duque de Rivas, Juan Valera, Balart y algunos otros. Las hermosas tragedias de don Víctor Balaguer *Aníbal* y *los Esponsales de la muerta*, han sido traducidas al sueco por el profesor Eduardo Lidfors. De todos los citados escritores modernos, el señor Hillman, de cuyo artículo tomo estos datos, ha publicado en una de las más acreditadas Revistas de aquel país, una serie de monografías que nada dejan que desear.

*

Efectuóse, ha pocos días la traslación de los restos mortales de Zorrilla—nuestro gran poeta nacional—desde Madrid donde murió hace tres años, á Valladolid, su patria nativa: allí se le ha erigido un suntuoso sarcófago donde yacerá para siempre. Con este motivo, y en homenaje al ilustre muerto, hubo noches pasadas en el Ateneo de Madrid una sesión literaria; en ella tomaron parte algunos de nuestros oradores y poetas, no todos los que podían y debían hacerlo. Encargóse del elogio fúnebre el señor Alvarez Taladriz, que pronunció, á este propósito, un buen discurso, aprovechando aquella ocasión para rectificar erróneas noticias aceptadas como ciertas por los biógrafos del gran poeta; revelando al mismo tiempo episodios que hacen más interesante la vida de Zorrilla ante la generación actual, ya alejada de aquella en que, generalmente, los poetas eran hombres de carácter excepcional y raro. El orador examinó, con excelente criterio, las diferentes modalidades de la personalidad literaria de Zorrilla, y la parangonó, á grandes rasgos, con la de Calderón de la Barca, diciendo que el autor del *Alcalde*

Ronquillo, en cuanto al vigor y realidad en la traza de los caracteres, bien puede colocarse al lado del que imaginó el *Alealde de Zalamea*. Leyéronse luego algunas de las más bellas poesías de Zorrilla, y terminó el acto con un hermoso discurso del Presidente del Ateneo, señor Moret que fue muy aplaudido. Nuestros principales periódicos han, con este motivo, tributado sentidos recuerdos al inmortal autor de las tradiciones españolas: lo nota culminante en estas manifestaciones de duelo, revela el sentimiento de que, con Zorrilla, haya desaparecido la generación de nuestros escritores y poetas románticos, para dar lugar á la aparición de los periodistas noticieros y de los autores de las llamadas piezas cómicas que proveen á los teatros destinados al cultivo del género chico.

*

Zorrilla—he dicho á mis lectores americanos hace algunos años cuando todavía vivía el poeta—aparece un vidente de lo pasado, todos los delirios de una mente exaltada por el estudio y la contemplación de la naturaleza, de la historia y de los monumentos patrios, véñese aparecer y tomar cuerpo en sus romances y leyendas. La luna de Enero, que brilla con fulgores siniestros sobre las vastas soledades de las llanuras de Castilla, poblada de trasgos y fantamas; el reloj asomando por entre las negruscas piedras de la vieja torre, insensible y fatal como la eternidad—cuyas facces marca: el templo gótico levantándose por encima de las destaraladas casas de la silenciosa ciudad levítica; los marmóreos sepulcros de héroes, reyes y santos, contemplados á la medrosa luz de enmohecida lámpara al extender la noche su manto de sombras por los desiertos claustros; los derruidos castillos y abadías feudales; las algaradas entre moros y cristianos, los torneos, las justas caballerescas y las aventuras amorosas del honor y de la cortesía; los palacios árabes de la región andaluza, entre cuyos esbeltos agimeces susurra la brisa de la noche, al par que los nostálgicos suspiros de los desterrados que los habitaron; las leyendas religiosas caballerescas *El cristo de la Vega*, *Los cantos del Trovador*, *Margarita la tornera*, *El capitán Montoya*, el hermoso poema *María*, inapreciable tesoro de inspiración cristiana; el no menos precioso titulado *Granada*, epopeya pintoresca de nuestras glorias de la conquista..... todo un mundo de tradiciones y recuerdos fue por él evocado y reproducido en la forma esencialmente plástica de su poesía. Nadie ha llegado hasta donde él en esta tarea. Cuarenta tomos de versos, casi todos de este género, dan á Zorrilla títulos más que suficientes para poderse llamar uno de nuestros primeros líricos, en la excepción de forma, y el mejor de nuestros vates descriptivos y legendarios.

A la traslación de los restos del gran poeta, asistieron el Gobierno de la nación, un delegado de la Reina Regente, los Ayuntamientos de Valladolid y de Madrid, en corporación, y numerosas representaciones de todos los centros literarios y artísticos y de la prensa periódica de esta corte. A la carroza que conducía el féretro, seguía otra llena de coronas de laurel y flores artificiales y naturales, ofrendadas por particulares y corporaciones, distinguiéndose, de entre todas, una muy artística de gran tamaño trabajada en bronce con incrustaciones de oro que, para ser colocada sobre la tumba del poeta, ha enviado la ciudad de Barcelona. El pueblo de Madrid—triste es decirlo—no se agolpó en las calles por donde pasó la fúnebre comitiva. Aquella tarde había función de toros, y quince mil personas llenaban la plaza, ofreciendo el espectáculo de las sociedades decadentes, bien halladas en sus tribulaciones y vergüenzas si ello les deja holgura y libertad bastante á la satis-

facción de sus instintos groseros. Dirigiase bulliciosa la multitud hacia el vasto circo, mientras, en dirección opuesta, avauzaba lentamente la triste comitiva del entierro, sobre la cual se cernía, dolorido el genio genuinamente español que en el libro y en el teatro ha dado, durante medio siglo, forma bella y sugestiva á las ideas de patria, honor é hidalguía, tradicionales en el espíritu y en el corazón de nuestro pueblo.

J. GÜELL y MERCADER.

Madrid: 1896.



EL PADRE LAS CASAS—Grupo en bronce, de Tomás Mur — (Guatemala)

CHANZAS Y VERDADES

ANÉCDOTA VERIDICA



L. *Saint Germain* acababa de zarpar y trasponía ya la desembocadura del Loira, cuando cubierto con mi casquete de viaje, cómodamente calzado, y hecho el ánimo para las incomodidades de la larga travesía, me ocupaba en escoger sitio conveniente donde colocar mi silla de extensión.

—Este viajero parece tener las mejores intenciones de marear—dijo cerca de mí una voz muy conocida, como que era la de un compatriota amigo que regresaba también á Venezuela.

Al volverme para saludarle ví que no estaba solo: con él departía un caballero cuyo porte predisponía en su favor. Era un hombre como de cuarenta y cinco años, robusto, de pelo y barbas muy negras, ojos pequeños y vivos, sonrisa afable y aire grave y reposado. Llevaba un vestido de viaje correcto y pulcro, la camisa irrepachable; el lazo de la severa corbata negra era perfecto; la leontina, de oro, por extremo sencilla; los botones de la pechera pequeños y de brillante nácar. Ni un anillo, ni un alfiler, ni un dije, nada se descubriría en él que no conviniese á una estudiada sencillez, como tampoco nada había en él que no revelase esmero en la pulcritud exterior de la persona.

Mi amigo hizo la presentación de estilo, y

de este modo supe que aquel caballero era suramericano y se llamaba el Doctor T.

Al punto comprendí que tenía delante de mí un enigma. Aquella sobriedad de palabras; aquella reserva no afectada cuando la conversación se concretaba á personas; aquel gesto extraño cuando Enrique, mi amigo, introducía alguna alusión picante en su charla de muchacho alegre que acababa de dejar á París; todo llamaba mi atención de modo singular hacia aquel hombre bajo cuyo exterior sencillo se columbraba algo de misterioso.

Andando los días observé que gustaba de estar solo, leyendo casi siempre, y muchas veces encerrado en un mutismo del que salía repentinamente. En esos momentos parecía dormir, porque tenía los ojos cerrados; pero pequeños movimientos sucesivos, ya de un pie, que cambiaba de posición, ya de una mano que suavemente acariciaba la barba, ya de la lengua que se asomaba á refrescar los labios tostados por el sol y las emanaciones marinas, denunciaban que el Doctor T. estaba perfectamente despierto. ¿Meditaba? Sí; después no me quedó de ello duda alguna.

Tenía una lectura favorita que nada era poderoso á interrumpir, que se efectuaba siempre á las mismas horas y en un volumen pequeño, grueso y farrado en paño negro.

A los tres ó cuatro días de viaje, cuando merced á lo apacible del mar el mareo empezó á disiparse hasta en los que se sentían por él más afligidos, y cuando ya casi todos los pasajeros éramos conocidos los unos de los otros, se empezó á generalizar abordo el buen humor y á pensar en distraer el fastidio. El piano fue trasladado á la cubierta, y tuvimos alegre noche de concierto y de baile.

En el momento de mayor animación tuve que bajar al comedor, y allí me encontré al Doctor T. entregado á su lectura favorita.

—¿Cómo, Doctor?—le dije—¿No va usted á tomar parte en la jarana? ¿No le gusta á usted bailar?

Me miró con extrañeza, como preguntándose si yo hablaba de broma, y al ver mi aire de formalidad se limitó á sonreír de un modo que no me dejó la menor duda de que mi pregunta había sido por extremo impertinente. El, sin haber desplegado los labios, continuó su lectura; y yo, entre corrido y enojado subí al puente, donde me hizo olvidar del Doctor T. la algazara de las muchachas. Eran estas seis ú ocho, oriundas de distintos pueblos de la América latina; todas alegres, vivarachas, rebosantes de donaire y sal, y algunas dotadas de esa belleza que llama tanto la atención de los europeos en nuestras trigüeñas de ojos incendiarios.

Para el Doctor T. parecía no existir á bordo hija de Eva ni cosa que lo pareciese. Su actitud para con las damas era de glacial indiferencia, y si alguna vez se le vio dirigir una broma á alguna de las chicas, lo hizo con tono y aire señaladamente paternos.

—¿Es usted casado, Doctor? le pregunté en otra ocasión. Se volvió hacia mí con gran sorpresa; después, con aire de reconvención, me recorrió con la mirada, de arriba á abajo, dos ó tres veces; y terminó por volverme la espalda, no sin que á sus oídos llegasen inmediatamente, con el acento de mi profundo enojo, estas palabras: “Es usted un malcriado.” No se alteró, no dio importancia alguna á mi enfado, antes me volvió á mirar de una manera mitad humilde y mitad compasiva que llevó al colmo la curiosidad despertada en mí desde el principio por aquel hombre que ya se me hacía verdaderamente misterioso.

Todo esto ocurría en los días que preceden inmediatamente á la Semana Santa; y desde el Domingo de Ramos cesó para las damas, y de consiguiente también para los jóvenes, el baile que tanto anima las noches interminables de la pesada travesía. El Miércoles Santo corrió á bordo la noticia de que habría misa al día siguiente, celebrada por un obis-



LA BELLA JARDINERA DE FLORENCIA — (Cuadro de Rafael)

po italiano que se dirigía á no sé qué puerto suramericano del Pacífico. Varias de las señoras quisieron confesarse esa noche y comulgar en la misa, si era posible, para lo cual fue consultado Monseñor, quien se prestó gustoso á todo y se mostró muy complacido de su previsión al llevar consigo formas para el caso.

A eso de las ocho de la noche se acercó al grupo de damas una hermana de la Caridad, que con otras compañeras se dirigía á Colombia, y dijo que el confesor aguardaba á las penitentes en el salón reservado de señoras. Allí se dirigió, la primera, una trigüeña animosa, resuelta, que penetró con paso firme en el Santuario improvisado, de donde al punto salió desfavorada y dando gritos.

Todos los que estaban cerca rodearon á la asustada niña que hacía esfuerzos por reponerse y poder hablar.

—¿Qué atrevimiento!—dijo al fin.

—Pero ¿qué ocurre?

—Una cosa insufrible. ¿Saben ustedes á quién encontré en el ángulo más oscuro del salón, disfrazado... pero esto es inaudito! ¿Como si una pudiera tomarle por el confesor!

—Acabe usted, ¿á quién encontró?

—Pues, nada menos que al Doctor T.

—¿Es imposible! Usted se ha engañado. ¡Qué escándalo! Eso sería intolerable!

—Calma, señores, calma—dijo Monseñor acercándose al grupo:—el Doctor T. es una persona intachable; yo mismo le he autorizado para que oiga en confesión á estas señoras, porque habla la misma lengua de ellas.

—Pero es que sólo pueden confesar los que son sacerdotes.

—Muy cierto.

—Entonces, ¿cómo se explica?

—Lo que no se explica, es que no puedan los profanos reconocer sino por el traje al sacerdote, adiestrados á ejercicios corporales no tienen más esbeltez y soltura que este escritor que diez horas del día las pasa en el escritorio. El salón está lleno de libros, de estatuillas, de cuadros traídos de Italia, entre ellos una dolorosa cabeza del Cristo, obra maestra de un desconocido. Los retratos de Coppee, Richepin, Bouchor, Mau-passant. Un gran escritorio, sofás ingleses, forrados en marroquín, cojines y telas del Oriente, tapicerías antiguas. Un sello de elegancia destituida de vana excentricidad.

La erudición de Bourget es inmensa y es un decidor fácil que habla con sencillez y sin asomo de pedantería de cosas muy interesantes. Un sabio, un filósofo que tiene nervios de mujer. Fija los matices del sentimiento, del mismo modo que las sutilezas de la idea, y en su persona física se encuentran los rasgos de esos dos aspectos de su temperamento. La mirada es penetrante, la voz como fugitiva, tiene á veces inflexiones tiernas, casi infantiles. Parece que con ella envuelve las ideas y acaricia sus contornos para mejor poseerlas.

La idea de su *Jililo trágico*, me dijo, se la dio un cuento de Lemaître y en ese libro como en *Cosmópolis* lo que él se propone es unir dos géneros que hasta ahora llevan vida aparte: la novela de costum-

bres y la analítica, la que sólo alimenta á la multitud y la que sólo gustan los refinados. Juntas, cree él, pueden producirse obras complejas, muy humanas y muy vivaces.

Pronto se embarca para el Japón en donde pasará un año. El libro que resulte de ese viaje lo publicarán simultáneamente la *Revista de Ambos Mundos* y el *New York Herald*. No viaja por pura diversión, dice él, sino por necesidad profesional. Taine me decía: "El artista que quiera desarrollarse debe abandonar todos los años por algunos meses el centro habitual de sus ocupaciones." He vivido, siguiendo ese consejo, entre los italianos y los ingleses, lo bastante para conocerlos profundamente. Si pongo en escena una bella dama florentina ó un estudiante de Oxford, en mi espíritu se presentan esos personajes con su fisonomía definitiva: sé de ellos lo que importa saber, su origen, su educación, las influencias atávicas ó sociales que han sufrido, y, sin tanteos, voy derechamente á mi objeto. Esa certidumbre se la debo á mis viajes.

Así piensa y vive y es el joven que en los primeros años de sus rudos comienzos vivía en un modesto cuartucho, junto al tejado, y aseguraba su subsistencia dando repasos de filosofía á los examinados. Entonces era tal su idolatría por Balzac que, á fin de escribir de noche como él, se acostaba á las ocho de la noche y se levantaba á las tres. Tomaba una taza de café y comenzaba á escribir.

Un, deux, trois... Qui, c'est bien trois heures... Dans la nuit qu'il est plaintif, ce cri de l'heure qui s'enfuit!.....

ha cautado él.

En ocasiones invadía su celda un grupo irreverente. Jean Richepin, Raoul Pouchon, Maurice Bouchor, los tres mosqueteros, llegaban á pedirle hospitalidad. Una vez Jean Richepin, que había tenido "un desagrado" con el propietario, se instaló durante quince días en el cuarto de Bourget, y para conservar su único vestido se envolvía en una cortina de damasco encarnado. En ese traje recibía á sus acreedores. Bourget no se ocupaba de la casa y algunas mañanas el *menú* era desolador. Richepin se quejaba amargamente. De esa época es el soneto aquel:

Malgré le chocolat trop raffiné du carme
J'ai fait un déjeuner très faible chez Bourget,
Il n'avait pas de vin! Et plein d'un sourd vacarme
Comme mon estomac, noyé d'eau, s'insurgeait
Je me suis rappelé, du profond de mon jeûne
Un quatrain de Kheyam, le poete persan.

Se compadece Richepin, con su colega persa de los montes cubiertos de nieve y termina:

Et j'ai maudit Bourget, pauvre faiseur de rimes
Qui, me prenant pour un sommet, m'abreuvait d'eau.
De todo eso hace venticinco años.

ADOLPHE BRISSON.

LOMBROSO

En su habitación poblada de *facies* de criminales, tuvo la fortuna de conocer al hombre de genio que ha conmovido la ciencia, prevenido la jurisprudencia, y presentado la más admirable colaboración en los modernos tiempos á la obra de la criminología y de la psicología.

El cerebro de Lombroso está en constante actividad. Es preciso verlo en su casa, entre la esposa y los hijos, hablando de todo, de Crispi, de Bourget, de Annunzio y de Zola con rara elocuencia y ardiente curiosidad. Pequeño, nervioso, lleno de fuego, recuerda á Michelet. Tiene la intensidad en el mirar y la lava volcánica del gran historiador. Su vivienda, en donde todo es laboriosidad, tiene la calma de los interiores burgueses del siglo XVIII. A la luz de la lámpara, entre sus dos hijas, encantadoras, se le creería un *modelo* de Sreuze.

Viviendo entre asesinos se conserva candido y suave. El gobierno italiano le ha dado un chiribitil en la vía de Po, en Turín, y de ese laboratorio que él no quiere abandonar, han surgido ideas nuevas y una revolución científica. Dos cuartos estrechos, ventanas descalabradas, en invierno mucho frío, en verano calor sofocante: la entrada un corredor obscuro en donde se arriesga romperse la crisma si no sirviera de guía el ruido de los pasos en el entablado desigual. Dos celdas monacales de un viejo convento, celdas abandonadas llenas ora de libros, cráneos, fémures, artefactos hechos por criminales, bombas y toda suerte de aparatos. Ahí, en ese antro que parece un sótano de Rembrandt, es que Lombroso ha creado su criminología.

Y antes estaba solo, sin discípulos, sin colaboradores, con *ochocientos francos* de sueldo al año, de los cuales tenía que pagar luz y leña para calentarse. ¿Qué admirable la obra surgida del fondo de esa miseria! ¿Cómo ha crecido de año en año!

L'Uomo delinquente que hoy consta de 4 volúmenes de 600 páginas, era en 1876, en su primera edición, un folleto de 150. Veinte años de labor le han agregado dos mil doscientas cincuenta páginas. El *Hombre de Genio* comenzó en una conferencia, en 1864. No tenía doce cuartillas. Hoy tiene 700 páginas.

Un rasgo basta á probar lo desinteresado de su amor á la ciencia. A fin de poder estudiar los criminales en lo vivo ha aceptado el cargo de médico de las cárceles de Turín, función que le roba tres horas al día y por la cual no recibe emolumento alguno. El sabio, sin embargo, prefiere ese puesto á todos los demás, porque de esas tres horas él consagra una á estudiar, desde su punto de vista, el curioso personal de criminales que á diario pasa por las prisiones piemontesas. La cárcel es la clínica de ese médico de las almas.

Es así, dice G. Ferrero, su distinguido discípulo, que Lombroso ha podido recoger *in anima vili* tanta observación original, y que se ha procurado tantas relaciones.....entre los bribones y los bandidos. No es raro, paseándose con él por las calles de Turín, verse saludado por hombres de aspecto patibulario. El les contesta descubriéndose. Son antiguos encarcelados que saludan á su médico. Otras veces es un tipo bien puesto, de aire distinguido y modales corteses, que lo detiene en la calle. ¿No me reconoce usted? Yo tuve el honor de ser asistido por usted. Recuérdelo bien, querido é ilustre profesor. Se acuerda usted?.....en la cárcel! En ocasiones el *gentiluomo* agrega que está muy bien: ha heredado ó se ha casado con una mujer rica. Gasta una leontina enorme: ya no las roba!

Cesare Lombroso, ese hombre suave, modesto, conciliador como un apóstol, es un héroe cuando se trata de luchar por lo que él estima que es la verdad. A esa intranquencia, peligrosa á veces, le debe él páginas admirables en su vida. Conozco, por ejemplo, el caso de Passanante, el que intentó asesinar á Humberto en Nápoles, en 1879. Passanante estaba atacado del delirio de la persecución. Para los alienistas eso era evidente; pero en los círculos oficiales no gustaba que se reconociera en él culpable un mal que, debidamente comprobado, disminuiría la responsabilidad y la pena del regicida. Se tuvo pues el tacto y la habilidad de elegir expertos que declararan perfectamente sano al criminal. Fue buena fe? Temieron descontentar á las potencias amigas? Es lo cierto que científicamente su experticia no era de recibo. Lombroso, indignado, sin cuidarse de las consecuencias, atacó el dictamen de la comisión y señaló al público los groseros errores que contenía.

El escándalo fue terrible. Lombroso ata-



DESMONTE A ORILLAS DEL ESCALANTE [Zulia]

cado por todas partes, vilipendiado, insultado de modo inaudito, respondía imperturbable: Lo que sostengo es verdad. Trece años después una comisión de alienistas, en la cual figuraba más de un experto de la antigua, examinó de orden del gobierno italiano al cocinero fanático, recluso en el presidio de Santo Stefano. La comisión declaró á la unanimidad que los primeros expertos habían errado, que Lombroso había tenido razón y que Passanante era loco. Entonces lo trasportaron á un manicomio.

¡Y la lucha de ese tímido hecho para el hogar y el laboratorio, su lucha contra la *pellagra*! Joven aún, enseñaba psiquiatría en Pavia. Abundaban en los hospitales aldeanos atacados de *pellagra*, terrible mal que se presenta bajo forma de placas en el cuero cabelludo y que reina en Lombardía. El se propuso estudiar la causa de la epidemia y tras afanosa, encarnizada labor, encontró que los aldeanos contraían la *pellagra* porque comían maíz podrido. Otro se habría detenido. Lombroso continuó sus investigaciones y descubrió y declaró que los grandes propietarios eran en parte responsables porque en vez de destruir el maíz averiado lo vendían á los campesinos, y denunció esa inhumanidad. En Pavia, entonces, tuvo lugar un drama fútil que recuerda al *Enemigo del Pueblo* de Ibsen. Durante años Lombroso fue acosado, atacado y difamado por sus colegas de la Universidad, por la prensa y por los políticos. Se le dijo loco, charlatán, se le acusó de haber inventado sus experimentos, se le amenazó de destitución, de proceso y, como sus adversarios eran poderosos, el sabio tuvo que abandonar á Pavia para continuar en otra parte la lucha hasta que sus ideas, ayer anatematizadas, han triunfado.

Fue en Pavia, una mañana de invierno, hace más de treinta años que, en su carácter de médico del ejército, durante la autopsia de un soldado criminal, encontró Lombroso, examinando el interior del cráneo la

fosa occipital, que generalmente no existe en el hombre y es característica en ciertas especies simianas. Le ocurrió ahí la idea de que el criminal era un sér incompleto, detenido en su desarrollo biológico y moral. Concibió la idea fundamental y el proyecto de desarrollarla, y de ese *eureka* se desprende la vida de Lombroso.

La idea del *Crimen Político* le vino un día que visitaba en la Exposición de Turín, en 1884, una sección consagrada á los recuerdos de la revolución italiana. Goza ingenuamente cuando en una obra puramente literaria encuentra confirmadas sus ideas é investigaciones. Dostoievsky y Shakespeare le parecen los más grandes analistas de la psicología mórbida. Jean Valjean, el criminal de Víctor Hugo, le parece un poco fantástico.

Este hombre de criterio tan independiente está penetrado del más puro espíritu cristiano y de bondad hacia los pobres. No es afectación ni artificio, sino el fondo mismo de su alma. Ha hecho que la Academia de Turín, de la que es Presidente, instaure investigaciones en favor de los miserables, entre otras, por ejemplo, acerca de las condiciones higiénicas de los vapores destinados á emigrantes. Desprecia el dinero y le tiene horror á la política. Es un sabio, y por qué no decirlo, un santo. Indudablemente un apóstol.

JULES CLARETIE.

M E D A

Este gendarme que el 9 thermidor le dio un pistoletazo á Robespierre y que murió con el grado de coronel y el título de barón en la batalla de la Moscowa, aparece bien pintado en la relación que hace de la muerte de Robespierre, y que acaba de ser publicada.

Héla aquí:

La escalera de la comuna está llena de partidarios de los conjurados; apenas podemos pasar de tres en fondo. Yo estaba

muy animado, subo rápidamente y llego á la puerta del salón de la asamblea de la comuna, cuando todavía los granaderos están lejos. Los conjurados están reunidos en la secretaría y han cerrado todas las puertas. Entro á la sala del consejo diciendo que soy ordenanza secreto. Tomo el corredor de la izquierda y ahí aunque repito que soy ordenanza secreto los partidarios de la conjura me cierran el paso á golpes en la cabeza y en el brazo con que los paro. Llego á la puerta de la secretaría y llamo varias veces, siempre bajo los golpes. Por fin la puerta se abre.

Veo entonces como cincuenta hombres en grande agitación. El ruido de mis armas los había sorprendido. En medio de ellos reconozco á Robespierre, el mayor: sentado en un sillón, el codo izquierdo sobre una rodilla, y apoyada la cabeza en la mano izquierda. Salto á él y poniéndole sobre el corazón la punta del sable le digo: ¡Ríndete, traidor! El levanta la cabeza y me contesta: "El traidor eres tú. Voy á hacerte fusilar!" Al oírlo tomo con la mano izquierda una de mis pistolas, me cuadro hacia la derecha y disparo. Creía herirlo en el pecho pero la bala entró por la barba y le rompió la mandíbula izquierda inferior. Cae del sillón y su hermano al oír la detonación salta por la ventana. En ese momento siento á mi alrededor un gran ruido. Grito: ¡Viva la República! Mis granaderos oyen y me contestan. Entonces la confusión llega al colmo entre los conjurados, se dispersan por todas partes y quedo dueño del campo de batalla. (*sic*)

Robespierre yace á mis pies, cuando vienen á decirme que Henriot huye por una escalera reservada. Todavía me queda una pistola cargada. Corro tras él. Alcanzo á un fugitivo en la escalera. Era Conthon á quien salvaban. El viento había apagado la luz que yo llevaba. Disparo al azar, lo marro, pero hiero en una pierna al que lo llevaba.

Cuando vuelvo, Robespierre y Conthon están tendidos al pie de la tribuna. Re-

gistro á Robespierre y le tomo la cartera y el reloj que entrego á Leonardo Bourdon, quien en ese instante viene á felicitar me por la victoria y á darme órdenes de pollicia.

Los granaderos se lanzan sobre Robespierre y Couthon á quienes creen muertos y los arrastran por los pies hasta el muelle Pelletier. Ahí quieren echarlos al agua, pero yo me opongo y los entrego á la custodia de una compañía de Sravilliers. Al amanecer se descubre que todavía respiran y los hago conducir á la enfermería de la Conserjería. Nada es comparable á los sufrimientos que han debido experimentar durante su agonía en diez y ocho horas.



UN MAMBÍ

PARA "EL COJO ILUSTRADO"

Ah! yo tengo un mambí de ojos azules, y ensortijada cabellera rubia, que aun dos años no cuenta, y ya presume ser un audaz libertador de Cuba.

Apenas sale el sol, desnudo salta con ímpetu marcial, desde la cuna, y dando vivas, mi bastón de caña, para servirle de corcel, empuña.

Blandiendo un palo, cual si fuera el quimbo, corre, vuela, ya ansioso por la lucha, al patio, su manigua, aquel invicto y temible adalid en miniatura.

En pos de él sigue la faldera tropa de tres chicuelas, hermanitas suyas, y en creciente algarada estrepitosa, ponen al punto al enemigo en fuga.

Triste y medroso ante el empuje, el perro, para huir sin cesar, el rabo oculta; las gallinas y el gallo alzan el vuelo, y el gato en la cocina se acurruca . . .

Después. . . el sol de América, en la frente gloriosa irradia del mambí que triunfa; y erguido en su corcel, alto el machete, da el grito redentor de "¡ Viva Cuba !"

JOSÉ JOAQUÍN PEREZ.

Santo Domingo: abril de 1896.

SONETO

El sol que dora el valle solitario
Sobre la tierra lánguido se inclina,
Y con débiles rayos ilumina
La redentora cumbre del Calvario.

Gime el viento con eco funerario
Por el llano desierto y la colina;
Del astro rey la lumbre mortecina
Ciñe el monte con místico sudario.

Al trueno que conmueve los hogares
Contestan los rugidos de los mares
En final y tristísimo concierto.

Y, profeta de eterna desventura,
Dice una madre llena de amargura:
"¡ Todo está terminado! ¡ Dios ha muerto!"

RAFAEL OCHOA.

Segovia: 26 de marzo de 1896.

MIRANDA

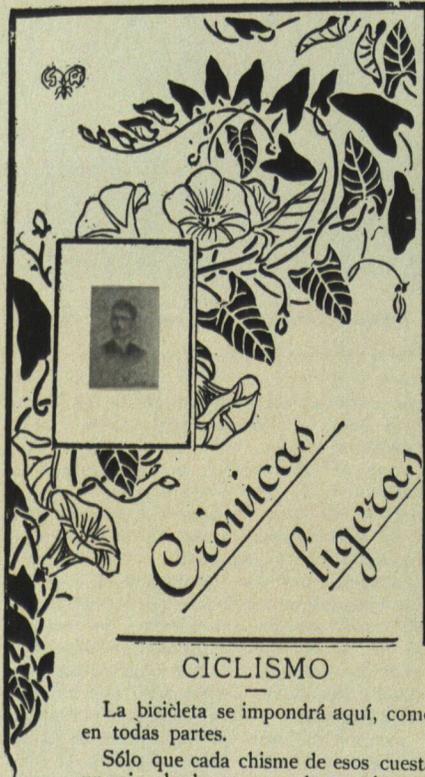
No faltó nada al lustre de su gloria,
Pues en dote le dio la Omnipotencia,
Virtud sublime, vasta inteligencia
Y el anhelo inmortal de la victoria.

Limpia lleva la noble ejecutoria
El que á la libertad dio su existencia,
Y homenaje le rinde la conciencia
Pues cual numen del bien brilla en la historia.

Mártir le vio espirar abandonado
De la CARRACA el arsenal inmundado
Que guarda su sepulcro ya ignorado.

Y el eco entonces resonó rotundo
De la protesta, que lanzó exaltado,
Entre espasmos de cóleras el mundo.

DOMINGO GARBÁN.



CICLISMO

La bicicleta se impondrá aquí, como en todas partes.

Sólo que cada chisme de esos cuesta un ojo de la cara, razón por la cual su uso está reservado, por ahora, á las personas pudientes.



Pero si el « Club de Bicicletas » logra llevar á feliz remate la misión que se ha impuesto (poner el biciclo al alcance de todos los bolsillos) dentro de poco cada hijo de vecino estará en disposición de salir por ahí disparado, atropellando á los transeúntes retrógrados que vayan, (ó que vengan) sobre sus propios pies.

Dios lo quiera, para dicha de los que consideran la bicicleta como factor higiénico, fundándose, probablemente, en el ejercicio muscular.

Por lo que á mí toca, soy de opinión contraria. Opino que el ciclismo es ocasionado á perturbaciones físicas.

Y me apoyo en hechos recientes.

Yo mismo (de esto hace pocos días) gestionado por un joven *sporman* que me quiere mucho, me lancé al aprendizaje en una bicicleta ofrecida galantemente por aquel amigo.

El me ayudó á subir sobre el aparato, me dio lo que llaman « el impulso, » que consiste en un empujón regular, y á poco me presentaba yo ante mi familia, con las mejillas en

carne viva, un brazo dislocado, y dos muelas en la mano.

—¡ Niño, por Dios! . ¿Cómo ha sido eso? exclamaron los de casa todos consternados.

—Nada; que se me volteó la máquina . . .

—¿ Qué máquina?

—Hombre, la bicicleta . . .

—¿ Habrá animal? gruñó mi suegra.

—¡ Señora! Yo no le soporto vituperios á nadie. Y menos á quien no sabe apreciar la utilidad práctica del biciclo . . .

—¡ Bien! gritó una tía mía muy progresista, que ha estado en Europa. Ponte un poco de « Bálsamo Anodino » y . . .

—¡ Ay! . . . No puedo moverme . . .

—¿ Cuando quieres que hagamos otro ensayo? me ha preguntado el bondadoso propietario de la bicicleta.

—Hombre . . . Yo te avisaré . . .

—A tí lo que te pasa es que no sabes conservar el equilibrio.

—Sí . . . Por eso voy á procurar conservar la salud . . . Algo es algo . . .

¡ Nada! No soy revolucionario en materia de locomoción. Me quedo con los medios de transporte ya establecidos.

Esa seguridad individual que se disfruta en los coches y tranvías, me seduce.

¿ Saben ustedes lo que es poder uno, mediante tres ó cuatro bolígrafos, trasladarse á cualquier parte, sin necesidad de conservar el equilibrio; y sin afrontar los duros calificativos con que los pedestres obsequian á los ciclistas: ¡ Qué necio! ¡ Tan grande y tan mentecato! ¡ Si dan ganas de caerle á pedradas! Etcétera.

No vayan ustedes á creer que estoy subvencionado por los dueños de cocheras; nó.

Es que, aparte los porrazos preliminares, preveo los trastornos que ha de traernos la bicicleta.

Figúrense ustedes que los médicos, por ejemplo, se apercebieran de que la bicicleta les brinda una magnífica ocasión para multiplicar su actividad . . .

¡ Hombre! A nadie le gusta apresurar el último viaje.

¿ Y cuando las señoras y señoritas (porque el ciclismo no tiene nada que hacer con el estado de las personas) cuando las señoras y señoritas se decidan á cultivar ese género de sport.

¡ Santo Dios! Qué de emociones fuertes!

Una madre de familia que cae de la máquina en una posición inconveniente. Una dama joven que . . . ¡ Horror!

Otra faz peliaguda presenta el asunto.

¿ Quién nos asegura que la bicicleta en manos del bello sexo no vendrá á ser factor de su emancipación?

Después que una señora se dispare por ahí en traje hombruno, y en posición hombruna también, sola, es decir, con su máquina, convezala usted de que su esfera de acción está en el hogar, y vaya usted á hablarle de sumisión al marido, y de otras vejeces.

La verdad es que, ¡ para lo que queda de todo eso . . . !

La bicicleta triunfará, no lo duden ustedes.

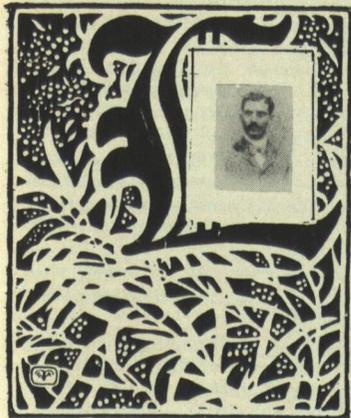
Al paso que vamos llegará el día en que, las personas que no manejen á la perfección el biciclo, serán consideradas como mengua de la familia, y del siglo.

JABINO.



MARGINALES

(A VUELA PLUMA)



A mayor parte de los plagios al por menor, la muchedumbre menuda de avatardas, ignora generalmente la extensa é ilustre lista de sus antecesores. Circunscribiéndose al cam-

po literario puede citarse desde Virgilio que se complacía en rebuscar "las perlas del estercolero de Ennio" hasta Shakespeare quien, para defenderse de los que le acusaban de ir á buscar su inspiración en la obra de más modestos dramaturgos, alegaba que él no hacía "sino sacar señoritas de la mala, para traérlas á la buena sociedad." Molière, que "tomaba un bién donde lo hallaba," Corneille, Dumás, que "conquistaba," no son sino unos pocos de entre la flor y nata de los héroes del plagio. Recientemente dos grandes nombres han sido agregados á la lista á fin de mantener la gloriosa tradición. Lombroso, que se apropió una obrilla de Grafología, y Gabriel d'Annunzio que ha procedido á lo Dumás, sin miramiento alguno por los desposeídos.

Gaston Deschamps ha inscrito un nombre más en el libro de oro de los plagios. El nuevo soldado de la gran falange se llama Emilio Zola.

Dos cosas ó mejor tres sorprendían en *Roma*. Primera, la belleza incomparable de las descripciones, campo en que se revela sin posible rival la pluma del maestro; segunda, la enorme erudición, la suma de hondas y difíciles investigaciones requeridas para escribir una obra tan compleja; y, por último, lo fatigante de una lectura que invita á saltar páginas ó á dejar el libro de la mano.

De esas observaciones la primera no tiene más clave ni respuesta sino la indisputable primacía de Zola como descriptor. Acaso únicamente en la literatura alemana puede hallarsele parangón, en ciertas páginas admirables del Eckerhardt ó del *Trompeter von Säckingen*, de Scheffel. Tolstoy, aunque es otro el género y el color, acaso lo iguala, pero jamás lo supera.

La última, la sensación de cansancio que se experimenta leyendo la más reciente producción del gran novelista, sí es decisiva. La novela, cualquiera que sea el género á que pertenezca, desde las viejas de capa y espada, hasta las de más moderna y refinada psicología, debe cautivar é interesar al lector en grado tal que, cuando por cualquiera causa se vea obligado á interrumpir la lectura, lo haga con pena y descontento. Si no satisface esa condición esencial casi puede asegurarse que la novela es mala. Y no se tache de empírico el método sumario que queda expuesto, porque en él se encierra el primero y más sano de los criterios de la crítica. Desde ese punto de vista *Roma*, como *Lourdes*, como la *Débauche*, no es propiamente una novela. Obra de imaginación sí es, porque carece de la rigurosa y sobria precisión histórica, y en ese caso hay que clasificarla en un género aparte, género híbrido que nada tiene de recomendable.

La vida humana sorprendida en sus aspectos más interesantes y en sus individuos ó tempe-

ramentos típicos, esa es la novela. En *Roma* ese estudio es un accesorio convencional, arbitrariamente entremezclado á las fantasías filosófico-sociales del padre Froment, que es también una personalidad de convención.

Destituido de su carácter de novela el libro viene á ser un informe digesto enciclopédico, iluminado á trechos por grandes pinceladas descriptivas de suprema belleza.

Era ante esa erudición pasmosa de Zola que me inclinaba absorto cuando vino á mis manos el artículo de M. Deschamps. No es que el creador de los Rougon-Marquart se haya preparado en largas vigiliadas consagradas al estudio de las múltiples y profundas cuestiones que es indispensable abordar á fin de tener autoridad, si no entera competencia para escribir una obra que se intitule *Roma*: no es que ocurrió á las fuentes y bebió en su oscuro caudal: es que sin preparación previa, sin más noción del asunto de la que buenamente adquiere un hombre de letras genial y parisense se lanzó en la aventura, armado de unas cuantas notas tomadas de tres obras, buenas en sí, pero insuficientes para la ardua labor que emprendía. Resúmenes de resúmenes, informaciones no ya de primera, sino de segunda y aun de tercera mano le sirvieron para hacerse de una rápida y fácil erudición. *El Vaticano, los papas y la civilización* por Georges Goyan: los *Pascos Arqueológicos* de G. Boissier y los *Soberanos y hombres de la Iglesia y del Estado*, por Ch. Benoist, hé ahí cuanto hojeó Zola para escribir su *Roma*. De la primera de esas obras salió cuanto se refiere á la historia del Papado y de la Iglesia; de la segunda cuanto se refiere á la vieja *Roma* monumental, de la tercera lo relativo á la persona de León XIII y á los usos actuales del Vaticano.

Sólo tres muestras copiaré de las varias que cita M. Deschamps, muestras en las que el autor no sólo se limita al alto plagio de la idea y del método como en el resto de la obra, ó á transformar con el cincel de su maravilloso estilo la prosa sin pretensiones del historiador, sino que se apropia sencillamente párrafos y sentencias de las obras consultadas.

"San Pedro, con morir en *Roma*, fue el bienhechor supremo y algo como el segundo fundador de esa ciudad; y si los antiguos oráculos que presentan la eternidad del Capitolio no han sido desmentidos en la sucesión de los tiempos, es á Pedro á quien lo deben. Al elegir por capital de un mundo naciente la capital de un mundo expirante, Pedro dio un golpe de genio." (M. Goyan).

"Primero San Pedro, ignorante, inquieto, cayendo en *Roma* por un golpe de genio, para realizar los antiguos oráculos que habían predicho la eternidad del Capitolio." (Zola).

"Eran los papas simples jefes de asociaciones funerarias." (Goyan).

"Eran los primeros papas, simples jefes de asociaciones funerarias." [Zola].

"La encíclica *Immortale Dei* de 1883, sobre la constitución de los Estados, la encíclica *Libertas* de 1888, sobre la libertad humana, la encíclica *Sapientie* de 1890, sobre los deberes de los ciudadanos cristianos, y la encíclica *Rerum Novarum* sobre la condición de los obreros, desarrollan en todas sus partes la concepción cristiana de la sociedad..... La Iglesia reconoce en torno suyo la *inmerecida miseria de los trabajadores*.

El obrero, á menudo, recibe un salario insuficiente ó soporta un número exagerado de horas de trabajo..... Todo hombre tiene derecho á vivir..... el contrato que le fue extorsionado en el instante en que tenía hambre es injusto." [Goyan].

"*Immortale Dei* sobre la constitución de los Estados; *Libertas*, sobre la libertad humana; *Sapientie*, sobre los deberes de los ciudadanos cristianos; *Rerum Novarum* sobre la condición de los obreros.... El papa reconoce en ellas la *inmerecida miseria de los trabajadores*, las horas de labor hartas largas y el salario hartas

reducido. *Todo hombre tiene derecho á vivir y el contrato extorsionado por el hambre es injusto.*" [Zola].

*

No podía ser de otro modo. La universalidad no le es dado sino á muy contados cerebros, á los Aristóteles, á los Voltaire, y algo de artificio y de maña debía de haber en el fondo de la universalidad de Zola.

No es sin embargo, el vano placer de denunciar á uno de los primeros escritores de la Francia contemporánea el que ha inducido á copiar esos párrafos acusadores: Zola aun cuando le fueren descubiertos otros pecados de esa laya no deja de ser el poderoso revolucionario de la novela moderna, y aun cuando escriba en lo sucesivo ponderosas é indigestas trilogías no pierde su carácter preeminente de autor de *Pot Bouille* y *Nana*. Pero sí es digno de ser investigado el móvil que lleva á tan privilegiado espíritu á indignas traposondas y á pequeños manejos de medianía indelicada. Shakespeare, Molière, Voltaire, que tampoco están exento de pecado en esas caerías furtivas, procedían á lo Virgilio: sacaban perlas de los estercoleros y las daban nuevo, inacabable brillo juntándolas al oro y á la pederfía de su propia riquísima hacienda. Copia de hechos y apreciaciones es pequeñez que no puede atribuírseles. Sus plagios son de asimilación y de audacia transformadora; dignos de censura, es verdad, pero disculpables.

—Es que, dirá alguno, la ciencia no es cosa que cada quien invente á su sabor, y el que intenta exponerla sin ser versado en ella tiene por fuerza que someterse á copiar y glosar humildemente los textos.

Y ¿qué mueve á un novelista á improvisar poderosas síntesis históricas de épocas é instituciones cuyos orígenes y desarrollo ignora?

Qué? La insolente brutalidad del industrialismo. El noventa por cierto de las obras que hoy se escriben son destinadas no á la conquista de un puésto definitivo en la conciencia ó en el corazón de los hombres, sino al reclamo de los cronistas y á la bullanguera notoriedad de unos días de pregón. No es el entusiasmo de la inspiración y de la creación artísticas el que inflama al escritor y mueve su pluma, es un mezquino afán de éxito de librería al cual es imposible que resistan por largo tiempo las buenas letras, ni el buen gusto, ni la honradez intelectual. Algo de mecánico, de cuadrulado, de profesional afea casi toda la producción literaria contemporánea. El dístico de Lope es el lema de la gran mayoría de fabricantes de obras maestras á la orden de los editores.

No para mañana se despilfarra sobre las tersas cuartillas la flor de esos ingenios; no va en cada línea un latido del corazón, un ímpetu del alma; no para delectación de pósteros, ni por extraña angustia genésica se va á las puntas de la pluma lo que golpeando el cerebro pide forma y quiere nacer: es para el mercado que se prepara la baratija y se viola, se degrada y se corrompe la casta musa de otros días.

Un día no más ha de vivir el libro en manos del turista en el sillón de un tren ó en la cubierta de un vapor; un día no más en manos de la dama ociosa é indiferente. La novela ha venido á ser algo como un periódico en formato especial, periódico que se lee y se tira; pasto de desocupados. ¿Por qué no darles resúmenes de enciclopedia?

Pero en esa forma el plagio se impone á los llamados á saciar tan voraces apetitos, y la novela, caída en lo vulgar está condenada á morir de su propia fecundidad. Los verdaderos lectores, los espíritus afinados la abandonarán á la turba hambrienta, y el arte, que es eterno, buscará más puros moldes y se revelará á sus fieles bajo nueva formas.

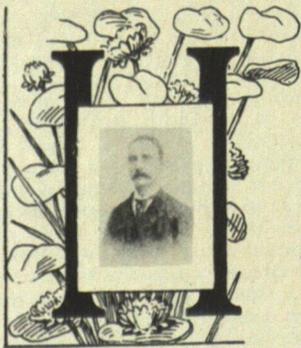
En *Roma* no está.

CESAR ZUMETA.

Bruselas: 1896.

Todo el mundo

(POR MANUEL A. DIEZ)



É aquí una frase abrumadora, entidad fantástica é hija de la imaginación, á la cual se teme por no parecer ridículo ó despreciable ante los ojos de los demás; ella sirve también de excusa en ciertas ocasiones, saca de compromisos en otras y con la frase *todo el mundo* se llena el expediente más enmarañado. Pensar como todo el mundo, es pensar bien y seguir la corriente de la humanidad. Es la frase popular y, como el escudo de Aquiles, protege y hace invulnerable al que la pronuncia. Con esta frase se alaba, se vitupera, se injuria, se critica y aun se acaba con la reputación de una persona.

¿Es posible evadir el criterio inapelable de *todo el mundo*? No, sólo él puede hacer cambiar de opinión. Y ¿dónde reside este ciudadano á quien todos temen? En todos los seres pensantes, que casi siempre están uniformes en el modo de juzgar las ideas, los hechos y las cosas; pero sucede algunas veces que es la manifestación de un criterio particular. Mas la cuna ó residencia de la frase veredictiva se encuentra en el juicio ó en los labios de la persona que le da nacimiento.

Las aplicaciones que tiene la frase que sirve de epígrafe á este artículo, son muy numerosas.

La moda, reina caprichosa y voluble, tiene la frase típica para dar su aprobación ó reproche á la persona que sigue ó no la corriente de ella.

—¿Has visto el vestido que llevaba ayer Elvira! —Me pareció muy extravagante.

—No tal, replicó Amelia; es la última moda, la he visto en el último figurín; á mí me gusta y la encuentro muy *chic* y además *todo el mundo* la está usando: el que tenía Rosarito, ese sí me pareció muy *cur-si*: tan feo que le queda! la pobre no tiene gusto para vestirse: ella cree que cargándose de adornos se hace más interesante, y se equivoca. El tacto está en vestirse como lo hace *todo el mundo*, el mundo elegante, se entiende.

Las dos amigas siguen platicando sobre el mismo tema y en su conversación salpicada de chistes se pronuncia de cuando en cuando la frase general.

En las visitas, reuniones, bailes y espectáculos públicos nace la crítica, indispensable para encarrilar las costumbres y como reguladora de la sociedad dirigir su marcha progresiva.

Se verifica un acontecimiento cualquiera en el mundo ó en una ciudad; la prensa lo publica previas las informaciones que han tomado los periodistas, y al leer el hecho cada cual lo comenta como á bien tiene; pero el criterio general encuentra la fórmula que fija la opinión de *todo el mundo*.

En las ciencias, las artes, las industrias y en todo esfuerzo de la actividad humana, estimulado el hombre por la lucha de su existencia, procura adquirir gloria y bienestar, para lo cual, como una abeja, elabora un producto más ó menos útil: quiénes,

enamorados de la gloria, hacen todo sacrificio para conquistarse un nombre: quiénes, recompensados por sus trabajos y más felices, logran también salvar su nombre del olvido; lo cual no es posible si sus méritos no son reconocidos por *todo el mundo*.

Muchas veces sucede que un descubrimiento casual ó estudiado y lógicamente deducido de algunas premisas, ó un hecho histórico, despiertan en el hombre una sed de gloria ó mando que le estimula á seguir adelante en sus propósitos. Este deseo quedaría encerrado en el cerebro, si la comunidad permaneciese impávida y muda. Mas al ocuparse *todo el mundo* del asunto, entonces el titubeante autor de la idea ó del hecho, halagado por una risueña esperanza, fuerza su espíritu y realiza en general las ilusiones que concibió.

Colón, con la idea fija y viva del descubrimiento de un nuevo mundo, y estudiando constantemente el problema con los datos que tenía, llegó á la solución que deseaba, en virtud de su perseverancia para combatir las creencias erróneas que tenía *todo el mundo*.

A Napoleón le bastó la toma del puente Arcol para que *todo el mundo* le creyera el genio de la guerra, y entusiasmado dirigió las campañas de Italia y combatió con casi todas las naciones de Europa, que reconocieron su talento militar, y sus sueños de ambición y de gloria se realizaron.

Bolívar delira con la libertad de su patria, jura en el Monte Sacro realizar su idea, regresa á Venezuela, y al iniciar su pensamiento que prontamente pone en práctica, todos juzgan irrealizable su colosal empresa. El genio no se arredra, crea recursos, combate, los triunfos le alientan, las derrotas le hacen más temible, y el éxito va coronando sus patrióticos esfuerzos y se van convenciendo los pueblos, mediante hechos elocuentes, de que la diosa Libertad premiará sus múltiples sacrificios. Entonces *todo el mundo* le prestó su apoyo y la Independencia fue.

El sabio que pasa largas horas estudiando, que reflexiona constantemente, saca conclusiones, inventa y escribe; tiene una idea fija que le entusiasma, y es la de dejar su nombre inscrito en el libro de la Historia, y durante su vida le halaga que *todo el mundo* hable de su sabiduría.

El ignorante se llena de vanidad cuando se ocupan de él.

La humanidad en general no quiere pasar desapercibida; por esto cada nación tiene su historia, que como retrato imborrable perdura y enseña las diferentes etapas que ha recorrido desde su nacimiento. Estos anales son consultados por *todo el mundo*.

El hombre es un pequeño mundo físico y moral, gira con la tierra y permanece adherido á ella; pero sus semejantes en virtud de sus merecimientos le van colocando moralmente en órbitas ideales que le circundan de una aureola más ó menos resplandeciente, según el papel que representa ó haya representado en su estadia en este globo. De aquí el respeto, la consideración y la grata memoria del corazón que le tributa la comunidad.

La historia y la fábula, fotografiando estos hombres culminantes, ha llegado hasta divinizarlos, como sucedía en la antigüedad. La mitología estaba fundada en el culto que se le rendía á estos soles que han iluminado el sendero que sigue la humanidad en su perfeccionamiento.

Estos hechos trascendentales los ha leído ó oído relatar *todo el mundo*.

Para culminar, pues, entre nuestros semejantes, es necesario ser conocido y bautizado con la frase de *todo el mundo*.

El divino Platón, fundador de la escuela

de la idealista, el célebre Aristóteles, creador de las ciencias naturales, el gran Alejandro uniformando la civilización oriental, fueron excelsos iniciadores cuyas obras no permanecerán.

Cada siglo deja una huella luminosa marcada por los grandes hombres que han figurado en primer término. El siglo naciente recoge el legado del que fina, lo administra, modifica é incrementa, y acumula el capital material é intelectual para á su vez dejarlo de herencia al que le sucede.

Nuestro siglo ha heredado rico patrimonio del pasado, algunos grandes genios nacieron en él y otros en el presente; pero el tiempo de su mayor esplendor ha sido en el presente siglo.

Watt, estudia los efectos del vapor y los aplica al servicio de la industria causando una revolución en ella.

Jenner preserva á la humanidad del azote mortífero y corrosivo del virus de la viruela, por medio del fluido vacuno.

Fulton aplica el vapor á la navegación, construye el barco submarino Nautilo y los torpedos.

Lesseppe rompe el Istmo de Suez, el 19 de noviembre del año de 1869, y le abre un camino franco y rápido á los obreros de la civilización.

Humboldt, enciclopedia viviente, escribe la geografía de las plantas y la Física general del globo. Llega á Venezuela en 1799, la explora, y en brillantes páginas que le dedica, describe la fecundidad y la riqueza de los tres reinos naturales que presenta nuestra patria.

Morse inventa el telégrafo y le da alas al pensamiento.

Livingstone explora el Africa y escribe la célebre obra "Viajes é investigaciones de un misionista en el Africa meridional" y le da vida á este continente mirado con desdén por las naciones europeas y casi olvidado.

Stephenson crea los ferrocarriles que devoran las distancias y lo movilizan todo. Visitó á Venezuela en la cuarta década del siglo y propuso al Gobierno "el ferrocarril de Caracas á La Guaira." Si se hubiera acogido su idea, nuestra patria tendría la gloria de haber inaugurado el primer ferrocarril del mundo. Le tocó á la ciudad de Darlington, el 27 de setiembre de 1825, ver partir el primer tren de viajeros, guiado por el genio que con aplausos y vítores de la población premiaba el paso gigantesco que daba en el progreso del mundo.

Edison suprime las distancias para el sonido, y el teléfono y el fonógrafo transmiten la voz humana con el timbre y las modulaciones que salen de la garganta de la persona que la emite.

El Dr. Röntgen describiendo los rayos X diafaniza los cuerpos, facilita el estudio de su estructura, y las útiles aplicaciones en las ciencias, artes é industrias; inicia una revolución en éstas y la luz Cathode, como faro, guiará la humanidad en los nuevos descubrimientos.

Las artes recreativas del espíritu presentan también un cuadro de hombres célebres. La pintura se vitaliza mediante los pinceles de Delaroche, Verne, Fortuny, etc.

La fotografía nace con Daguerre y otras celebridades que le secundan y perfeccionan su obra. La música tiene sus sacerdotes que le rienden culto y aumentan su esplendor, y Hayden, Beethoven, Verdi, Wagner, etc., traducen armónicamente los sentimientos del alma. La literatura que analiza y compendia todo lo bello, tiene eximios representantes en Byron, Goethe, Chateaubriand, Thiers, Dupanloup, etc.

Nuestra patria exhibe también una galería de eximios ciudadanos, cuyas constan-

PAGINAS CORTAS

Oh! la esperanza!



ORIA la tarde, cuando el soñador de los versos pálidos cantó bajo el espeso ramaje de la vieja fronda:

“Avanzo, sin que las vacilaciones hayan desprestigiado un solo instante la fortaleza de mi espíritu. He salvado riesgos, abismos, selvas impenetrables; y al verme en la orilla opuesta de las inmundas charcas que imposibilitan la marcha á los viandantes de poca fe, satisfecho he contemplado sin una mancha de lodo mis sandalias de peregrino.

Estoy en la mitad de la jornada y las fatigas aún no han rendido mi cuerpo, ni el agua del cansancio ha bautizado mi rostro.

No os apresuréis, buenas gentes, á prestarme ayuda, que bástame el bordón para hacer menos penosas las sinuosidades de la vía.

Y no me detengáis, temblorosas de miedo y espanto, para decirme que allá arriba, un poco más arriba, está la cumbre inaccesible, donde es rey el peligro y á sus mandatos abren su boca de fuego los volcanes, pide víctimas el abismo con renquido amenazante é imperioso, y las nubes al chocarse lanzan blasfemias de llamas contra el monte que trepida.

Gracias, almas piadosas!”

*

Moría la tarde; y la noche, agitando los opulentos pliegues de su veste, negra como el plumaje trágico del ave que desgarraba las entrañas del sombrío cantor yankee, prendía, una por una, en la capilla del misterio las lámparas sagradas. Y á la luz de las estrellas seguía su marcha el soñador de los versos pálidos, cuando ráfaga de fuego, estremeciendo el seno de la fronda, hirió su frente, y cayó desmayado sobre las rocas del sendero.

Sus hermanos, los poetas tristes, los que sufren la nostalgia del ideal, heredaron la lira abandonada. Probaron á cantar; y aquellas cuerdas sólo vibraron una imprecación amenazante.

Aquella lira que ensalzaba los ojos que tienen del azul de los cielos primaverales y del verde suave de las infinitas soledades oceánicas, no vibra ahora sino rudas imprecaciones á la Esperanza.

A la Esperanza, que tiene volubilidades de nube y perfidias de onda, como cantan los soñadores de los versos pálidos.

ANDRÉS A. MATA.

Leyenda lorenesa

(POR EMILIO HINZELIN)



A iglesia de San Martín de Saint-Dié nunca ha sido tan bella, tan conmovedora, tan santa como después que un cohete, escapado en los impíos fuegos artificiales del 14 de julio, produjo en ella el incendio. Era en otro tiempo un edificio bastante pobre, vulgar como el siglo XVIII en sus peores lugares. Ni se había titubeado para agregarle cierta portada de consolas y potes para flores, que representaba

(lo que no podría imaginarse) una especie de decadencia jesuítica. Ahora queda solamente la portada, sostenida por un andamio que exhala olor de resina fresca; detrás de él se amontonan escombros en los cuales reaparece la noble piedra rosada de los Vosges bajo el cimientto, en hendiduras recientes; en el fondo se abre una bóveda blanca veteada de negro por las lenguas de las llamas y per-

forada por ventanas á través de las cuales hilos de plomo que forman como una tela de araña medio rasgada sostienen vidrieras de colores.

Algunos obreros trabajan lentamente allí; tan lentamente que no se sabe con precisión si ellos reparan lo irreparable ó si están rematando lo que está ya consumado.

Andrés Marsy pasó. Se detuvo bruscamente y estuvo admirando cómo los dos mayores constructores de ruinas sean decididamente, Su Majestad gris, el Tiempo, y su Majestad roja, el Fuego.

Inesperadamente y al despejar una capilla lateral, sacó un obrero con la punta de su pico una piedra cuadrada del tamaño de un ladrillo. Sin duda sintió que sonaba como hueca aquella extraña piedra, pues inmediatamente la rompió con el otro extremo del pico, y salió de ella un pergamino arrollado. Aquel albañil perspaz, un buen lorenés de rostro anguloso, barba escasa y expresión burlona y calmosa, volvió el papel entre los dedos y dijo: “Otra oración, me parece; esto es latín.”

Andrés Marsy comprende el latín. Hé aquí una cosa inexplicable: todos los pintores comprenden el latín, sobre todo cuando está escrito en las letras suaves, redondas, de antaño, con tinta desvanecida donde aparece, aquí y allá un rastro dorado que parece haber traído allí migajas de estrellas.

Andrés trasladó á su álbum de tela gris el contenido del pergamino en una rápida traducción:

“Yo, el suscrito, Nicolás Gérardin, antiguo notario de Lutzelburgo, retirado hoy á Saint-Dié, en casa de la señora Juana María Cuny Gérardin, y habiendo sido inquietado, quizás á causa de mi avanzada edad por un persistente recuerdo de mi juventud, he resuelto escribirlo precisa y detalladamente.”

Inquieto, pensó desde luego Marsy, con inquietud de notario! ¿Qué pudiera suministrar, por otra parte, en materia de recuerdos la juventud de un lutzelburgués?

¿Qué fuera de cuenta estaba nuestro amigo! En su candoroso y balbuciente latín el buen hombre contaba simplemente una leyenda.

En un día de otoño fué á verle una joven campesina suplicándole la oyese una confesión. El la remitió al cura; pero le replicó ella que de allá venía y que nada podía hacer el cura por ella. Sin embargo deseaba que fuesen recogidas sus palabras.

Estaba muy pálida y hablaba con gran trabajo. En la semana precedente, á tiempo que ella cuidaba sus cabras en la colina entre las dos torres arruinadas del castillo, y cayendo ya la noche sobre la torre de la derecha, se le apareció repentinamente una dama enteramente blanca en medio de la obscuridad. Era su aspecto tan triste que hizo temblar á la campesina; pero su rostro tan bello que ella se aproximó á la aparecida. Con voz celestial y quejosa al mismo tiempo, le pidió la dama enteramente blanca que fuese el día siguiente 15 de octubre de 1795, hacia la media noche á la torre de la izquierda, la más insegura y ruinosa. Allí una persona (y aquí se conmovió la voz todavía más) se le mostraría y le ofrecería un objeto. Era preciso que tomase este objeto y lo destruyese. Si se realizaba esta obra, volvería á gozar de paz la dama blanca.

Al día siguiente la campesina, que era buena y compasiva, se sentó cerca de la torre derruida y esperó. La noche estaba pura y estrellada. De repente se alzó frente á ella una dama enteramente negra y con ojos brillantes, y le tendió imperiosamente un crucifijo de oro que parecía aguzado como un puñal. El terror de la campesina llegó entonces á tal grado que no pudo hacer movimiento alguno. La dama

tes, honrosas y patrióticas labores han tenido el laudable propósito de hacer brillar á Venezuela en el estrado de las otras naciones.

Miranda, precursor y mártir de nuestra independencia de la España, bizarro campeón de la libertad, cuyo nombre se encuentra inscrito en el Arco de triunfo en París, y resonó glorioso en las campañas que se dieron en Europa y la América, donde se combatió para destruir las cadenas oprobiosas que ataban á las naciones; entusiasta y glorioso adalid de los oprimidos, sufre como redentor en los oscuros calabozos de la Carraca el martirio de la fe de sus creencias, con sublime resignación. Honores, riquezas, vida, todo lo ofrendó en el altar de la Libertad. Tanta grandeza de alma la recompensa la Patria agradecida, celebrando el gobierno en este día clásico de la Independencia la Apoteosis de tan excelso ciudadano.

Bolívar, Libertador de casi toda la América del Sur y creador de naciones libres y autónomas. “La cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas” como ha escrito el célebre literato y orador doctor Cecilio Acosta.

Bello, “el príncipe de los poetas suramericanos.”

Vargas, reformador de los estudios médicos de Venezuela y fundador de muchas cátedras que complementaban la instrucción científica de los amantes del saber. Cerebro privilegiado que siempre pensó en el bien de sus compatriotas.

Cagigal, centro de donde partían los radios matemáticos iluminados por su verbo y recogidos por sus discípulos para crear en seguida la Academia de matemáticas; foco de luz que se ha multiplicado reflejando la gloria del maestro.

Baralt y su ilustrado colaborador Díaz, escribiendo en cláusulas rítmicas la historia de nuestra patria.

Todas estas celebridades, y otras cuyos nombres están immortalizados en nuestros anales, han presentado credenciales brillantes que han sido reconocidas por *todo el mundo*. A esta frase veredictica se debe que los civilizadores y grandes personajes de la humanidad, figuren en la galería de la gloria que guarda cuidadosamente cada nación.

La frase *todo el mundo* es hiperbólica; pues no se concibe esta igualdad de ideas en los seres pensantes que habitan el globo. Ella es colectiva en cuanto que revela el criterio de la mayoría; puede ser también expresión de un criterio individual; pero generalizado por la persona que la pronuncia.

De todo lo escrito se colige que la frase de que tratamos, puede ser de grande importancia ó puede no tener ninguna.

Al escribir este artículo, el lector juzgará del valor literario que tenga y opinará como *todo el mundo*.

Julio 5 de 1896.

..... P

¿De dónde viene el mal? ¿Quién adivina el negro abismo en que su esencia toma!
 ¿Incendiada por él contempla á Roma el César loco que engendró Agripina!

¿De dónde emana el bien? ¿Dónde germina la pura flor que la existencia aroma?
 ¡El dulce Nazareno se desploma muerto en los brazos de la cruz divina!

Si el instinto brutal logra la valla romper de la conciencia, cuando estalla la tempestad en el cerebro humano,

y un principio inmortal todo lo crea,
 ¿Quién puso en manos de Nerón la tea?
 ¿Quién en la cruz al Redentor cristiano?

ARTURO REYES.

negra permaneció algún tiempo con la mano extendida, sonrió luego y desapareció. En este momento apareció cerca de la otra torre la dama blanca, más blanca y más desolada que la muerte. Lloraba; pero sin una queja; y dejó sólo escapar estas palabras: "Cien años más, día por día, antes de poder esperar nada!"

El excelente notario Nicolás Gérardin había olvidado al principio esta relación; mas á su vejez, volvió á pensar á menudo en ella, y pronto comenzó á ver todas las noches á la campesina de Lutzelburgo acusándole de negligencia é infidelidad.

Decidió hacer viaje á Alsacia, y supo que aquella infeliz había muerto muy joven, después de haber sufrido mucho.

Entre los nogales y los abrojos, visitó las dos terribles torres cuadradas por cuyas cimas trepan y se tuercen arbustos fantásticos y sacó de la torre de la derecha una piedra cuadrada.

En esta piedra, cavada en forma de caja, colocó un resumen exacto de lo que sabía, luego puso todo en una capilla de la Iglesia de San Martín, dejando así las cosas misteriosas bajo la protección de las sagradas, y por lo demás como conviene, confiando en Dios: "*cetera, ut deest, Deo credens.*"

Aquella fecha, 15 de octubre de 1795, aquel incendio, aquella piedra rota, aquel pergamino, desafiado hacia fines de setiembre de 1895 por un valiente, hé ahí singulares disposiciones del destino.

Andrés Marsy sabrá si Dios ha querido que la dama enteramente blanca (omnino candida) cesase de llorar en la torre de Lutzelburgo.

Stella

(POR CARLOS A. VILLANUEVA)



La estrella del Norte lucía bellísima en el espacio sideral.

Yo la ví desde el puente del buque en la mitad del Océano, en noche de verano, cuando la luna rielaba sobre la onda inquieta.

—¿Quién sois?—la dije.

—Soy la novia de la Noche. Mi luz, bendecida por Dios, cae sobre la tierra para llevar el beso del cielo á las almas amparadas por el Angel del Amor. Soy también la hermana de la Mañana; recorro circundada de

luz en el carro de la Aurora el Universo entero; y en mi camino no encuentro sino flores y perfumes. Soy eterna como Dios, y mi belleza sin igual domina en la bóveda azul como símbolo de gloria.

Una blanca nube cruzó el espacio y no pude verla más.

*

Días después la ví alzarse sobre las cumbres del Avila.

—Estoy triste,—la dije; allá, bajo un cielo helado vive la compañera de mi alma, y mi espíritu, intranquilo, quiere ir donde ella, á la sombra de los tilos.

—Ella también me habla, viajero, y sólo por tí vive. Espera, espera.....

Y otra blanca nube cruzó el espacio y no pude verla más.

*

Otra noche, bajo el cielo de la Suiza, en la cumbre de unamontaña, al lado de

la compañera de mi espíritu, alcé la vista á lo alto, y ví la estrella.

Quise hablarla y no pude. Tembloroso bajé la vista.....

—¿Qué tienes?—me dijo mi amada.

Levanté la mirada para buscar sus ojos y contestarla, cuando descubrí, trémulo, en ellos, la luz divina de la estrella.

—Eres mi Stella; la que me habló en medio del Océano; la que tramontó el Avila gigante en la noche solitaria. Eres la novia de la Noche, la hermana de la Mañana. Eres mi Amor.

Los Espantapájaros

(POR J. A. PÉREZ CALVO)



bien, el General Bolívar, capitán Freytes?

—Va de victoria en victoria hacia Colombia, y apenas alcanzan sus sienes para las coronas que le ofrecen los patriotas.....

Una exclamación interrumpió al joven Capitán.

—Jaqué al rey, señor cura!

El cura que jugaba con el dueño de la casa, exclamó: por San Pascual, es cierto, jaqué al rey. Me he distraído con la conversación del capitán.

—Perdón señor cura; pero tendréis que sufrir por algunos días más mis interrupciones, porque aprovecharé hasta el último instante la amable hospitalidad que me ofrecen los señores de Rojas. Oh! se está aquí mucho mejor que trasmontando los Andes!

—Sí, sí, ya sabemos que no tenéis la intención de abandonaros tan pronto, señor Capitán, dijo el cura, picando el ojo y designando con la mirada á Julia, que reclinada en un sofá charlaba distraída y alegremente con un mozalvete que se ahogaba entre las vueltas de una corbata roja, llevaba gafas de oro cabalgando sobre unas narices en embrión, y arreglaba de vez en cuando las hojas de un hermoso malabar prendido en la solapa de su paletot.

El capitán siguió la mirada picaresca del cura, y su varonil fisonomía bronceada por el sol y el humo de los combates, se iluminó con una sonrisa amorosa.

—Oh! qué bella está! murmuró el oficial; mientras ella indiferente con la cabellera suelta en bucles de oro, sus grandes ojos azules húmedos y transparentes, como la superficie de un lago, dejando ver la delicadeza de su alma soñadora, su cuerpo que se adivinaba tentador bajo los ondulantes pliegues de una bata de seda rosa, y sus labios entreabiertos como una flor de granada, hojeaba las páginas de un libro.

Mas de pronto la fisonomía del oficial se contrajo. López, el ridículo gomoso de las gafas, aparta de sus manos el libro que ella hojeaba, y á media voz, casi á su oído, principia á recitar un madrigal que ella escuchaba con aparente satisfacción. El capitán, con los puños crispados, se hacía sangre con las uñas, y sin contestar á la señora de Rojas que le pedía informes de la campaña, se aproximó á los dos jóvenes y con voz seca y una sonrisa que más parecía mueca, exclamó:

—¡Parece que estáis muy contento esta tarde?

—Sí, mi querido, contestó López, con un aire de fatuo, estamos muy contentos. ¡Es increíble!

—Y se podrá saber por qué?

—Ah! verdaderamente. ¡Es increíble! yo....

—Os prohibo decir el motivo de nuestra risa, interrumpió Julia; esto lo castigará de haber sido curioso.....

—He sido, pues, indiscreto, dijo Freytes pálido como un muerto.

—Evidentemente, mi querido. ¡Es increíble! Nos informamos nosotros de lo que vos habláis con la señora de Rojas?

Los ojos del capitán echaban chispas; pero Julia que se apercibió de ello, le dio un golpe en el brazo con su abanico, diciéndole: Queréis hacerme el favor de dejar ese aire tan enfadado!

Y levantándose bruscamente, ¡venid! le dijo, quiero tocaros el vals que me habéis traído esta mañana. Eso os calmará, señor Capitán.

Mientras ella se dirigía al piano, el cura se lamentaba de su partida perdida y la señora de Rojas daba orden á un criado para que trajese refrescos, los dos hombres se vieron un instante y Freytes dijo en tono bajo y seco: Señor López, os quedaría muy agradecido, si me explicáseis.....

—Ya lo habéis oído, dijo López, Julia me ha prohibido y.....

—Entonces.....

Julia viendo que la discusión que ella había querido evitar entre sus dos enamorados, se entablaba, interrumpió con su voz timbrada y vibrante: señor Freytes, venid pronto á voltearme las páginas del vals.

Dócil, cortando la conversación, obedeció el joven oficial á la voz de aquella niña querida por quien todo lo olvidaba, y sentándose á su lado y mientras los sonrosados dedos de Julia recorrían el teclado, decía a su oído:

—Julia, por qué me martirizáis?

—Qué! yo os martirizo?

—Desde que ha entrado ese moscardón, no hacéis más que charlar y reír con él.

—Bah! exclamó ella, encantada con sus celos, es que aparentemente esco me agrada; ¡no tengo derecho para ello!

—Vos tenéis todos los derechos; pero por qué ejercéis el de desear á un hombre que os ama?

Para disimular su rubor, Julia se inclinó sobre el piano y dijo:—Ah! vos me amáis aún; ya lo dudaba; hace tanto tiempo que me lo dijísteis por primera vez!

—Julia, me haréis sufrir tanto con vuestras coquetías, que al fin me mataré de desesperación.

—Sabed que yo no soy la niñita de antes, señor Oficial! Ahora soy una señorita, y sé perfectamente que no se muere de amor sino en las novelas.

—Ya lo veréis, Julia.

—Ah!!

—El señor Cura se despide, Julia, dijo la señora de Rojas.

Esta abandona el piano y se adelanta á despedir al sacerdote. La señora llama á un criado para que acompañe á éste hasta su casa; pero López se ofrece á acompañarle y tomando su capa y su sombrero, dice:

—Señora, os beso los pies; adiós señor Rojas; y deteniendo la mano de Julia entre la suya: ¡Hasta luego!, murmuró. Después salió sin saludar al oficial.

Poco después, Freytes se despedía, para subir á la habitación que le habían destinado.

—Buenas noches, Capitán, dijo Julia riendo, os suplico que no pongáis en ejecución vuestro plan de mataros, porque si lo hacéis durante la noche, me moriría de miedo.

—Este sería un medio de poseeros para siempre, dijo el capitán.

—Pero yo no os perdonaría nunca el haberme hecho morir.

La señora penetró en la sala y Freytes se despidió de nuevo y subió á su habitación.

Desesperado se arrojó el capitán sobre el lecho. Los celos le roñan el alma. Ya veía á Julia sonriéndole, ya irónica, ora entregada á aquel monifato ridículo de López; pero ¿por qué Julia atendía á aquel mamarracho? Por qué él le había dicho "hasta luego?" Freytes se volvía loco. Abrió la ventana para respirar el aire puro del jardín y vio en medio de un follaje una sombra que se movía y que hacía she! she! Sus celos le hicieron ver en aquella sombra á su rival. Por eso le dijo: "Hasta luego." Sí, ya estás aquí!..... Pero yo te diré, hasta la eternidad..... y loco de cólera se avanzó sobre una de sus pistolas y la descargó..... El bulto cayó y produjo en el suelo un golpe seco. Freytes se arrojó sobre una poltrona y metió su cabeza entre las manos.....

—¿Qué sucede, amigo mío? dijo el señor Rojas entrando precipitadamente en la habitación.

—Que he visto un ladrón en el jardín, he disparado sobre él, y lo he muerto ó herido.

—Un ladrón? Es imposible, amigo mío.

—Descendamos al jardín y lo veremos, respondió Freytes sombrío.

Rojas y el Capitán bajaron al jardín y al lado de una frondosa viña encontraron el *espantapájaro* tirado por tierra y atravesado de un balazo.

Si no hubiera sido de noche se habría visto á Freytes ruborizarse. El señor Rojas se, conformó con reírse un poco y ambos regresaron por el largo corredor que conducía á las habitaciones, cuando al pasar por las que ocupaban la señora y la señorita, se oyeron tristes quejas y sollozos.

El señor Rojas se precipitó hacia la puerta y la abrió. Freytes se quedó como petrificado y á través de la puerta entreabierta, percibió é estas palabras entrecortadas por sollozos y suspiros:

—Ay, mamá! Se ha matado..... él me lo había dicho..... Yo tengo la culpa..... quise jugar..... quise divertirme..... Ay, mamá!..... yo le amaba, yo le amaba y no me podré consolar jamás!.....

Freytes en el oscuro corredor, sin atreverse á respirar siquiera, creyendo morir de felicidad por aquella ingenua declaración de amor, se apoyó contra el muro y exclamó, sofocado por la alegría:

¡Benditos sean los espantapájaros!

La mujer moderna

(POR GYP)

La mujer? . . . Antes esta palabra evocaba la idea de una creatura dulce, tierna, tímida, muelle, golosa, sensual, fútil y encantadora, incapaz de interesarse seriamente en nada, que sólo comprendía el amor y no conocía más que los trapejos y que aspiraba á ser amada de todos sin amar á nadie.

Salvo raras excepciones, la mujer adolecía de una ignorancia absoluta, de una coquetería feroz. Sabía leer un poco, escribir casi nada, y nada, sin casi, contar; era inútil y absorbente, no pudiendo sola dar un paso

ni tomar una determinación y teniendo siempre necesidad de un guía y un apoyo.

Hoy todo ha cambiado! La mujer es un pequeño sér independiente y raro, que comprende de un modo distinto la vida, y quiere, así como el hombre, tener su importancia personal. Sabe calcular los éxitos de su belleza y sus trajes; trabaja, profundiza, da sus exámenes, opta al bachillerato, habla muchas lenguas, toma lecciones de contrapunto y pinta al desnudo.

Así como el espíritu, sabe ella suavizar el cuerpo; nada como un pez, esgrime como un preoste, patina, monta á caballo muchas horas seguidas, caza á pie y en apostadero, se ejercita en la gimnasia en su gabinete-tocador después de la ducha ó la ablución fría y muy corta, porque el baño tibio y largo está pasado de moda; aquel baño lácteo y perfumado que tomaba envuelta en coqueto peinador de batista adornado con tufillos rizados, en el cual se tendía perezosamente y leía ó dormitaba! A la salida la camarera envolvía en una gran manta calentada el blanco cuerpo que tiritaba enjugándolo dulcemente, con precauciones infinitas, para no enrojecer la satinada piel.

Ahora, nada de esto! Ella, salta en la agua helada sin siquiera un peinador, se zabulle gozosa como un ánade durante algunos segundos, en seguida se hace friccionar con un guante de felpa hasta que está como un cangrejo.

Después del baño, cinco minutos de argollas ó de barra fija y luego se arregla para ir al bosque. Los cabellos sumamente apretados bajo el sombrero de hombre, mientras parecen menos, está ella más satisfecha; la amazona pegada, como si estuviese húmeda. Parte á galope, desfila con un aire severo, y termina su paseo por el juego de obstáculos en el tiro de palomas.

La conversación de la mujer moderna es infinitamente menos picante que la de sus abuelas, pero aborda abiertamente cuestiones que hubieran hecho enrojecer á éstas.

Bajo el pretexto de la ciencia se enseña á las niñas de quince años lo que antes se tomaba empeño en ocultar.—¿Es esto un bien?—¿Es un mal?—Los maridos solamente lo sabrán!

Lo que es indiscutible, es, que la educación moderna disminuye sensiblemente el encanto femenino. La joven que pasa en meditar los años durante los cuales la niña se hace mujer, ignora lo que poco antes aprendió inconscientemente por ociosidad ó niñería: el arte de engalanarse, de sonreír, de andar, de saludar. Ella se cuida bastante de esto, verdaderamente! Aprende latín, química, griego, geometría; aprende todo, menos á agradar. Y á medida que se eleva al nivel físico é intelectual del hombre, su espiritualidad desciende. Después de todo, ¿qué tenían ellos más que ellas?—La instrucción y la fuerza bruta. Bien! Hoy ella es capaz de destruir á Marsella y de confundir á un profesor de la Sorbona; qué les resta á ellos? . . . Ella no sabe nada más . . . á menos que la superioridad no consista en la fealdad y en ese caso . . . Y la atracción instintiva y sana que impulsa invenciblemente á la mujer hacia aquel que ella consideraba como su dueño natural, no existe! Esta atracción se traducía por mil pequeños detalles, cuya observación encantaba: coquetería, timidez, rubor, según los distintos temperamentos . . .

Conclud con estos adorables manejos! Estas damas miran á aquellos caballeros con una especie de burlesca compasión; los toleran porque no pueden hacer otra cosa, pero rara vez los aman y jamás los respetan; y si alguna enamorada rehacia declara ingenuamente que admira á su marido ó á su prometido, se la examina con interés como un fenómeno; las más indulgentes la declaran neurótica y la compadecen desde el fondo de su corazón. Por ejemplo, se debe á esta nueva dirección de las ideas, el completo abatimiento del tipo odioso de Celimena. La coqueta

ha hablado en propiedad, ha vivido; el camarada la reemplaza. Y se han divertido, pues es encantadora esta familiaridad mundana! Familiaridad leal y sincera siempre por parte de la mujer. En efecto, la mujer más vivaz y aturdida puede perfectamente no ver en el hombre, sino el "amigo", mientras que en un momento dado, el hombre, aun el más frío, verá en la amiga, "la mujer."

El nuevo tipo femenino se divide en muchas variedades. No tenemos solamente á la mujer de ciencia y á la mujer de *sport*; la mujer de carrera acaba de nacer, ó, por mejor decir, la mujer de juego! Es esta una variante de segunda elección!

La mujer que apuesta pierde toda gracia y toda dignidad. No tiene ni elegancia ni atractivos. No piensa sino en seguir con ansiedad la carrera y con tal fin brinca sobre las sillas, se encarama en los tendidos de tribuna, se aprieta contra sus vecinos para sostenerse, se apoya en la espalda de cualquier desconocido y charla con los *bookmakers*. Se agita y grita si su caballo es el vencedor, maldice y jura entre dientes si es vencido.

Qué dirá á sus hijos la dama de carrera cuando vengan á reclamarle su primer traje de tiros largos?

Pobres y desgraciados mastuerzos modernos! Ellos son los que sufren las consecuencias de la educación viril dada á la mujer de nuestros días!

En otro tiempo la madre era la confidente de las pequeñas congojas escolares. Entonces se quejaban á "mamá" de los indignos tratamientos del profesor, de las exigencias de los examinadores, etc. etc., y mamá daba crédito á sus afectivas referencias; y metía en sus alcancías un puñado de luises para sus gastos extraordinarios; se enternecia ingenuamente por su pobre Bebé agobiado de trabajo; consideraba con cándida admiración, al travieso pilluelo que sabía tantas cosas, de las cuales, ella, ignoraba hasta el nombre!

Ya ese tiempo no existe! Mamá interroga, hace el control, se informa exactamente por sí misma, renunciando así, voluntariamente su dulce papel de incauta y de madre, y temida como pudiese temerla un peón, que á su placer, pudiese ella cambiar.

Hay en la mujer moderna una mezcla extravagante de *palache*, de *bookmakers* y de tonto. Tiene el inconveniente de ser demasiado cándida, de carecer absolutamente de firmeza y á menudo oculta su honestidad real bajo una desvergüenza aparente.

Estrella y Nemorín

(POR PAUL ARÉNE)

Un amigo me decía el otro día:

—Si pasas por Rambouillet, quieres encargarte de una comisión para el Hotel del Gran Ciervo?

—Con mucho gusto.

—Entonces, oye. Hace treinta años y aún más, que Estrella



y Nemorín se fastidian en Rambouillet, en el hotel del Gran Ciervo, cuarto número 8 en dos cuadritos negros. Nemorín tiene un sombrero chato realzado por un nudo de flores; una corbata á la Colín cae á lo largo de su chaleco, esperando las brisas primaverales, y una chaqueta color lila sembrada de innumerables estrellas. Sostiene con mucho candor un haz floreado. Un perro rizado le olfatea la mano.

Pero Estrella es más bella aún. Sobre su saya de satín, como se lleva en los campos, alrededor de su cuello, en sus cabellos, en su cofia de encajes, el fabricante de estampas, ha arrojado polvo de vidrio

reluciente; y pegado aquí y allá flores de lentejuelas y ornamentos de papel picado. Ella acaba de recoger un enorme ramillete de fresca hierba, que rumia su predilecta oveja.

A pesar de sus costumbres, hace treinta años que Estrella y Nemorín se fastidian. Ellos habían sido hechos para mirarse eternamente: Nemorín colocado á la derecha y sonriente; Estrella á la izquierda, con los ojos amorosos y el dedo índice apoyado en los labios.

Pero la hostelera que los compró, dama seguramente muy respetable, no comprendió absolutamente la sincera intención del artista y colgó á nuestros dos amantes á la inversa.

Desde hace tanto tiempo, Nemorín, con la espalda vuelta, sonríe con su inmutable suave sonrisa á los vidrios de la ventana y á los que pasan por la calle; mientras que, cosa horrible de decir!, es al lecho del cuarto, al vulgar lecho de cortinas blancas, que el mal gusto provincial ha decorado con un brillante cordón indiano rojo, es al lecho de los carreteros y negociantes de ganados que la inocente Estrella prodiga sus agasajos.

En la época lejana de que os hablo, me sucedía á menudo, que por consecuencia de una de esas conexiones pasajeras pero mal avenidas, como sucede en la juventud, de sonreír con las lágrimas en los ojos, yo creía ver que una profunda desesperación se ocultaba bajo el aire sonriente de Nemorín y de Estrella.

Yo estaba solo; mi Estela acababa de bajar á la cocina, en traje de mañana, para vigilar con sus propios ojos, antes de partir, la preparación de cierto chocolate de su invención, milagroso, decía ella, para alimentarse en viaje. Un deseo infantil me asaltó, el de descolgar los dos cuadros, y volviéndolos á colocar en el sentido en que lo imaginó el artista, devolver el pastor á su pastora. Y héteme, emocionado, en disposición de escalar sobre una silla y luego sobre la vieja y tosca cómoda, á riesgo de volcarlo todo; y ya estaba empuinado sobre la punta de los pies..... cuando la puerta se abrió repentinamente:

—Quieres volver á colgar eso, solemne tonto? exclamó riendo mi Estela, que se presentó con una taza en cada mano, en medio del odorante humo que exhalaba el chocolate á la crema.

Yo salté pesaroso á tierra.

—¿Qué diablo maquinás tú allá arriba?

La Estela en cuestión, por mi desgracia, era una bella chica de Picardía, blanca, gorda y de aspecto placentero, pero inclinada á la materialidad, y poco dispuesta, en suma, para comprender lo que mi designio tenía de delicado y poético.

—Nada, nada. Yo no maquino nada! respondióme sonrojándome hasta lo blanco de los ojos.

Tomamos nuestro chocolate, subimos á la diligencia y yo no me atreví, ni al instante de partir, á enviar una mirada de despedida á Nemorín y á Estrella.

Corridas algunas leguas, ay! ya no era tiempo. Volvióme la idea de su triste suerte, del abandono en que yo los dejaba y mi cobardía me causó un profundo pesar.

Ella con la cabeza en el ventanillo, se divertía viendo desfilar los árboles, y yo aproveché su distracción para confiar mi aventura á un señor de guantes negros y corbata blanca, notario ó médico, que iba á despachar á un moribundo, no se donde, y que debía regresar en la misma tarde al pueblo que nosotros abandonábamos.

—¿Quiere usted, preguntéle, aliviarme de unos remordimientos que me escuecen?

—A vuestras órdenes, joven. ¿Qué es preciso hacer?

—Poca cosa: ir mañana al hotel del Gran Ciervo, muy temprano, preguntar por el cuarto número 8, subir sobre una gran cómoda, y..... El caballero me dejó concluir, después levantó sus gafas de oro sobre la frente y me lanzó una mirada fulminante con sus ojos descoloridos. Me tomaba evidentemente por un misticador ó por un loco.....

Pobre Estrella! Pobre Nemorín! ¿Cuánto tiempo permaneceréis así, sonriendo y tristes, en vuestros pequeños cuadros negros colgados á la inversa? Sólo otro enamorado podrá comprender vuestras íntimas melancolías, y todos los días no llega un enamorado á Rambouillet, hotel del Gran Ciervo, cuarto número 8.....

—Perfectamente! Yo os he entendido. Me detendré en Rambouillet, bajaré al hotel del Gran Ciervo, preguntaré por el cuarto número 8 y, aunque ya para mí pasó la edad de los amores, tu misión será puntualmente cumplida.

I—La Villa

(POR P. LA MARCHERIE)



En todas partes se la ve, allá abajo, aquella gran villa, aplomada en la colina y que recorta en el cielo su pálida silueta.

Se ve desde el blanco camino y tras el barbecho gris, como si en medio de la monotonía campestre guardase lejanos y desconocidos horizontes.

A cada instante surge; ya por su desaparecimiento, ya por su reaparición; es su nombre el que tan á menudo suena en los labios, como un puñado de cascabeles sacudido.

Ella, clara y rojiza piel, extendida sobre la alfombra sin lustre de los olivos;

Tranquila y distante como una gran tienda de nómadas;

Más allá de las vifias enrojecidas, como un rebaño que en la tarde entra estrechándose al redil;

En la tenue claridad de la mañana, ardiente y blanca como una ciudad de Africa evocada por un perfume;

Entre los flacos olivos, bajo la luz implacable, en su reposo desmayado, y en medio de la agobiada y zumbadora soledad, es ella Jerusalem, aquel montón de piedras asoleadas cortado por macizos de sombra de aterciopelado azul, y que levanta sus torres sobre el ámbar de sus muros hacinados.

La magia del ocase le comunica su misterio; reflejo de rosa ciñe sus perfiles con una fina vibración luminosa y circunda su contorno con un esplendor extático de misal.

Es la irradiación de una ciudad formada por el espejismo ó el milagro; se sueña ver en ella pomposos palacios entre los cuales ve la imaginación moverse las más fantásticas figuras; ó bien, tan distante en aquel silencio, está dormida, desierta, quizás es inmaterial, y pronta á convertirse al primer soplo en polvo de oro.

Muere el sol, y héla espectral en el desvanecimiento de la luz, de un color blanco casi verdoso sobre el violado pálido del cielo: lívida ciudad de muerte. Luego, viniendo la noche, baña la luna suavemente el paisaje bajo su velo bordado de indecisas estrellas; otras estrellas palpitan en la

azul palidez de la villa, lentejuelas caídas sobre aquella sombría tristeza.

Al verla siempre así, levantando su mancha invariable en la variedad infinita de las horas, se hace pesada aquella gran villa, que despierta una curiosidad cuyo desenredo se conoce de antemano. "Es preciso ir allá un día;" y por largo tiempo no va uno, por el vago temor de ahuyentar un encanto habitual.

Sin embargo un día nos damos á la aventura; y vamos á la ciudad del ensueño: queremos ver, entramos.

Encontramos más ó menos la misma población muda, la misma plaza, con sus mismas calles de casas cerradas, donde se ven ancianas de traje negro tejiendo sentadas en sillas de paja; ó higueras emblanquecidas en los ángulos de antiguos muros; y un balcón que interrumpe la fachada polvorienta de una pared con la alegría de una flor; y la iglesia con las campanas al aire; la torre ó el castillo gastado, con las ventanas destruidas, miserable y desquebrajado; los patios en que está todo manchado con la sangre violada de las prensas de uvas.....

Volvemos á tomar pronto el camino, huimos dejando detrás algo como la vergüenza de una profanación. Pero á medida que nos alejamos, volvemos á encontrar aquella gran villa amiga, misteriosa y lejana, con todo su prestigio.

*

II—LA UNA

Hora llena de encanto; indecisa como la edad de una mujer bella, como una sonrisa sorprendida.

Tiene todas las coqueterías del cielo: las gracias ligeras y tiernas de los trajes de tornasolado raso, de las sedas brillantes con reflejos de conchas marinas, adornos laminados extraídos con oro pálido.

En los pliegues del terciopelo fulgente de la llanura súbitos resplandores de desnudez, discretos y rosados; blancura de un camino que aviva el ocase con su barniz acarado; y, algo lateralmente, sobre los rizos empolvados de la colina de olivos, la delgada medialuna, la fina joya de las diámanes de capricho pintadas al pastel en la súbita melancolía de su sonriente belleza.

Reformas

(POR JUAN RICHEPIN)

Hablábamos de reformas sociales, de fraternidad, de tantas cosas que faltan por hacer para aliviar la situación de los pobres. A la vuelta de una calle, tropezamos con una camilla: era un enfermo que llevaban al hospicio.

Anduvimos en silencio algunos pasos, y de repente mi amigo exclamó:

—Pues bien! no, no, eso es repugnante. No se puede filosofar en paz, ni aún digerir con tranquilidad. Ah! sociedad asquerosa!

Sin comprender bien su salida, le interrogué con la mirada. Parecía serio, su maliciosa guiñada de ojo había desaparecido, y continuó gesticulando:

—Cree usted que es agradable encontrarse de manos á boca con un moribundo?

Luego con sonrisa agria y feroz: —Ah! si yo fuera gobierno, como dice la canción, las cosas no pasarían así.

Mi mirada dejó de interrogarle, y reprochándole que se quejara en vez de compadecer al desgraciado que llevaban al hospicio, se detuvo

me agarró por un botón, y con los ojos fijos en los míos, prosiguió:

—Sí, si yo fuera gobierno, decretaría al instante la siguiente ley: "Artículo único.—Solamente los ricos tienen el derecho de enfermarse." Hé aquí una buena ley social ó yo no entiendo nada de eso.

—Habla usted con alguna ironía, —le dije.

—De ninguna manera, —replicó. ¿Acaso tengo aire de chancearme? Escúcheme usted. Soy lógico, y nada más. Siga mi razonamiento, y ya verá usted. Un rico enfermo es útil á la sociedad. Caldos exquisitos, refinados cordiales, alimentos raros, delicados; todo cuanto absorbe, come y bebe cuesta caro, no es cierto? Toma drogas compradas á peso de oro: le llevan á los baños: llama en consulta á toda la Facultad. Da á ganar dinero á multitud de personas. Al llenar sus funciones naturales hace que el comercio aumente. Es, pues, un hombre que presta verdaderos servicios á sus semejantes. ¿Puede usted probarme lo contrario?

—No, en efecto.

—Pero, los pobres, qué enfermos tan inútiles! Tratan sus enfermedades con la resignación, moneda que no corre en ninguna parte. Sufren y agonizan como perros, sin causar provecho á nadie. Al contrario, la sociedad pierde. Porque un pobre, una vez enfermo, ya no trabaja; y una vez muerto, ¿quién puede ganar? Ni aun sus herederos, no les deja siquiera la camisa que lleva encima, y que le servirá de sudario. No les deja ni su jergón, tan roído está por sus sudores de agonía. Es, pues, un hombre que de ningún modo sirve á sus semejantes, confiéselo usted.

—Lo confieso.

—Y no he hablado sino del que muere en su casa honradamente, en su miserable lecho, después de gastar en los días sin trabajo hasta el último centavo de sus economías. Qué sería si quisiera denigrar, como debería hacerlo, contra los que vergonzosamente van á buscar los cuidados del hospicio!

—Vergonzosamente, dice usted!

—Sí, vergonzosamente! Gentes á quienes la sociedad está obligada á pagar habitación, cama, medicinas, médico, un sudario, un ataúd, y que se yo que más. Verdaderos parásitos! Los parásitos de la muerte. No sólo no son útiles á la sociedad, sino que le son onerosos, y por consiguiente nocivos. ¿Se atreverá usted á no reconocerlo?

—Lo reconozco.

—Vaya, pues! Es usted razonable.

—Y después de todo, ¿cuál es la consecuencia?

Puso sus dos manos sobre mi pecho, como hombre cuyo argumento será abrumador, y que intentara derribarme contra el suelo.

—Mi conclusión? Oh! es muy sencilla. Me la dicta la más recta y la más sabia economía política, severa pero justa. Todo lo que en una sociedad sea nocivo á esa misma sociedad, ó que no le sea de ninguna utilidad, debe ser eliminado!

—O en otros términos: cuando los pobres están enfermos, es necesario matarlos?

—Alto ahí! Me toma usted por un bebedor de sangre, por un aficionado á los remedios atroces! No, mi querido. Soy mederado, pacífico, sufrido, partidario de las medidas lentas, buscador de reformas progresivas.

—Es decir?.....

—Querría que las cosas se arreglaran de manera que los pobres hiciesen por sí mismos todo lo posible por no enfermarse nunca.

—Probablemente, haciéndoles la vida más sana, menos mortífera asegurándoles condiciones de higiene?....

—Ta, ta, ta! Eso ya se ha ensayado, y á nada conduce. Quimeras! Utopías! N6, no, yo pienso en otros medios eficaces.

—Por ejemplo?

—Pues bien, por ejemplo: ¿por qué no castigar á los que se dieran el gusto de enfermarse? Perfectamente! Castigarlos, y duramente, para hacerles repugnante la reincidencia.

Inspirarles así horror profundo á caer enfermos! No se ría usted, le hablo con seriedad. Si sueño con una penalidad nueva y terrible también, aplicable á esa categoría, nueva y terrible también, de los grandes y antisociales culpables: los culpables de mala salud sin poseer un centavo.

Llevando su sueño hasta el absurdo para mostrarle toda su monstruosidad, abundé en su parecer, insinuando:

—Bien, bien. Convento en ello. Piensa usted quizás en algo así como una prisión para enfermos?

Con la mirada vaga y lejana, como perdida en el cielo de las hipótesis, murmuró:

—¿Por qué no?

Redoblé la ironía para decirle con voz burlesca:

—Apuesto á que usted ve ya construida y funcionando su prisión para enfermos!

Con grandes gestos líricos, como profeta que ve aparecérselo el porvenir patente y real, me respondió:

—En efecto, no se engaña usted. Allí está, ante los ojos de mi pensamiento. Se la puedo describir.

Después, muy tranquilo, como hombre positivo que no trata de convencerlos, y que quiere apelar al testimonio reposado de nuestro buen sentido persuadido por las pueblas:

—Por otra parte nada más fácil de imaginar. Un sitio bastante desnudo, frío y húmedo, tal que el mismo Hércules no pudiera pasar por él sin atrapar una fluxión al pecho. Construiríase allí un vasto cuartel de salas lúgubres, sobre las cuales se cerniera incurable melancolía. En el interior, camas angostas y apretadas. Allí se aglomerarían montones de enfermos. De esa manera, las enfermedades se contagiarían unas con otras. La fiebre de éste corrompería el cólico de aquél. Los pacientes, al quejarse, se impedirían mutuamente dormir. En resumen, un infierno tan bien organizado, que se perderían para siempre las ganas de volver á él. ¿No sería una prisión admirable para enfermos pobres? No les infundiría un terror invencible? y ese terror no obligaría á los miserables á vivir siempre en buena salud?

Ahora observaba en él su maliciosa guiñada de ojo. Mientras yo me mordía el labio, avergonzado de haberle servido de *plastrón* continuó:

—Convénzase usted, una sociedad como la nuestra, sabia, práctica, utilitaria, es digna, de realizar esa hermosa obra. Y lo conseguirá. Qué digo? Casi lo ha conseguido. Mire usted.

Su sonrisa semejaba el cabrileo de una fritura hirviendo en la cual se echan pescados vivos, y me señalaba con el dedo un hospital nuevo, uno de esos edificios altos, largos, helados, siniestros y asesinos, tan bien calificados por Edgardo Poë cuando los llamó *abominaciones rectangulares*.

Las religiones literarias

(POR ALEJANDRO LARA NUÑEZ)

El siglo XIX ha sido fecundo en escuelas literarias. Durante sus días de lucha incesante, la humanidad ha buscado con persistente empeño los medios de manifestar sus impresiones, se ha arrodillado sucesivamente ante todos los altares dejando una creencia por otra y acariciando siempre una esperanza irrealizable, y si ha sentido desfallecimientos transitorios, ha sido para tomar fuerzas y continuar con más energía la peregrinación eterna en solicitud del Ideal.

Es indudable que todo movimiento literario refleja las tendencias y las preocupaciones de la época en que llega á predominar ó á existir, y si consideramos que la nuestra ha sido esencialmente revolucionaria, nada extraño debe ser á los espíritus reflexivos que la opinión sea tan mudable, que abandone casi siempre

la escuela triunfante por la escuela naciente, ya que en nuestro siglo parece que las almas necesitan sensaciones siempre nuevas. No ha faltado, sin embargo, quien afirme que esos cambios continuos son signos evidentes de una decadencia irremediable; pero nosotros, guiados quizás por el optimismo de la inexperiencia, no queremos ver en la actual intranquilidad de los espíritus sino la prueba evidente de nuestra superioridad sobre los hombres del pasado. La decadencia ha sido siempre precursora de la disolución y hoy más que nunca tienden á unirse los hombres; la fraternidad universal empieza á ser un hecho práctico; no existen ya distinciones injustas de razas ni de nacionalidades, y el Cosmopolitismo, última expresión de la sociabilidad, une más y más cada día la gran familia humana. Nuestro estado febril de dudas y vacilaciones, lejos de probar degeneración como pretenden los pesimistas, indica un grado más de adquisición intelectual, un paso más hacia el perfeccionamiento, ideal perpetuo y eterno de la humanidad. Para el observador desapasionado es indudable que si los hombres de otros siglos creían más, también es cierto que pensaban menos. Tenían mucha fe, pero es indiscutible que á esa fe avasalladora y dominante quisieron subordinar todos los actos de su vida y trataron aunque en vano de someter también el sentimiento y la razón. En cambio nosotros todo lo resolvemos por la libertad; y como en estas luchas de la inteligencia ninguna escuela puede considerarse definitivamente victoriosa, nada más natural que la humanidad haya cambiado tanto en un siglo como el nuestro.

En los primeros días del siglo la escuela clásica es la favorecida por la opinión; los hombres de letras quieren imitar á Voltaire y á Racine. Al mismo tiempo se despierta el gusto por lo antiguo; la epopeya republicana y la epopeya imperial lo llevan todo; los tribunos revolucionarios imitan á los oradores antiguos y los generales republicanos tratan de hablar á los batallones improvisados el lenguaje ardiente con que enardecían á sus legiones los capitanes romanos; aquella sucesión de guerras gloriosas y expediciones lejanas recuerdan los combates homéricos de Grecia y las luchas heroicas de Roma; y Bonaparte mismo, legislador, guerrero y artista, tiene en su personalidad mucho de Solón y de Pericles, de Alcibíades y de César. Viendo á cada instante hechos que les recordaban la antigüedad, los modernos quisieron hablar como los antiguos. Por eso la opinión no los acompañó mucho tiempo y al fin los abandonó por completo. Pasada la época heroica, la humanidad buscó algo nuevo.

Lord Byron y Chateaubriand empezaban ya á alcanzar triunfos ruidosos siguiendo las huellas de Bernardino de Saint Pierre, que puede considerarse como un precursor. Hay sin embargo alguna diferencia entre los dos fundadores de la escuela romántica. El romanticismo de Lord Byron es heroico y natural, al paso que el de Chateaubriand es demasiado sentimental y algo ficticio. Byron siente con intensidad; él mismo ha luchado mucho y como los héroes de sus poemas es de una imaginación ardiente y de un alma heroica. Su admirable poesía es la que más ha influido en el siglo. Chateaubriand salió muy joven de Francia; en América la perspectiva espléndida del nuevo mundo enriqueció más su brillante fantasía y dio una originalidad exquisita á su naturaleza melancólica y sensible; la belleza y la sonoridad de su estilo unidas al sentimiento que abunda en todas sus obras despertaron un interés vivísimo en su época. El romanticismo triunfante ostentará en su seno una pléyade de escritores ilustres, distinguiéndose entre todos Victor Hugo,

el gran romántico del siglo, colocado por sus contemporáneos al lado de Homero. Fue tal el poder de esta escuela, que hoy mismo no faltan naturalezas visionarias y fantásticas, que á semejanza de los últimos creyentes de las religiones moribundas, permanezcan de hinojos ante la Divinidad desprestigiada.

**

La humanidad cansada de historias inverosímiles que á fuerza de repetirse dejan de ser originales, pide más veracidad y de esta reacción lógica surgió el naturalismo, escuela brillante que fue una necesidad para la generación que siguió á la de los románticos. Enemiga de lo ficticio, enamorada siempre de la verdad, pintándolo todo tal como aparece á la vista, idólatra de la materia y aliada de la ciencia que le presta su autoridad, la escuela naturalista empezó á luchar con un ardor gigantesco, con una fe inquebrantable. Durante mucho tiempo se le hará una guerra cruel para terminar al fin arrodillándose en sus templos; y cuando á su vez, la opinión empieza á abandonarla y el gran pontífice de la secta, el ilustre Zola, confiese que su obra deja mucho que desear desde el punto de vista artístico, la escuela y el maestro no se darán por vencido y seguirán luchando con una sinceridad que los enaltece. Hoy que la opinión se inclina á otras escuelas, nosotros los que admiramos al naturalismo, pero que lamentamos sus exageraciones, debemos ser justos y reconocer que los escritores de esa secta hicieron á la literatura y al mundo el bien inapreciable de acabar con el sentimentalismo exagerado y perjudicial de los románticos.

**

A la par del naturalismo, iba creciendo una escuela que después se llamó parnasiana y que ha descollado principalmente en el verso. Enamorado de la forma, buscando siempre la belleza sin preocuparse de triunfos efímeros, los parnasianos no tuvieron otro ideal que el muy noble de restaurar el Arte. Artistas infatigables, el ruido triunfal del naturalismo que cautivaba todas las simpatías, no los desanimó; poseídos de la excelstitud de su misión siguieron, rindiendo culto ferviente á lo bello, y si bien su impasibilidad, impropia del siglo, los alejó de nosotros, debemos agradecerles lo mucho que hicieron por el Arte. Lecomte de Lisle, el poeta inmortal de los "Poemas Antiguos" ha sido considerado como el jefe de esta escuela.

**

El psicologismo tuvo un precursor ilustre. Un soldado del primer imperio que se anticipó á su época, fue el verdadero fundador del método analítico. Sus contemporáneos no lo comprendieron, pero él siguió lleno de fe trabajando con entusiasmo y sinceridad, confiado en que llegaría una generación que le daría un puesto muy alto entre los grandes literatos del siglo. Para no desalentarse con la indiferencia de los coetáneos se necesita una voluntad inquebrantable. Y Stendhal la tuvo. Taine seguirá la senda trazada por Henry Beyle; pero Taine más que un literato es un filósofo. Sus obras tienen la grandeza y la severidad que distingue á los grandes pensadores. En nuestros días el escritor más notable de esta escuela, es el joven novelista que no ha mucho entró á la Academia en medio de los aplausos de sus admiradores cada día más numerosos. El autor incomparable de "El Discípulo" es el que ha logrado popularizar la escuela psicológica. El psicologismo no se ha apartado del arte, ni ha caído en las exageraciones absurdas que han sido la causa principal de las derrotas de casi todas las escuelas. Por lo demás no ha querido imponer sus doctrinas como dogmáticas, y por eso quizás, sin alcanzar esas victorias ruidosísimas del romanticismo primero y del naturalismo después, ha ido adquiriendo prosélitos

y aumentándolos incesantemente. Bourget ha sabido colocar su escuela y su método al alcance de todas las inteligencias y sus libros son leídos con entusiasmo por los que viven siempre á la moda, y con interés por los que se dedican á los estudios serios.

**

Los decadentes, los simbolistas y los neomísticos son todos de una misma familia. Los decadentes hicieron mucho ruido pero se les hizo una guerra sin cuartel. El decadentismo, sin embargo, tiene sus bellezas y sólo el deseo de ser originales es lo que ha llevado á sus sectarios al rebuscamiento. Sus enemigos han agotado los calificativos deprimentes; pero necesario es convenir en que no merecen tanto desprecio. ¿Quién se atreve á asegurar que la opinión de la mayoría sea definitiva é inapelable en cuestiones de arte? Eso han dicho los decadentes y vale la pena pensarlo bien. Los simbolistas ven en todo un símbolo. En las sociedades primitivas, en la infancia de las civilizaciones el simbolismo es lógico; pero en una época como la nuestra en que las ceremonias y las costumbres van haciéndose cada día más sencillas, no puede influir mucho la doctrina simbólica.

Los neomísticos quieren revivir la candorosa fe de los primeros tiempos del cristianismo, quieren regenerar el mundo actual por medio de las creencias. Convencidos de que las sociedades que no tienen fe, no pueden ser útiles para el desarrollo moral de la humanidad, ellas se han propuesto revivir en los corazones el principio religioso tan combatido por los materialistas y tan necesario en medio de la agitada vida de este fin de siglo. El neomisticismo despertando los sentimientos religiosos, devolviendo á los incrédulos la fe perdida, es el mejor refugio para las almas perseguidas por el sufrimiento y la desgracia.

**

Cuál de estas escuelas llegará á prevalecer? Quién se atrevería á afirmar que el criterio de los hombres, siempre tan mudable, no acepte mañana lo que ve hoy con desdén? Por eso es que debemos ser sinceros y no cuidarnos mucho de estar en contradicción ó de acuerdo con nuestros contemporáneos. Cuando Stendhal decía con voz profética que sería comprendido hacia 1880 nadie creyó que su nombre llegaría á ser reverenciado por nosotros. ¿Por qué pues empeñarnos en no aceptar nada fuera de la escuela triunfante? No olvidemos que el arte en todas sus manifestaciones es digno de la eterna admiración de los hombres. Cuando hemos visto lo efímero de los triunfos y lo instable de la opinión, cuando el desengaño ha helado todos los corazones y las palabras prestigiosas de otros días no tienen ya poder suficiente para entusiasmarnos, tengamos al menos la sinceridad como guía salvadora en esta senda dolorosa de la existencia.

CUENTO

TRIUNFO DE ELOCUENCIA

HACIA ya algunos años que Carlos, abogado sin pleitos, pero lleno de esperanzas en el porvenir, cortejaba á su prima Lucía, hija única del buen señor de Bagnolet.

Lejos de apagarse con el tiempo, su pasión era cada día más vehemente, y á los treinta años tenía todas sus aspiraciones reconcentradas en el deseo de ser dueño de Lucía. En vida de su padre, ya se había proyectado el matrimonio, pero muerto aquél prematuramente, tuvo que ocuparse Carlos en arreglar el ínfimo capital que su madre disfrutaba, puesto que él, ya abogado pidió una plaza que le concedieron en la misma ciudad.

Comenzó después, con más entusiasmo, á hacer la corte á su prima.

El señor Bagnolet conocía lo que vale el dinero.

Empezó su fortuna en un café como dependiente, pero gracias á su trabajo y economía consiguió, al cabo de algunos años, reunir una buena fortuna.

Le encantaba ver que su sobrino quería crearse un porvenir. Enorgullecido al mismo tiempo de pensar que tendría un yerno abogado, se decidió á dejar que su hija eligiera, mostrando preferencias hacia su sobrino Carlos.

—Si su primo le gusta, mejor—pensaba—pues soy bastante rico para asegurar su tranquilidad; si no, ¡adiós, querido Carlos! Te irás con la música á otra parte . . .

Las veladas continuaron dulces, tranquilas, como es costumbre en provincias.

Los hombres, hablando de política, mientras las señoras daban algunos puntos á su labor esperando la llegada del notario para echar la partida de "Enano amarillo".

—Uno, dos, tres sin cuartel . . .

—¡Vamos, Carlitos! ¡Atención al juego; tiene la reina, y no la anuncia! ¡Estos enamorados! . . .

Como que no es esa reina la que él quisiera . . .

Carlos miraba furtivamente á Lucía, que no se ocupaba más que de sus cartas.

Desde muy joven mostró cierta inclinación hacia su primo; pero sin duda por ser más correcta ahora, estaba siempre indiferente.

¿Era coquetería? ¿Era disimulo? Quizás ella misma lo ignoraba.

El tomaba esta indiferencia por excesiva distinción, contemplándola con respeto.

A las once acabó la partida. La señora de Bagnolet y su hija se retiraron, después de despedir á sus amigos, hasta el día siguiente.

Carlos aprovechó la ocasión para decir al que consideraba ya como suegro:

—Hemos hablado mucho mi madre y yo de Lucía. Ya sabe usted lo que mamá desea esta unión, y yo no tengo necesidad de repetirlo . . .

—¡Sí, sí . . . ciertamente, hijo mío! Yo nunca me opuse. Aunque no soy un personaje, pudiera tener ambiciones; pero ante todo quiero que mi hija se case á su gusto: se casará con el que más quiera. Conoce sus intenciones, y su contestación no es nunca definitiva . . . Mira, yo creo que debía de llamarle la atención con algún acto de resonancia. Eres abogado; nunca te hemos oído defender una causa; ¿por qué no nos invitas á una audiencia donde tomes la palabra? Tienes talento. Lucía es romántica; es capaz de chiflarse por tí después de haberte oído . . .

—Hemos tenido la misma idea. Precisamente quería rogarle que se decidieran usted y Lucía á ir mañana, puesto que voy á defender á un sujeto acusado de violación y asesinato.

—¡Ah, sí! Aquel Luis Jacquot.

—La causa es algo espesa; en efecto. El interrogatorio bastante escabroso; pero mi prima puede ir solamente cuando yo pronuncie mi discurso, y yo respondo . . .

—Iremos, iremos, te lo prometo. ¡Veremos cómo sales del paso!

Carlos se fué con el corazón lleno de esperanza, pensando lo que diría á los señores jurados.

Al día siguiente empezó la vista. El acusado tranquilo, respondió con sangre fría, pero sin convicción. La causa parecía perdida, cuando el presidente pronunció solemnementemente la frase:

—¡Tiene la palabra el defensor!

Carlos se levantó. Con una ojeada distinguida á su prima, que, sentada en primera fila, miraba con curiosidad.

Se inclinó cortemente y saludó. Lucía debía estar contenta.

Envuelto en su toga, se levantó la manga con ademán trágico, y empezó un discurso lleno de calor y de interés.

Poco á poco, el hombre que estaba entre dos gendarmes, apareció como una víctima del orden social, un desgraciado contra el cual la instrucción se había mostrado implacable.

Merced á su palabra elocuentísima, el asesino se convirtió en héroe, y el auditorio se entusiasmó al ver que el joven abogado, estrechó la mano de su cliente exclamando:

—Señores jurados: he defendido al acusado, y ahora digo, por mi honor que me consta su inocencia; y estrecho su mano, que es la de un hombre de bien.

Mil aplausos resonaron entonces; el presidente impuso silencio, y Carlos radiante de alegría vio en los labios de su futura una sonrisa de felicidad; había ganado sus dos causas.

El Jurado deliberó corto tiempo, y pronunció veredicto de inculpabilidad.

Nadie se extrañó del fallo después del brillante discurso del defensor.

Aquella misma noche se presentó Carlos á su tío, con aire victorioso, gozando anticipadamente de su triunfo.

—¡Ah! ¡Mi querido Carlos, qué talento! ¡Es maravilloso! Si tu padre viviera...
 —¡Qué bueno es usted, tío! ¡Y Lucía que ha dicho? ¡Entusiasmada!...
 El señor Bagnolet puso cara de contricción y dijo balbuceando:
 —Le hablé de tí, ponderando tu elocuencia, como te mereces, pero las mujeres son tan raras que, vamos son imposibles... Has tenido demasiado éxito.
 No comprendo...
 —No te enfades... Lo que me pasaría más que a tí... Lucía se ha enamorado perdidamente de tu defendido, del héroe Luis Jacquot; y está decidida á casarse con él...

MONTJOYEUX.

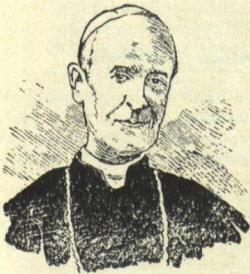
MISCELANEA

Candidatos al Pontificado

La avanzada edad de León XIII y las dolencias que en ocasiones le aquejan, todo lo cual hace temer la muerte de Su Santidad, en un día no lejano, agitan en el mundo político y religioso el proceso electoral del cual habrá de resultar el nuevo Sucesor de Pedro.

El partido llamado *italiano* tiene dos candidatos: uno favorecido y apoyado por el rey Humberto, el cardenal San Felice de Acquavella; otro á quien protege la reina de Italia, el cardenal Capececlatro.

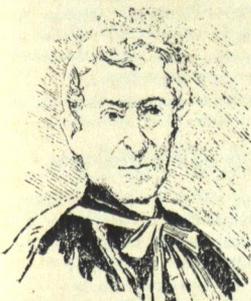
Ninguna figura más simpática y atractiva que la del arzobispo de Nápoles, Monseñor San Felice, de la orden de San Benito. Hombre de heroicas virtudes cristianas, patentes en mil ocasiones, y sobre todo en la que le valió la amistad del rey Humberto, cuando ambos afrontaron los peligros de la terrible epidemia cólera de 1884, es por esta razón popularísimo en toda Italia. Pero, con todo, y acaso por esto mismo, no es el cardenal San Felice, á pesar de su



SAN FELICE

gran corazón y de su cultivada inteligencia de benedictino, el hombre de energía y de carácter que se necesita para suceder dignamente á León XIII; que no bastan el corazón puro ni la buena intención para sortear las mil dificultades y evitar los mil peligros que aquella posición formidable ofrece á cada paso.

El arzobispo de Capua, monseñor Capececlatro, cuya candidatura protege la reina, no es hombre popular, y aunque de virtud sólida y pura, no ha dado de ello las pruebas heroicas que monseñor San Felice. El cardenal Capececlatro es uno de los escritores más eruditos de Italia, y tanto su *Doctrina católica* como su *Vida de Santa Catalina de Siena*, son estimadas como obras de gran mérito. Hijo de una familia de las más linajudas de Sicilia, nacido incidentalmente en Marsella, hermano de un personaje



CAPECECLATRO

tan importante como el director de Correos de Italia, y relacionado con las notabilidades políticas y diplomáticas del país, no cabe dudar que su candidatura cuente con grandísima fuerza en el Vaticano, aunque se cree que no será el Papa llamado á proseguir la obra del actual, para lo que encontraría dificultades mayores acaso que ningún otro. Políticamente, el cardenal Capececlatro es adversario de la Triple Alianza, y tal vez esto puede proporcionarle los votos de los cardenales franceses y de algunos italianos, que, aun cuando no afectos á la monarquía reinante menos lo son al compromiso contraído por su patria con Alemania.

Enfrente de estos dos candidatos italianos se alza con verdadera é imponente fuerza en el Vaticano otro partido, no ya nacional, sino exclusivamente político, y cuyo triunfo, sin duda, operaría un cambio completo en la situación del mundo católico, y derribaría muchos de los planes de León XIII. Este partido es el de la Triple Alianza, y su candidato es mon-



VANNUTELLI

señor Seraffin Vannutelli, obispo de Frascati y Nuncio que fue en Bruselas y en Viena. El Cardenal Vannutelli, á quien no falta ninguna de las perspicacias y sagacidades del más consumado diplomático. Diferentes y poderosísimos elementos se reúnen para favorecer su candidatura: uno de ellos, su hermano el cardenal Vicente Vannutelli, hombre que por la delicadísima finura de su trato y por su elegancia aristocrática, recuerda algo á los cardenales intrigantes del siglo XVIII, y cuenta con las simpatías de toda la alta sociedad romana. Préstale también auxilio la consideración de que goza su hermana, viuda del general Kanzler, que fue el jefe de las tropas pontificias en tiempo de Pío IX. Pero el más importante auxiliar con que cuenta monseñor Vannutelli, es el cardenal Gallimberti, que cuenta con la benevolencia, y hay quien dice que con la amistad personal de Bismarck y del propio emperador de Alemania. El cardenal Gallimberti, que por razones personales no presenta su propia candidatura, es el más ardiente partidario con que cuenta monseñor Vannutelli, y de seguro, si este triunfara, el verdadero Papa sería aquél.

Los cardenales partidarios de la independencia absoluta de la Iglesia y de los cuales se dice que representan la parte más sana y mejor del Vaticano, sostienen como candidato propio á la silla de León XIII al cardenal Parocchi, obispo de Albano y Vicario general de Su Santidad.



PAROCCHI

fundo conocimiento del corazón humano y de las ambiciones eclesiásticas, le ha mantenido durante doce años, sin decaimiento ni descreído, en un cargo tan difícil y espinoso como el de Vicario general, en el cual se han estrellado muchos cardenales de gran valía, y entre ellos el famoso Monseñor Mónaco La Valetta. El cardenal Parocchi es, pues, un gran gobernante, un excelente administrador. Como político, rechazó la alianza con Alemania, y es enemigo de las contemporizaciones con el Reino de Italia. En suma, es un ardiente partidario de la sustantividad política y social de la Iglesia católica, y más todavía de su universalidad, y buena prueba de ello son las constantes relaciones que mantiene con los prelados de todo el orbe cristiano, como asimismo el ser los dos principales mantenedores de su candidatura dos cardenales extranjeros: Monseñor Luzeuix, arzobispo de Reims, y Monseñor Gibbons, arzobispo de Baltimore.



RAMPOLLA

Rampolla, ó al venerable obispo de Palestina, mon-

Posible es que, llegado el cónclave, el mismo ardor de la lucha entre los diferentes partidos del Vaticano traiga consigo el triunfo de alguno de los cardenales cuya representación no es tan marcada y saliente como la de los que hemos enumerado, y en este caso, nadie negará probabilidades de éxito al actual secretario de Estado, Monseñor



BIANCHI

señor Bianchi, popular en toda Italia por sus eminentes virtudes.

El sistema métrico

El uso del sistema métrico tiende decididamente á generalizarse: hé aquí que la Rusia se preocupa de las medidas que há de tomar para su adopción. La cuestión ha sido sometida por el Ministro del Comercio y de la Industria al Congreso industrial que en este momento actúa en Nijni-Novgorod.

Al Polo Sur

En Bélgica se trata seriamente de organizar una expedición antártica. El polo sur está de moda. El público parece interesarse en el proyecto: hay negociantes que ofrecen por ejemplo abandonar en provecho de la empresa el 20 por ciento de sus ingresos durante tres días, y es cuestión de pedir al Gobierno que intervenga en favor de la tentativa. Para pasar á la región opuesta del globo es preciso tener presente que el despacho dirigido de Irkutsk dando la noticia de que el explorador Nansen habia descubierto al fin el polo, es absolutamente apócrifa y no se funda en ningún dato serio.

Venenos y contravenenos

Los farmacéuticos, en el Estado de New York, han sido objeto últimamente de una ley que los obliga á poner en los rótulos de los frascos que contienen venenos, la indicación de los contravenenos reconocidos más activos en cada caso. Es una excelente medida que sería conveniente establecer en todas partes.

Congreso Internacional

El 27 de julio corriente se reunirá en París el segundo Congreso internacional de química aplicada, como continuación de la obra emprendida por el Congreso de Bruselas en 1884. Además de las cuestiones técnicas que tienen relación con la química industrial, el Congreso tendrá que resolver ó por lo menos que discutir los procedimientos analíticos empleados para guiar al fabricante y para garantizar al consumidor y al fisco. Muchas de estas cuestiones han surgido en el Congreso de Bruselas, y las comisiones internacionales que han sido nombradas en aquella época llevarán al Congreso de París nuevos elementos de discusión. El Congreso está organizado en diez secciones representando las industrias siguientes: productos químicos, electro química, materias colorantes y tintorias, productos farmacéuticos, metalurgia y minas, azúcares, vinificación, confección de la cerveza, destilación, lechería.

Un becerro vivo con dos cabezas

Los monstruos dobles, de los cuales, uno está reducido á la cabeza, soldada á la cabeza del otro, no son raros en la especie bovina en que constituyen los clásicos *becerros de dos cabezas*; pero estos monstruos viven rara vez. Sin embargo Mr. Pierre Mégnin presentaba recientemente á la *Société de Biología* uno de estos monstruos, interesante en el sentido de que está perfectamente vivo y se conserva bien: sus dos cabezas son tan perfectas la una como la otra, funcionan igualmente y el animal vive y come indistintamente por una ú otra boca. Este becerro de dos cabezas tiene actualmente más de tres meses. El padre y la madre son de raza normanda y todos dos bien conformados. Su propietario es un estanciero de Freneuse (seine-et-Oise) que lo cria con mucha sollicitud.

Clementina

Una célebre firma de grabadores, de París, acaba de publicar una copia del cuadro de Sir Laurence titulado *la Princesa Meternich*. Es el retrato de Clementina, hija de Meternich.—Laurence la vio una tarde en las calles de Viena. Le impresionó tanto la belleza de aquella niña de 15 años que la siguió hasta el Palacio de su padre y rogó se le permitiera retratarla. Primero sólo se le permitió hacer un bosquejo al lápiz y sólo un año más tarde consintió la familia en que se hiciera el cuadro al óleo. La princesa estaba enferma y á medida que la obra del pintor avanzaba se desarrollaba el mal que la consumía. Cuando estuvo concluido el retrato ella pidió que se lo mostraran para comparar lo que habia sido con lo que era. ¡Dios mío, cómo he cambiado! exclamó al contemplar las ideales facciones destinadas á la inmortalidad del arte. El día siguiente murió. Del grabado que acaba de publicarse sólo se imprimieron 150 ejemplares.

Obra curiosa

Ha aparecido una obra curiosa por el personaje á que se refiere. Se titula "Los cortejos de la reina Isabel" (The courtships of Queen Elizabeth by M. Hume) y da cuenta de los amores de la célebre soberana á quien los ingleses se complacen en apellidar la "reina virgen." Catalina de Médicis reinaba en Francia, María Estuardo en Escocia: la primera habilísima en la intriga y casi insensible á la voz del corazón: la segunda una bella pecadora redimida por el martirio, y entre esos dos polos Isabel, la enérgica Isabel, no inferior en inteligencia y firmeza de voluntad á ninguna otra mujer que haya reinado, y, al propio tiempo eminentemente femenina hasta el punto de ser la más coqueta de las reinas. A las veces ansiaba ser madre, dar al mundo "un nieto digno de Henrique VIII" y, en otras ocasiones, con enérgicos juramentos que mejor hubieran estado en labios masculinos declaraba que la historia la llamaria la reina virgen, que sería casta como Diana, imperial é imperiosa vestal. Y se mantuvo en el trono y pasó por la vida sin que pudiera asegurarse qué predominaba en ella, si la ambición ó la feminilidad. Sus coqueteos sirvieron más de una vez á los intereses de la monarquía, otras casi los hicieron peligrar. Cuanto príncipe casadero hubo en la cristiandad, desde Iván el Terrible y Felipe II hasta el menor de los Valois, aspiraron á su mano, y ella entre todos prefería á lo que parece, á uno de sus súbditos, á Dudley, barón de Leicester. En cierta ocasión le aseguraba ella á Melvil, enviado de María Estuardo, que jamás se casaría y, en el curso de la conversación, se puso de pie y acercándose á un mueble sacó de una gaveta en la que habia varios retratos, tomó uno al pie del cual habia una línea escrita de su mano, y que decía: "Este

es el retrato de mi dueño y señor" (My lord's picture.) El retratado era Dudley. Lo que abisma y prueba una vez lo incomprensible del corazón femenino es que este preferido era casado y que por platónico que fuese el sentimiento que ligaba á la regia vestal con el barón, no por ello era menos reprobable. Isabel, además, era víctima de la más femenina de las pasiones: los celos, el suplicio de María Estuardo acaso fue la obra de esos celos envidiosos. Isabel le preguntaba á Melvil si ella era más hermosa que María. Usted es la más bella de Inglaterra, le contestó el cortésano, pero María es la más adorable de Escocia. Y como esa contestación no la satisfizo, Melvil tuvo que agregar que Isabel era más blanca, pero que María era encantadora.— El pobre diplomático no sabía que estaba poniendo en peligro la vida de su soberana.

Catalina de Médicis aspiraba á que Isabel contrajera matrimonio con un Valois, Isabel aceptó la partida de ajedrez que Catalina le proponía y en la que tan graves intereses iban envueltos. La coqueta en ese tiempo estuvo al servicio de la soberana. Pero cuando hubo desahuciado á Carlos IX y al duque d'Aujou, se presentó el tercero de los Valois, el duque d'Alençon, y poco faltó para que Isabel no le diera su mano. Algo más, fue necesario que algunos de sus súbditos le hablasen con ruda franqueza para que Isabel desistiera y se resignase á comprometer la paz y el porvenir de la Inglaterra, que habría peligrado con su enlace. Pues bien, el duquesillo que á tal punto había cautivado el corazón de la altiva soberana, tenía la mitad de los años, y la mitad de la estatura de Isabel, y además cetrina la piel y marcada por la viruela! Y á ese pobre ejemplar de la familia Valois le llevaba en la mañana, á su lecho, la reina de Inglaterra "una taza de sustancioso caldo." Y por ese d'Alençon estuvo á punto de cambiarse la historia del mundo moderno.

¿Y habrá quien diga que conoce la mujer? Los ingleses, que tienen por regla invariable no dar ascenso á la calumnia mientras no haya sido probada ante los tribunales, afirman que su Diosa Imperial jamás descendió hasta Endimión y que cuando d'Alençon fue expulsado del reino y ella acompañó llorando hasta Canterbury lo único que se llevaba de Londres el duquesito era el medio millón de francos que Isabel le había regalado.

Gladstone

Va á publicarse la vida política de Gladstone exclusivamente ilustrada con las caricaturas de que en su larga vida ministerial y parlamentaria ha sido objeto el Grande Anciano. Indudablemente será curioso el libro.

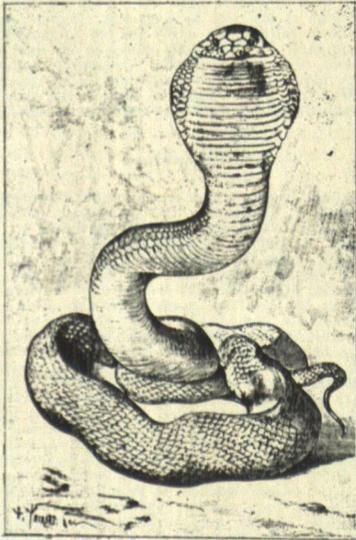
Clemenceau

Le Grande Pan, el último libro de Clemenceau, es una interesante exposición de la cuestión social. La obra es vigorosa y sincera y vale bien la pena de ser leída.

En una conferencia reciente Max Muller llamó la atención de los estudiosos acerca del Kuko Dau, código religioso de los budistas.—Es el libro más grande del mundo.—Consta de 729 páginas de mármol blanco, cubiertas de inscripciones. Está escrito en lengua pali y la edición comenzó en 1857, por orden de Mindomin, uno de los últimos reyes de Burmah, que, como se sabe, ha sido anexado por la Inglaterra. El gobierno inglés se propone publicar una reproducción fotográfica de la obrilla en cuestión.

Juana de Arco

Se ha encontrado en el castillo de la Tour de Pinou, la armadura de Juana de Arco. Es de acero pulido y le fue regalada á la doncella de Orleans por Carlos VII.



El Ofiófago Elaps ó Serpentívoro

La sabiduría de las naciones, á la que nada se escapa, ha formulado el famoso adagio: "Los lobos no se comen unos á otros," tal vez con la buena intención de demostrar que el hombre es el único de los animales que vive á expensas de sus semejantes. Mucho tiempo hace que los observadores de la naturaleza han visto justificado ese proverbio, como otros tantos, y el animal que nos ocupa viene á desmentir la antigua fórmula sentimental. Ofiófago, dicen

los sabios; serpentívoro lo llama el vulgo; nombres sinónimos que significan comedores de serpientes.

El Ofiófago elaps ó serpentívoro es, pues, una serpiente, venenosa por cierto, que se alimenta con serpientes. Su inmenso tamaño, que llega á cuatro metros de largo, hace que se la considere como gigante entre las serpientes venenosas, y su veneno de una violencia extremada, se clasifica entre los más temibles.

Bien se comprende que tan notables cualidades reunidas hayan causado admiración á los que han podido contemplar este animal. Con razón le han dado el nombre de "Rey de las serpientes." Cuando el serpentívoro siente la necesidad de tragar algo, busca algún sitio sin árboles, se incorpora inflando el cuello y silba de un modo particular. Salen entonces de todos los puntos del bosque las serpientes, que saben lo que significa el silbido, acuden al llamado, y se colocan alrededor del monarca, que escoge la más apetitosa, le cae encima y la devora. Las que sobreviven, no teniendo ya nada que hacer, se retiran con la humildad que conviene á súbditos sumisos.

El Ofiófago elaps es, entre las serpientes venenosas, una de las más espléndidas y también de las más perfectas. Sobre su fondo verde aceituna se destaca un jaspeado negro y blanco en extremo brillante. Al menor ruido levanta la parte anterior del cuerpo, infla el cuello como las Najas, que son de la misma familia, y silba como fuerza. Su tamaño gigantesco, sus ojos centelleantes, sus vivos colores le dan un aspecto verdaderamente formidable, y si á eso se agrega el veneno activísimo que posee, en relación con el tamaño del animal, es fácil darse cuenta del terror que inspira.

Por último, y esto es lo más grave, el Ofiófago es, no sólo la más poderosa de las serpientes sino también una de las más belicosas. Lejos de huir del hombre como los demás reptiles, le ataca, le persigue sin descanso, sin detenerse ante ningún obstáculo; pues este terrible monstruo tiene, además de su agilidad poco común, la facilidad de nadar con rapidez y de subir en un segundo á los árboles más elevados.

Cantor nos refiere la historia de un oficial inglés que, perseguido por un Ofiófago, y á punto de ser alcanzado, debió la salvación á una estratagema. Dejó caer su kapis y, mientras la serpiente se encarnizaba furiosamente sobre aquella presa inofensiva, pudo él llegar á un punto seguro. Nicholsón dice que vio morir en tres horas un elefante mordido por un Ofiófago.

Esta serpiente se encuentra en muchos países, especialmente en los que baña el Océano Indico, Indostán, Indo-China, Sumatra, Java, islas de Londa, Filipinas, y probablemente también al norte de la Nueva Guinea.

Afortunadamente no es muy abundante en ninguno de dichos países, que si lo fuera, aquellos serían inhabitables. Aunque prefieren las serpientes cualquier otro alimento, se aplica también á comer pequeños mamíferos, y hasta pájaros. "A falta de pan..."

En el jardín de aclimatación y en el zoológico del Museo de historia natural, donde se han conservado Ofiófagos por algún tiempo, se les daba á comer ratas. En los movimientos y en el carácter eran muy parecidos á las Najas; se levantaban como ellas al ver un animal, inflaban el cuello, silbaban con fuerza, se precipitaban sobre su presa, la mordían y al verla ya inmóvil se la tragaban.

Los dos Ofiófagos que vivieron casi simultáneamente en el Museo de historia natural y el Jardín de aclimatación estaban dotados de diferentes caracteres. El del Museo tenía dos metros de largo y era de belleza notable y en extremo feroz é irritable; cada vez que se acercaba un visitante se le veía hincharse el cuello y precipitarse con violencia hacia la reja que le separaba del importuno, destrozándose cruelmente la boca.

El profesor León Vaillant, temeroso de perder prematuramente un ejemplar tan raro, cuyo estudio presentaba notable interés, lo retiró de la vista del público.

El del Jardín de aclimatación no era tan fiero, pues veía desfilar ante su jaula sin enfurecerse, gran número de visitantes atraídos por el deseo de contemplar sin peligro al rey de las serpientes.



Academia francesa

En la sesión del 21 de mayo fueron adjudicados los siguientes premios:

El premio Langlois, de 2.400 francos, destinado á la mejor traducción, prosa ó verso, de una obra griega, latina ó extranjera, fue dividido en partes iguales entre los señores Horn, por su traducción de la *Nouvelles de Jokai*; Trawinski, por su traducción de l' *Epopée homérique*, de Helbig y Ch. Ruelle, por su traducción de autores griegos que tratan de la música: Alypius, Gaudence, Nicomaque y otros.

El premio Toirac, de 4.000 francos, para la mejor comedia en verso ó en prosa, representada en el Teatro francés, en el curso del año 1895, se adjudicó á M. Paul Hervieu, autor de *les Tenailles*.

El premio Sainctour, de 3.000 francos, destinado á las obras que tratasen del estudio de la lengua francesa en los tres últimos siglos, se dividió por mitad entre los señores Abel Lefranc, por su publicación de las *Poésies inédites* de Margarita de Navarra, y Bernardin, por su obra sobre *Tristán el Ermitaño*.



El nuevo Shah de Persia

Mozaffer ed-din, nuevo Shah de Persia, cuenta cuarenta y seis años, y es hombre muy activo y aficionado á los ejercicios corporales. Como su padre, pasa por gran cazador, siguiendo en esto la tradición de los Monarcas persas.

Nació en Teheran y á la edad de diez años fue enviado á Tauris, donde residía ahora como gobernador de la provincia de Azerbaichan, cargo que desempeñan los Príncipes herederos de Persia.

Tauris dista de Teheran 130 leguas, y como en gran parte del trayecto no hay buenos caminos, se cree que el nuevo Shah tardará algo en llegar á la capital. Le escoltarán numerosas fuerzas de caballería y llevarán la Corte que tenía en Tauris como Príncipe heredero.

El nuevo Shah no tiene más que una mujer, prima hermana suya.

De ella ha tenido dos hijas, de cuya educación está encargada una institutriz francesa. Además, Mozaffer ed-din tiene tres hijos varones, los cuales tienen veinte, catorce y nueve años, respectivamente. También es francés el ayo que los educa.

El nuevo Shah es partidario de la civilización europea.

El matrimonio de una Rothschild

Con motivo de su enlace con el barón David Leonid, Mlle. Jeane de Rothschild, perteneciente á la acaudalada familia de banqueros, ha recibido innumerables regalos, de un valor extraordinario en su mayoría.

Sólo los de sus parientes más allegados representan una gran fortuna, y son los siguientes:

Un aderezo de esmeraldas y brillantes, compuesto de una diadema, un collar, tres brazaletes y un alfiler; otro aderezo, de turquesas, formado, como el anterior, por una diadema, un collar, tres brazaletes y un broche; una magnífica sillería de los Gobellinos y varios jarrones de Sévres; un aderezo de rubíes y diamantes, compuesto de una diadema, un gran lazo, varios broches y brazaletes y un collar; un servicio de té, de plata; otros varios jarrones de Sévres; dos carruajes: un *coupé* y una victoria; vajilla de plata; servicio de té, de plata repujada; y otro también de plata; una diadema con tres estrellas de brillantes; una mesita de té, con el servicio de plata; unas magníficas estatuas de mármol blanco y bronce, hechas por Goutiére; una mesita de plata; un centro de mesa, de plata: una diadema de brillantes y turquesas; un precioso collar de perlas; un peto de brillantes; un collar de diamantes; lioceras de plata sobredorada; bandejas de plata; un servicio completo de tocador, también de plata; un servicio de té, para viaje, de plata; dos candelabros del mismo metal; un centro de chimenea, de bronce; un sillón antiguo; cuatro butacas y una cómoda también antigua: un medallón de diamantes y perlas rosas; un brazaletes de perlas y brillantes; una sombrilla de concha y diamantes, y un abanico de encajes con cifra de brillantes.

Modernismos

Á RAMÓN B. LUIGI

Don Cipriano se incomoda, pues no quiere convenir con el modo de vivir que en el día está de moda.

—Vaya un pueblo casquivano, me decía: mire usted que distinto el tiempo en que se vivía en castellano.

¡Cuánto el terruño ha cambiado en sus costumbres dichosas! Hoy las gentes y las cosas, todo se ha extranjerizado.

Haga usted una visita, ¿sabe lo que le sucede? que sin el francés no puede hablarle á una sefiorita.

Observe las modas, pues. Por faldas llevan calzones y en vez de mangas ropones, es decir, todo al revés.

Vaya á un festín de salón, dígame ¿qué encuentra en él? una torre de Babel en lenguas y educación.

Entre usted en un café, ¿qué come? yerbas y estopa. Pide usted sopa, y por sopa le encajan un *consomé*.

—Hay tortilla?

—No señor.

—Costillas?

—No.

—¿Pues qué hay?

—Entre cot á la *Cambray* y omeletes au vapor.

Y sale usted sin comer lleno el vientre de zurrapas. Vea usted, si hasta las papas se las llama *pon de ter*.

¿Qué son las letras? díslate de unos cuantos incipientes que se llaman decadentes para escribir disparates.

¿Y el periodismo? oh los Diarios, ¿quién puede entenderlos, quién, si no está provisto bien de todos los Diccionarios?

“Que el *riporter* que sé yo, á causa de no sé qué, ha tenido un *intervié* sobre un *bil de estatu cub*.”

—Pero el tiempo, don Cipriano.....
—Qué tiempo! la petulancia!
Hay quien sin pisar la Francia, es hoy franco-castellano.

Y don Cipriano, mohino, pero de muy buena fe, refunfuñando se fué tan bravo como se vino.

EDUARDO DIAZ LECUNA.

En Atenas

Se ha dicho que Mr. Averof, de Alejandría, que ha avanzado ya un millón de dracmas para despejar de escombros el estadio de Atenas, se había comprometido á suministrar al Gobierno griego quinientos mil dracmas por año para la reconstrucción completa de este monumento en mármol pentélico. En esta ocasión el gobierno griego ha decidido someter á la Cámara un proyecto de ley declarando que los juegos olímpicos sean celebrados en lo sucesivo en Atenas cada cuatro años. Este intervalo ha sido fijado de acuerdo con el Comité internacional, á fin de que las fiestas de Grecia no hagan competencia á las que el Comité se propone organizar en otros países.

Objetos de arte antiguos

En el último trimestre se han encontrado 400 vasos etruscos en los alrededores de Barletta, Biscella, Molfetta y Trani. Doscientos de estos vasos llevan inscripciones griegas. Se publicará próximamente un catálogo descriptivo que interesará á todos los anticuarios y amantes del arte antiguo. Entre los objetos descubiertos en las excavaciones de Trani se encontraba una cantidad considerable de joyas de oro y cierto número de figuritas de bronce excelentemente ejecutadas.

La marina española

Se ha publicado la lista oficial de los buques de guerra y mercantes de la marina española, con expresión de sus nombres, señales distintivas, dimensiones y otros datos estadísticos.

La lista de los buques de guerra arroja un total de 162, de los cuales tienen mayor tonelaje los acorazados *Pelayo*, *Princesa de Asturias* y *Carlos V*, siendo los que desplazan menor número de toneladas las lanchas cañoneras *Mensajera* y *Lealtad* y el cañonero de tercera *Relámpago*.

Los buques de guerra que aparecen con más antigüedad son la *Villa de Bilbao*, escuela de aprendices marineros, que fue botada al agua el año de 1843; el *Vulcano*, clasificado en la Comisión Hidrográfica de la Península, que se botó en 1845, y el acorazado de segunda clase *Numancia*, que lo fue el año 63.

Los más modernos, botados al agua en el año 1895, ascienden á 22, y son los siguientes:

Alerta, *Almendares*, *Baracoa*, *Cauto*, *Cometa*, *Diego Velázquez*, *Estrella*, *Flecha*, *Fradera*, *General Blanco*, *Golondrina*, *Guantánamo*, *Guardián*, *Lanao Mayari*, *Pizarro*, *Ponce de León*, *Sandoval*, *Vigía*, *Valiente*, *Villalobos* y *Yumuri*.

En el expresado año 95 es cuando se han botado al agua mayor número de buques de guerra desde el comienzo de la Armada española.

En cuanto á los buques mercantes, aparecen en la lista oficial 1.620.

Juan Sebastián Bach

Se conserva en la iglesia de la pequeña ciudad de Armstadt en Turingia el órgano en que tocó Sebastián Bach á principios del siglo XVIII y en el cual compuso algunas de sus más bellas obras.

Este instrumento es uno de los más elegantes de Alemania y los recuerdos que á él están adheridos le hacen particularmente interesante; desgraciadamente fue restaurado por primera vez hace veinte años y en tales condiciones que una refacción, casi completa se hace necesaria hoy. La ciudad de Armstadt prepara grandes fiestas musicales consagradas á Bach; sin duda de todos los puntos de la Alemania, los adictos del gran compositor tendrán á honor asistir á esta conmemoración, y se cuenta con que la suscripción bastará para conservar la preciosa reliquia del maestro.

Interview

Un Redactor del *Figaro* ha concebido la idea de dar un nuevo alimento á la curiosidad artística de los pintores más célebres y pedirles, además de un croquis de su figura, algunos informes sobre su vida y sus obras. Ingenioso pensamiento. Hasta ahora los reporteros, no se sabe por qué, han suprimido á los pintores. Todos los días se cuestiona sobre los hombres públicos y se registran con implacable fidelidad sus declaraciones ridículas. Mr. Jules Huret, gracias á entrevistas terribles ha derramado una gran dosis de ridículo sobre la gente de letras y ha tenido sus imitadores. Es justo que á su turno los pintores sean invitados á decir disparates en público.

Proyectos literarios de d'Annunzio

En una reciente interview dio á conocer Gabriel d'Annunzio sus proyectos literarios. La *Anunciación* y la *Gracia*, que deben formar junto con las *Virgenes de las rocas* la trilogía de las *Novelas del Lys*, no se publicarán antes de 1897 y 1898.

Acaba de escribir el joven escritor una novela de pasión, titulada *el Fuego*, en la cual ha intentado por primera vez un estudio de mujer, de actriz apasionada y enfermiza; creyeron algunos que la Duse le había servido de modelo; pero no hubo tal. Para el otoño nos reserva d'Annunzio otra sorpresa: estrenará su primera obra para el teatro, la *Ciudad muerta*, drama violento, de situaciones soberbias, ya casi terminado, escrito con el objeto de “restaurar la tradición de Sófocles y Eurípides.” La tragedia es de la época moderna, con trajes del día, y por decoraciones tiene el paisaje y las ruinas de la antigua Micenas. M. Ernest Tissot, que ha dado esos detalles, añade que d'Annunzio escribirá su drama en italiano y en francés; pues á pesar del inmenso talento de la Duse, tiene poca estimación por el teatro de su país, y desea que la *Ciudad muerta* sea estrenado en París por Sarah Bernhardt. El novelista está impaciente por saber la impresión que producirá al público su libro *las Virgenes de las rocas*; á la vez que admira el talento de su traductor, M. Hérèle, que ha tratado de dar al verso francés la misma medida del texto original, no oculta su pensamiento, de que ninguna traducción podrá tener la sinfonia de algunas de sus páginas compuestas con un cuidado esmeradísimo de la belleza musical.

Máquina de volar

Se sabe que el pintor Arnold Bæklin se ocupa hace mucho tiempo en los alrededores de Florencia en la construcción de una máquina de volar; pero sus ensayos hasta el presente no han dado resultado. Un sabio americano ha sido más feliz. Un despacho dirigido de Nueva York á los diarios ingleses anuncia que el profesor Langley, secretario del *Smithsonian Institute* de Washington ha construido una máquina racional de volar, titulada el *aerodromo*. Este aparejo no es impulsado por el gas; está construido todo de acero y pesa algunas mil veces más que el aire que lo soporta. Funciona con la ayuda de una máquina de vapor y propulsores. Los primeros ensayos han tenido muy buen éxito. La máquina de vapor se parece á un enorme pájaro y se eleva á los aires describiendo anchos círculos. Cuando se da suelta al vapor, el aerodromo cae graciosamente y llega al suelo sin sacudimiento.

Las flores en París

La ciudad se ha transformado en inmenso jardín.

Los castaños á lo largo de las avenidas semejan enormes ramilletes blancos y rojos; el falso ébano ostenta sus racimos amarillos y los cuadros de los jardines parecen canastos llenos de flores.

En las Tullerías y en el Luxemburgo, en el parque Monceau y en las plazas, está el aire embalsamado con el perfume penetrante de las polainas; las glicinas cuelgan aquí y allá sus festones azules; quedan aún algunos ramitos de lilas entre el verde follaje, y mientras florecen las acacias y los tilos, cae de las espinas fragante nieve.

Por todas las calles van carruajes con jardines ambulantes, y hasta los pilluelos llevan grandes cestas á las afueras de la ciudad para recoger la perfumada cosecha; mientras que el público elegante contempla extático las maravillas de la exposición de flores.

París es en estos días la ciudad de las flores, y las parisienas que tienen adoración por ellas, las compran á manojos; aun las más pobres encuentran en el bolsillo un centavito para comprar su modesto ramillete.

Estadística

La segunda ciudad del mundo desde el punto de vista de la población:

Establecemos desde luego que Londres es muy verdosimilmente la primera, habiéndose reconocido hoy como fantásticos los censos que dieron en otro tiempo á Pekín cuatro millones de habitantes. Después de Londres la duda es permitida. El recuerdo es conservado por París que alcanza, según el último censo, á dos millones seiscientos mil habitantes; ó por New York, que si ha de creerse á una estadística igualmente reciente, publicada en los Estados Unidos, contaría hoy dos millones novecientos ochenta y cinco mil cuatrocientos veinte y dos habitantes.

Nosotros creemos que es París el que bate todavía á Nueva York como se dice entre neoyorquinos. En efecto para llegar á la elevada cifra aquí indicada, los americanos hacen entrar en cuenta ciudades vecinas: Newtown, Fushing, Janserica y una gran parte de Hempstead. Es casi como si los franceses hiciesen figurar todo el departamento del Sena y una parte de Seine-et-Oise en la población de París.

Las velas de papel

A las numerosísimas aplicaciones que se han hecho del papel puede añadirse la que últimamente se le ha dado para velas de buques. Según el “*Handels Museum*,” las velas de papel están ya en uso en los Estados Unidos para los yachts y otros barcos semejantes. Estas velas son más económicas que las de tela y pueden hacerse impermeables con ayuda de una serie de preparaciones que vamos á indicar. En la fabricación se añade á la pasta del papel bicromato de potasa, glú, alumbre, silicato alcalino y grasa; se pasa esta pasta por la máquina y se obtiene una hoja de cierto espesor. Se sobreponen dos hojas de este papel antes de diseccarlo y se les hace pasar entre rodillos bajo una fuerte presión: así se obtiene un papel delgado y muy resistente. Se le aplica entonces una disolución de ácido sulfúrico que convierte la superficie de pergaminoso. Se lava con una disolución de soda, se seca y se plancha. Y he aquí un papel muy fuerte, muy resistente y á cubierto de toda rasgadura. Para hacer las velas, añade la *Revista Industrial*, de la cual tomamos este documento, se pegan los paños con una pasta igual á la que entra en la composición del papel. Los bordes de la vela se forman por medio de una cuerda sobre la cual se dobla y se pega el dobléz. Esta vela ofrece ciertas ventajas, como se ve; diez interesante saber si en la práctica resulta la vela de papel como la de tela.

SUELTOS EDITORIALES

SEÑOR LORENZO A. MENDOZA

Era nuestro destino registrar en estos días infaustos que la muerte ha escogido para esgrimir á diestro y siniestro su guadaña, el nombre de un ilustre ciudadano, ilustre por sus servicios á la patria y á la sociedad, querido por sus virtudes ejemplares y admirado por la actividad y pureza de su conducta en el manejo de los grandes intereses que tuvo siempre á su cargo.

Nos referimos á Don Lorenzo A. Mendoza cuyo fallecimiento se efectuó el día 21 del mes que espiró ayer.

Aunque no fueron cortos los años que le concedió el Cielo; la energía de su carácter, su fuerza de voluntad y robustez física dábanle tal aspecto de juventud que nadie contaba con su próxima desaparición. Pero ¡ay! la ley inexorable que nos llama á la tumba se cumple sobre los fuertes y sobre los débiles. La tierra cubre gigantes y guerreros formidables, y á veces cede al huracán la encina corpulenta y se conserva intacta la débil caña.

Mendoza había peleado las batallas de la vida: vencido no le abandonó la entereza, vencedor no abusó de la victoria. Es vencer dos veces en cada combate.

Su muerte ha sido una apoteosis: la simple noticia de su enfermedad conmovió al público y sus exequias merecieron el tributo de la sociedad en general. Desde el Presidente de la República y su Ministerio hasta el más modesto ciudadano acompañaron el féretro á la casa de Dios. Todos los gremios, todos los partidos, todas las instituciones estaban allí representados. Su nombre pronunciado entre aplausos por todas las bocas, formaba ese rumor que graba la verdad y escribe el prólogo de la historia.

Hoy son lágrimas los hogares de sus hijos y deudos, en que la presencia diaria del bondadoso progenitor causaba la alegría de la familia.

Don Lorenzo A. Mendoza era el último superviviente de los hijos varones de aquel Cristóbal Mendoza que en los días gloriosos de Colombia contribuyó al esplendor de la República, como Magistrado íntegro y hombre de consejo: sus descendientes siguieron las mismas huellas, y á éste que ahora nos ocupa, tocó la gloria de refrendar las virtudes de su familia.

Al fin la ley fatal se ha cumplido. Cayó el baluarte, enmudeció el labio que predicaba la esperanza, inmóvil está la mano que prodigaba el beneficio; pero su memoria no perecerá y su ejemplo será imitado por todos aquellos que crean en la perfectibilidad progresiva del género humano.

Descansen en paz el ilustre muerto y caigan cada día renovadas sobre su tumba las lágrimas del amor y las coronas de la amistad.

A continuación copiamos las sentidas frases que nos ha enviado el señor Juan José Breca, que hemos aceptado con gratitud; y en el próximo número daremos el retrato del señor Mendoza, acompañado de los apuntes biográficos que debemos á la pluma del señor León Lameda.

Don Lorenzo Mendoza

No vengo á trazar rasgos biográficos.

¿Cómo sería posible, si yo no tengo pluma de diamante digna de la alta valía del ciudadano, incansable en el bien, que ha de-

sertado del estrecho núcleo de la honradez en nuestra Patria, desertor que busca mejor albergue á sus merecimientos?

Ni hay necesidad de rasgos tales: la biografía de Don Lorenzo Mendoza está escrita en el corazón de sus conciudadanos. Todos lo conocían, y por eso, todos lo amaban; y lo amaban con ese amor que inspira la rectitud inquebrantable, con ese amor que parece la imposición de la superioridad, con ese amor que es el conjunto de diversos y levantados afectos.

Don Lorenzo Mendoza era amado como padre, era amado como hermano, era amado como patriota; resultado todo esto, de la conquista que hicieron sus virtudes en el corazón de sus conciudadanos.

Su muerte es duelo de todos.

Dígalo, si no, la multitud que fue tras de su féretro hasta la Iglesia de Altagracia.

El pavimento desapareció bajo los pies de los concurrentes.

Dígalo, si no, la presencia del primer Magistrado de la República que presidió el cortejo fúnebre, vestido de rigoroso luto, sin boato de edecanes, innecesarios en la ocasión, porque la persona del Magistrado contaba allí con la garantía del afecto de todos y con el silencioso aplauso de los que saben valorar las acciones meritorias.

El entierro de Don Lorenzo Mendoza ha sido la sanción y el reconocimiento de sus virtudes: su entierro ha sido su apoteosis.

Yo acompaño á sus hijos en el duelo: ellos deben acompañarme á mí: yo también soy dolorido.

Lloran ellos la muerte del padre: deploro yo la desaparición de un ciudadano cuyas virtudes, por desgracia, no son las flores que más abundan en el jardín de nuestra Patria.

J. J. BRECA.

Felipe Augusto Casanova.—Después de larga y penosa enfermedad rindió por fin la vida el joven Felipe Augusto Casanova. Los esfuerzos de la ciencia, los cuidados de sus padres y de su familia toda fueron inútiles ante la incurable herida que le postró en el lecho del dolor. La historia de esta fatalidad es incontable. Casanova se incorporó á la Revolución legalista, hizo la larga campaña, asistió á los combates que las circunstancias impusieron y entró á Caracas con el ejército triunfador. Cumplidos sus deberes militares voló al hogar doméstico á estrechar entre sus brazos á la adorada madre que ansiosa esperaba este feliz momento. En el trayecto una bala dirigida por el genio de la fatalidad le hiere, y llega moribundo al seno del hogar donde le aguardaban los festejos del amor y de la alegría. Desde entonces lágrimas, sufrimientos, esperanzas muertas, apenas concebidas, y esa cadena de amarguras cuyos eslabones parecen multiplicarse con los días.

Su muerte ha sido para él una muestra de la piedad del Cielo; para sus padres una hermosa flor que arrancó de su corazón la mano impía de la desgracia, y para la patria la pérdida de un defensor de alma varonil templada al fuego del vivac y al estampido del cañón.

La Providencia le llamó á su seno; respetemos sus mandatos.

Miguel Eduardo Pardo.—Uno de los más antiguos colaboradores de EL COJO ILUSTRADO y á quien debe este periódico bellas y justamente celebradas páginas, ha llegado á Caracas, su patria nativa, donde ha sido acogido como hijo que la honra.

Hemos tenido el placer de estrechar su mano, y al darle la bienvenida le deseamos en Caracas las más felices horas, á él y á la apreciable señora que eligió por compañera de su vida en la capital de España.

Duelo.—En estos días que parecen es cogidos por la muerte para ejercer su lúgubre ministerio, ha sido víctima privilegiada la señora que llevó el nombre de Atilia Sanguinetti de Espelozín.

Unida á una respetable familia de Caracas dio á la sociedad hijos dignos de ella y vivió entre los suyos y ante los demás como ejemplo de esposas y madres. En su juventud fue bella y en sus maduros años lució como hermosa matrona. Deja tras sí huellas de amor bendecido y no pocas lágrimas, á justo título derramadas.

Que el recuerdo de sus virtudes sea perdurable en el corazón de aquellos á quienes dio el sér, y su nombre esculpido sobre la lápida del sepulcro despierte en la memoria del pasajero recuerdos honorables.

Gracias.—El señor Landaeta Rosales, el ya célebre Compilador, que tan valiosos auxilios presta á la historia y á la estadística, con su incansable acuciosidad y relevantes dotes de disquisición, nos ha colmado de favores suministrándonos objetos y noticias con que hemos podido exornar la memoria de Miranda en el presente número de EL COJO ILUSTRADO.

Nos es grato reconocer la utilidad de sus servicios, y por ellos le damos públicamente las más expresivas gracias.

NUESTROS GRABADOS

Miranda en la Carraca

[CUADRO DE ARTURO MICHELENA]

(Véase la primera página)

¡Asunto, dibujo, colorido!—: todo el caudal del arte resplandece en esa tela, concepción feliz y dón fecundo del genio. Está lleno de luz el cuadro, y es que es antítesis por lo triste y sombrío de su caracterización. En medio de la dolorosa y solitaria escena mántiense un lampo: es el misterio del alma, el pensamiento que refleja el pincel sobre la frente del insigne Miranda, como punto de mira que atrae al espectador y le retiene para que evoque las memorias y para que descifre aquella vida, toda ella consagrada á los excelsos ideales, bañada siempre con los efluvios de soberana intelectualidad, y coronada al cabo por el martirio.

Miranda, en los últimos momentos de su agitada y gloriosa vida, tras larga prisión, no es fácil tema pictórico. Desdeña el célebre autor de la obra, acometerla, traduciendo la alteza militar, ó el reposado talante del estadista, ó la gallarda apostura del culto y prestigioso caballero, y va á buscarlo donde el drama se desenvuelve, lenta, triste, lúgubremente, en la horripilante supremía de la inmensa y perpetua meditación, bajo la bóveda que le oprime y cuando se acercan las impenetrables sombras que le han de extinguir en absoluto.

¡Y hay luz allí, brilladora, sublime! Es que el pincel ha marcado con admirable sello, en la mirada del prisionero, como en la actitud de la figura,—ni forzada ó falsa ó convencional,—todo el mundo de su hermosa historia y toda la amargura de su estado final. Allí se lee aquella como leyenda que comienza con su partida de Caracas, llevando en fermento el germen de la emancipación; luego la peregrinación de su espada, puesta siempre al servicio de los pueblos oprimidos; aquella pasión inagotable por el estudio en sus continuos viajes, acumulando enseñanzas, que destinaba á la apartada región que le vió nacer; y finalmente los últimos sucesos de su noble carrera, cuando vendido y aherrojado pagó así á la abnegación la ingratitude de los hombres y la indiferencia colectiva. Concentrado el pensamiento, trascienden los destellos de su intensa mirada, y parece que van á desplegar los delgados labios para despedir la expresión de su febril mente. Oyese como un murmurio que pasa, es la voz de los recuerdos que brota del espasmo de aquella frente:

—¿Qué se me reprocha..... cual mi falta? Ah! el horror al régimen opresivo!..... Nada hay negativo en la vida: todo es lógico y de efecto en el Universo: Ni Prometeo encadenado, desgarradas sus entrañas; ni Sócrates torpemente lanzado á la eternidad, dejan de ser en el concurso múltiple, coadjutores fecundos de un grandioso designio..... ¿Qué era aquel hermoso continente? Explotación primero y luego esclavitud, desde Méjico hasta el Plata—¿Cómo no pretender cortar esas ligaduras que ató estrechamente la reyesidad y las preocupaciones?—..... Realizada la independencia del Norte, y aunque traicionado el inmenso esfuerzo de la Francia, intentar la difícil obra de redimir las Colonias de España en América, era imperativo como era lo justo..... Necesidad ingente de la humanidad es el derecho..... pero ¿cuando la Democracia alcanzará su esplendida verdad! Entretanto á su nombre, cual pendón, se cometerán todos los delitos, y la inmoralidad de los hechos será su descredito..... No, á qué recordar cómo fueron infieles á la amistad, ciertos hombres, que mucho me debieron; cómo fueron desleales al honor, y cómo olvidaron lo que se debe al sentimiento patrio!..... La Historia no será injusta; y si en los arcanos del futuro ha de brillar el sol de la verdad, mi nombre no desaparecerá.....

La Historia ha dado ya su veredicto.

Al cabo de 80 años de la muerte del insigne varón, el reconocimiento de la patria eleva su nombre á la Apoteosis;

Y queda inmortalizada su efigie en el lienzo por el pincel del genio!

TOMÁS MICHELENA.

Caracas: Junio 1896.

Joyas históricas

Engalanamos el presente número de EL COJO ILUSTRADO, con la reproducción autográfica de la carta que el respetable venezolano don L. F. de Miranda dirigió á nuestro amigo el señor Francisco de P. Reyes, referente al áureo talabarte que en tantas cuantos memorables ocasiones cifró el Gran Miranda allá en el teatro de la colosal revolución del '93, y luego en las costas de Coro, Venezuela, en 1806.

Y ya que la oportunidad lo reclama, publicamos á la vez copia del pupitre y el reloj que á la par de las predichas joyas históricas reposan en el Salón Bolívar de Venezuela.

Todo lo que invista relación con el inmortal Precursor de la Independencia americana, impone á la conciencia y al entusiasmo de las generaciones las reverencias que deben dos Continentes al Lafayette americano, una de las más gloriosas encarnaciones de la Libertad.

Sus dotes y servicios se destacarán en los tiempos históricos, así con la perdurable juventud que á diario reaparecen en las natividades celestes, irradiando la omnipotencia de Dios.

Montilla, Blanco, Peñalver

Cuando la gratitud de los pueblos se hermana con la justicia para distribuir equitativamente el pago de esas deudas que, por santas, no prescriben en la historia, ni mucho menos en el corazón de la humanidad, se hace necesario dejar constancia del hecho para que la semilla del buen ejemplo germine siempre en los surcos del tiempo, y con el tiempo dé en todas las estaciones el fruto óptimo que es pan del espíritu y fortalece las conciencias.

Decretada la apoteosis del Generalísimo Miranda, será uno de los más brillantes números del programa la colocación de los retratos de Montilla, Blanco y Peñalver en el Salón Elíptico del Palacio Federal.

A tan eminentes patricios tributa ferviente homenaje, en el presente número, la pluma de nuestro colaborador, señor León Lameda.

Retratos de Miranda

Entre los homenajes que consagramos hoy al Precursor de nuestra Emancipación Política, con motivo de su apoteosis, figuran en copias tres retratos que señalan épocas distintas de su vida gloriosa y agitada.

Uno ilustra el artículo del notable literato Doctor Cristóbal Mendoza; otro es el dibujo á la acuarela debido á nuestro compatriota y celebrado artista señor Jerónimo Martínez, que representa al Generalísimo en los días que siguieron á la declaración de la independencia, cuadro que fue expuesto en la Exposición de París el año de 1800 y hoy pertenece al señor don Agustín Valarino; y el último es un grabado hecho en Londres el año de 1806, que representa alegóricamente al General Francisco de Miranda, en la época en que reorganizaba en las islas de Granada, Trinidad y Barbada la expedición con que, después del fracaso de Ocumare, invadió á Coro el año de 1806. En ese tiempo circuló profusamente el referido grabado por las Antillas inglesas; y el ejem-

plar del cual hemos hecho la copia que ofrecemos á nuestros abonados, lo obtuvo en Trinidad el señor Manuel Hernáiz.

Damos las más cumplidas gracias al señor Doctor Ricardo Becerra, por habérselo facilitado bondadosamente.

Fray Bartolomé de Las Casas

Próximamente se inaugurará en la ciudad capital de Guatemala el grupo en bronce del escultor español D. Tomás Mur, quien ha logrado expresar en su obra la idea sublime de la caridad evangélica por medio de las figuras del religioso y del indio. No podía ser otra la actitud de éste, ante la grande y sentidamente cristiana figura del más ferviente defensor de la raza aborigene, durante el trágico interregno de la conquista de América.

El prestigio del Padre de Las Casas comienza con la conversión del cacique Enriqueillo en la Española, hoy Santo Domingo. El suplicio de Hatuey en la isla de Cuba, que no pudo evitar, le llenó de indignación y le decidió á protestar de la conducta que los conquistadores seguían contra los indios. Por orden real que consiguió en su visita á Carlos I, pidió á las autoridades de Santo Domingo la supresión de los repartimientos; pero como el interés de los colonizadores, ávidos de riqueza, era grande y Las Casas siguió declamando contra los abusos, atrajo contra sí tales odios que le originaron una terrible persecución que puso en peligro su vida y concluyó con la orden de su expulsión de la isla. Regresó á España en 1517 á defender su causa y la de los indios; después de innumerables contrariedades halló la protección deseada; y como años más tarde se le censurase acremente por haber traído africanos para repoblar la América, declaró "que era tan injusto el cautiverio de los negros como el de los indios," y que temía ser responsable ante Dios de una opinión que tanto daño había causado á los infelices africanos. A instancias suyas consiguió de Carlos V en 1520 la real cédula que declaraba libres á los indios; y cuando molestado por las insidias de su tiempo abandonó los negocios públicos y tomó el hábito sacerdotal (1543) no lo hizo sin antes obtener una real cédula confirmatoria de la de 1520, en la que se declaraba que cuantos indios existían en las tierras descubiertas fuesen tan libres como cualquier español.

Las Casas residió en Guatemala; y no olvidándolo esta ciudad, le consagra un monumento que perpetuará el recuerdo de las virtudes de aquel su bienhechor y santo varón.

Carta de Miranda

A nuestro amigo señor Carlos Zuloaga, á quien damos las gracias por su oportuno servicio, debemos la publicación fotográfica de la carta original que lleva la firma autográfica del General Miranda, fechada en Londres el año de 1808, dos años antes de que el Ilustre Cabildo de la ciudad diese el golpe de Estado "para tomar á su cargo el Gobierno de la Provincia."

La carta está dirigida en primer término al señor Marqués del Toro, factor principal del movimiento que el 19 de abril de 1810 inicia nuestra independencia.

General Juan Uslar

Ilustra el estudio histórico que publicamos hoy del Dr. González Guinán, el retrato del Ilustre Prócer General Juan Uslar, oficial de la Legión Británica, título suficiente para vivir vida gloriosa en la memoria de los venezolanos.

Venus y el Amor

Los antiguos representaban á la diosa de la belleza y del amor, desnuda, hermosa, risueña; unas veces de pie sobre las olas, ó sobre una concha marina; otras veces llevada en un carro tirado por palomas, y muy á menudo acompañada de su hijo Eros, el Amor ó Cupido. A esta última representación de los viejos pueblos del arte clásico, obedeció el autor del bajo relieve que con el título de estas líneas ofrecemos á nuestros abonados.

Por la Humanidad, por la Patria

Ante el lienzo de Weerts, que es de los que bastan por sí solos para iluminar un nombre con resplandores de gloria, se ha detenido la crítica artística para tributarle entusiastas alabanzas. Esa crítica, sabia y justa, ha encontrado admirablemente sintetizado en el lienzo de Weerts, cuanto de hermoso tiene siempre el sacrificio de la vida en aras de la patria; y cuanto de sublime tiene el espectáculo del soldado que muere en el campo de batalla abrazado á su bandera!—A esos soldados dijo el poeta:

"Oscuros Alejandro y Espartaco,
la ingratitude de nuestro sino aterra
la musa de los himnos elegiacos!"

Pero tanta grandeza y heroísmo, vistos á la luz del sentimiento cristiano, que es el que informa la felicidad de las almas, resultan pequeños comparados con el sacrificio del que murió en afrentoso patíbulo por redimir á la humanidad. La idea de destrucción va asociada á la muerte del soldado; la obra del amor y de la paz universales entrañan la vida y crucifixión del Nazareno; perece el soldado con una maldición en los labios para los enemigos que combate; y las últimas palabras de Jesús son de perdón para sus verdugos. A través de los siglos se escuchará por siempre el: "Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!"

Juan José Weerts nació en Roubaix—Francia—el año de 1847, y más de veinte obras le dan envidiable nombradía. Obtuvo medalla de 2a clase en 1875; la condecoración de la Legión de Honor en 1884; y medalla de oro en la Exposición Universal de 1889.

Antimano

La vista que colocamos en la página 521 del presente número, representa la entrada al pueblo de Antimano, frecuentemente visitado, y más en la estación estival, por su agradable temperatura.

En las épocas de temporada, Antimano abre sus puertas á la animación y ve desfilarse por sus calles y parques á una gran parte de lo más distinguido de nuestra sociedad.

La bella jardinera

Esta célebre obra se presenta, junto con la *Asunción* y *El entierro del Cristo*, como modelo de la nueva manera que desplegó Rafael en el segundo período de su talento, todavía lejos de su apogeo. Vivía para esa época en Florencia, estudiando las obras maestras del Palacio de los Médicis, después de haber sobrepajado, en Perusa, á su maestro el Perugino.

Su genio poderoso no se detuvo hasta que llegó á igualar la elegancia y el estilo de Leonardo de Vinci, y la sabia energía y la amplitud de Miguel Ángel, á quien superó en belleza y gracia con las *Sibilas* y los *Profetas* que decoran la Iglesia de Santa María de la Paz.

Los mejores cuadros de Rafael, entre ellos *La bella jardinera*, han sido popularizados por el grabador Raimondi.

Diálogo interrumpido

La elección del medio, la actitud de las figuras de primer término, y el movimiento de las otras, responden al delicado pensamiento del autor, traducido con sencillez y gracia.

Estado Zulia

Vegetación exuberante borda la línea del "Ferro carril del Zulia al Vigía." Una de las estaciones de esta nueva obra de progreso con que cuenta el país es la de Los Cafitos. El grabado que ocupa la página... la representa tal como era en el comienzo de los trabajos en los años del '92 al '93. Otra vista del ferrocarril del Zulia al Vigía es el desmonte á orillas del Escalante.

Música

Publicamos en este número una bella pieza de baile dedicada por su autor el profesor señor Jesús María Suárez á la distinguida señorita Amalia Travieso.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en EL COJO ILUSTRADO, hemos suplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; otros tratan asuntos políticos y contienen juicios aventurados ó duros sobre personajes de la historia contemporánea; otros, en fin, materia baladí, que interesa sólo á sus autores.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: QUE NO SE NOS ENVÍEN VERSOS, ARTÍCULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente pasarlos á la cesta de papeles, sin previa lectura.

PENTÉLICAS

FOR

ANDRES A. MATA

3 bolivares el ejemplar

DE VENTA EN

El Cojo

Librería Francesa

J. Rocco & Ca.

La Competidora

La Mejor

FIN DE BAILE

Dedicado á mi distinguida discípula la señorita Amalia Travieso

por J. M. Suárez

PIANO

Andante f

ritard

Valse

p

f

*3ª vez al final **

1ª

2ª

ritardando

Tempo primo

Animato

f

p

f

1ª

2ª

First system of musical notation, consisting of a treble and bass staff. The treble staff contains a melodic line with eighth and sixteenth notes. The bass staff contains a harmonic accompaniment with chords and single notes. Dynamics include *f* and *p*.

Second system of musical notation. The treble staff features a melodic line with some slurs. The bass staff continues the accompaniment. Dynamics include *ff* and *f*.

Third system of musical notation. The treble staff has a melodic line with slurs and accents. The bass staff has a steady accompaniment. Dynamics include *f*.

Fourth system of musical notation. The treble staff has a melodic line with slurs. The bass staff has a steady accompaniment. Dynamics include *p*.

Fifth system of musical notation, including first and second endings. The first ending is marked with a double bar line and a repeat sign. The second ending leads to a section marked *Allegro*. Dynamics include *f* and *Final*.

Sixth system of musical notation. The treble staff has a melodic line with slurs. The bass staff has a steady accompaniment. Dynamics include *cresc.*

Seventh system of musical notation. The treble staff has a melodic line with slurs. The bass staff has a steady accompaniment. Dynamics include *md.*, *mf*, and *p*.

Eighth system of musical notation. The treble staff has a melodic line with slurs. The bass staff has a steady accompaniment. Dynamics include *p*, *cresc*, and *ff*.

FABRICA DE CHOCOLATES SUPERIORES Y CACAO EN POLVO SOLUBLE

PROPIEDADES DEL CACAO

EN POLVO SOLUBLE

El cacao en polvo soluble, marca *LA INDIA*, es un producto normal, sacado (extraído) de una mezcla de los mejores cacaos de Venezuela, tan acreditados en el mundo entero, y elaborado cuidadosamente por medio de procedimientos científicos. En Europa y en los Estados Unidos goza este producto desde hace veinte años, de fama y consumo universal y donde casi sustituye el uso del Café y del Té, por sus propiedades nutritivas, corroborantes y digestivas, siendo un alimento inapreciable, especialmente para los niños, para las personas anémicas, débiles de estómago é inapetentes, que no soportan ni digieren la grasa que contienen los chocolates.

El Cacao en Polvo Soluble marca *LA INDIA*, no debiera faltar á ninguna familia.

CACAO SOLUBLE



CARACAS - VENEZUELA

MODO DE PREPARARLO

DOSIS PARA UNA TAZA

Mézclase bien dos cucharaditas de cacao soluble con igual cantidad de azúcar en polvo, agréguese un poco de leche ó agua caliente, y revuélvase bien hasta conseguir una pasta chocolate muy espesa, y en seguida puede usted llenar la taza con leche ó agua (mejor es leche) y obtiene usted una bebida theobromina superior al chocolate (hecho á la minuta) por ser ésto: más digestiva é higiénica para las personas débiles de estómago.

Una latica de una libra de Cacao en Polvo Soluble marca *LA INDIA* vale 8 reales, y equivale á 5 libras de chocolate.

Avenida Sur, N. 2 y 4.—Fábrica: Calle de la Estación

Productos premiados en las principales exposiciones de Europa y de las Américas con 12 medallas de Mérito de Oro y de Plata

GRAN SURTIDO DE CASIMIRES

Franceses é Ingleses

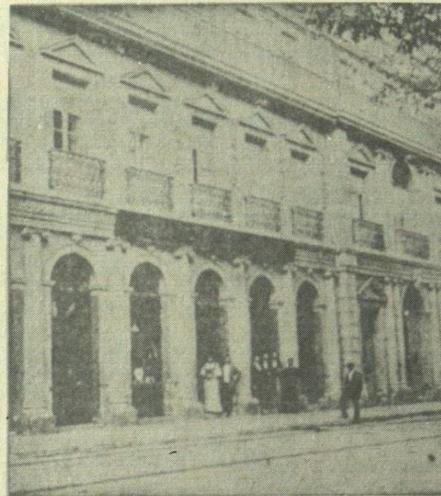
CAMISAS ULTIMA NOVEDAD

ROPA INTERIOR FINISIMA
de hilo, seda y lana

Medias Medias-Haute Nouveauté

PAÑUELOS, ELASTICOS PERFUMERIA

TELEFONO VIEJO, N. 1928



GRAN SASTRERIA DE PARIS — **CAMILO SIRET** — GRAN SASTRERIA DE PARIS
ENTRE LA TORRE Y EL PRINCIPAL — PLAZA BOLIVAR — CARACAS

CUELLOS - PUÑOS - BOTONES

BASTONES-PARAGUAS

y artículos de fantasía para regalos

ESPECIALIDAD

en uniformes militares, levitas
y casacas

Expediciones para el Interior

LOS CORTADORES DE LA CASA SON FRANCESES

TELEFONO VIEJO, N. 1928

QUINCALLA MUÑOZ

Mudada de Gradillas á Sociedad -- Avenida Sur No. 10

OFRECE COMO SIEMPRE A SUS RELACIONADOS

PERFUMERIA OBJETOS DE FANTASIA FERRETERIA

Lámparas Belgas Gran surtido de juguetes baratísimos

DE OCASION PARA LOS PAPÁS

"LA ESTRELLA DEL TUY"

MERCANCIAS DIVERSAS

Papelería, Libros en blanco
Artículos de lujo

NOVEDADES

LA CASA QUE VENDE MAS BARATO EN TODO EL TUY

AGENCIA DE EL COJO ILUSTRADO

Romero Rocha & Ca.

OCUMARE DEL TUY - VENEZUELA

REAL FABRICA DE CIGARRILLOS Y PICADURAS

H. DE CABAÑAS Y CARBAJAL

PROPIETARIOS

EUGENIO A. EHMER & Ca

Sólo elabora picaduras de sus vegas de Vuelta Abajo.

REINA 20.-HABANA

Establecimiento constantemente surtido

—DE LAS—

ULTIMAS NOVEDADES EN SU RAMO



SIMON SANZ

CALLE DEL COMERCIO

SUR 4, NUMERO 28

TELEFONO VIEJO, 908

LIBRERIA FRANCESA

9-AVENIDA SUR-9

Marcel Prevost:

Demi-vierges, Confession d' un amant.

Paul Bourget:

Un Serupule, Steeple chase, Un Saint.

Pierre Mael:

Celles qui savent aimer.

Alfred de Musset:

Confession d' un enfant du siecle, Frederic et Bernerette.

Flaubert:

Education sentimental.

Daudet:

Contes du lundi, Frente ans de París, Rose et Ninette.

Prevost:

Le mariage de Juliette.

Bourget:

Nouveaux pastels.

Biblioteca de ciencias contemporaneas
Biblioteca de filosofia id.

SALON MUESTRARIO DE VINOS ESPAÑOLES Y FRANCESES

DE LAS CASAS DE

Manuel Fernández de Jerez y Hanappier & Co. de Burdeos

Representante en Caracas:

Manuel Clavijo Pérez

ANEMIA

HIERRO QUEVENNE

DEBILIDAD

Unico aprobado por la Academia de Medicina de París, contra OLOROSIS, FIEBRES, FALTA de FUERZAS. Existe el Verdadero. - 14, R. BEAUX-ARTS, PARIS.

LA TRASATLÁNTICA

Capital responsable
Bs 37,500,000.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

CESAR MÜLLER

Agente General en Venezuela

Manual de Historia de Venezuela

POR FELIPE TEJERA

Edición de la Empresa El Cojo

CON MAS DE 70 CRABADOS

ADOPTADA COMO TEXTO EN LOS COLEGIOS

A VENTA EN LOS SIGUIENTES ESTABLECIMIENTOS:

Empresa El Cojo.....	Caracas
L. Puig Ros y Hermano.....	"
Chaumer & Ca.....	"
S. N. Llamozas & Ca.....	"
Urdaneta, Falangon & Ca.....	"

Pedro A. Sosa.....	La Guaira
Rafael Hernández.....	Puerto Caballo
M. Jiménez Solórzano.....	Valencia
J. Orsini é hijos.....	Carúpano
S. Domínic e hijos.....	Barcelona
A. C. Natera.....	Ciudad Bolívar
R. Nones é hijos.....	Maracaibo
Jesús María Graterol.....	Los Teques
Luis Corrales & Ca.....	Calabozo
Gonzalo Picón Febres.....	Merida
Isaac Chapman.....	Coro
Francisco A. Bolaños.....	Harquisimeto
Alejandro Benitz.....	Ciudad de Cura
J. M. Rauseo Guerra & Ca.....	Río Caribe
Climaco Serrano.....	Maturín

VOLANDERAS

POR

Miguel Eduardo Pardo

DIBUJOS DE A. PONS

A VENTA EN LOS SIGUIENTES ESTABLECIMIENTOS

Empresa El Cojo.....	Caracas
L. Puig Ros y Hermano.....	"
Chaumer & Ca.....	"
M. I. Leicibabaza.....	"
Carlos Zuloaga.....	"
Eduardo Luis Pardo.....	"

6 REALES EL EJEMPLAR**COMPENDIO DE GEOGRAFIA DESCRIPTIVA**

ELEMENTAL

POR

Mercedes Landaeta de Henríquez

De venta en todas las librerías de Caracas, al precio de B. 1,50 el ejemplar.

Por mayor en la casa N° 86, de Cruz Verde á Velásquez.

**R. Zitting & Ca.**

SUCESORES DE H. ROO & CA.

AVENIDA SUR

Sociedad á Gradillas N. 19 — Caracas

Ofrecen al público su grande y nuevo surtido de

FERRETERIA - QUINCALLERIA

ESMERO Y PRONTITUD

En el despacho y empaque de pedidos.

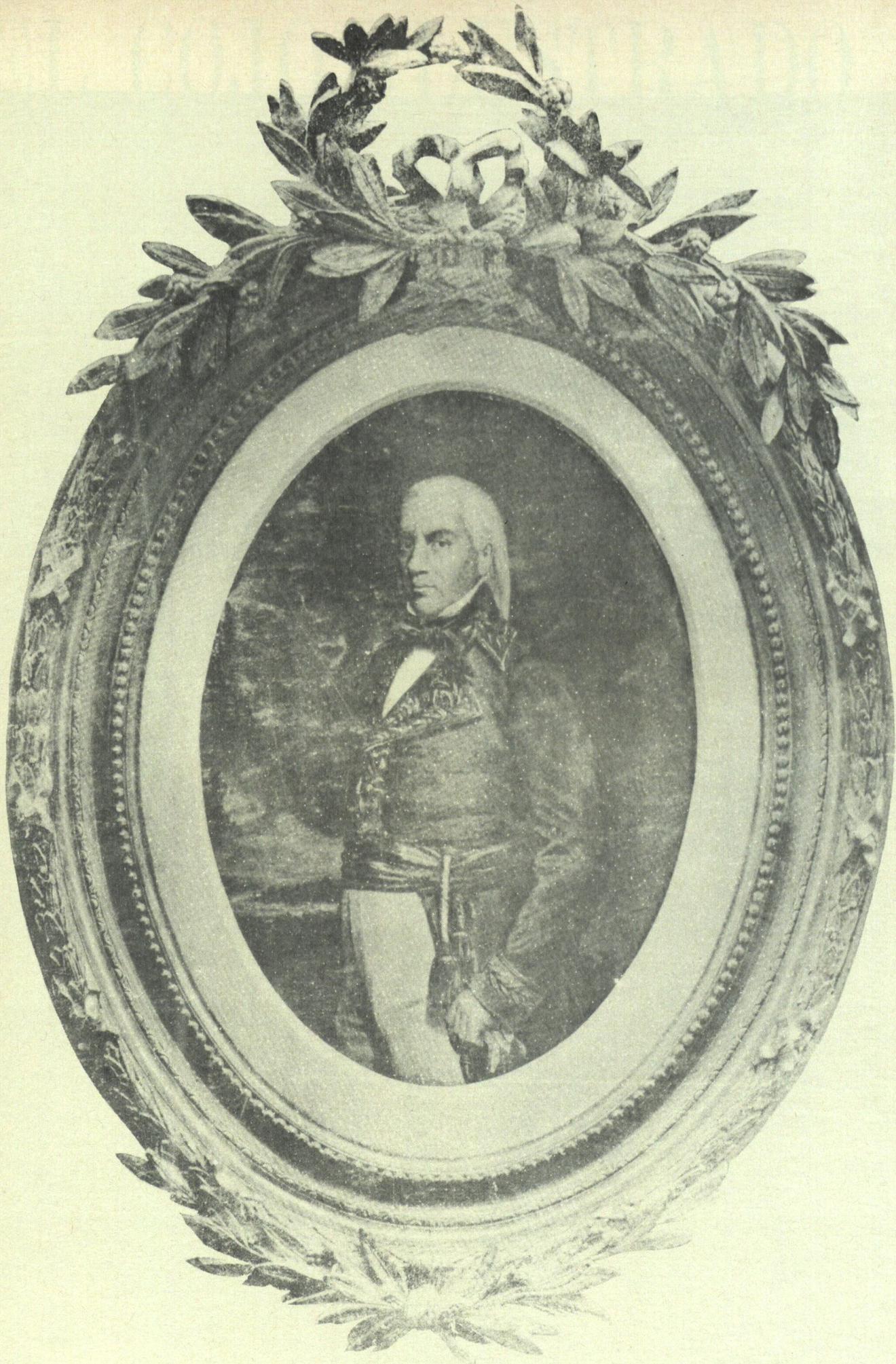
PRECIOS EQUITATIVOS

**ARON WALTZ & CA.**

No. 43 - De Pajaritos á La Palma - No. 43

Ofrece al público el más completo surtido de artículos finos para regalo tales como estatuas de bronce, vasos de la China, paravents, abanicos, etc., etc.

A PRECIOS MUY BARATOS



EL GENERALÍSIMO FRANCISCO DE MIRANDA. DISEÑADO POR DON JUAN DE LA CRUZ. PINTADO POR DON JUAN DE LA CRUZ.

